

A dramatic, high-contrast photograph. In the upper half, a woman is shown from the chest up, her mouth wide open in a scream, with her hands pressed against her face. She is wearing a white, strapless top. In the lower half, a large, close-up hand is shown reaching down towards the keys of a piano. The lighting is moody, with strong highlights on the woman's face and the hand, and deep shadows elsewhere. The overall tone is one of intense emotional conflict.

EL MÚSICO

*¿Puede la música curar?
¿Puede la música... matar?*

ENRIQUE GÓMEZ MEDINA

EL MÚSICO

ENRIQUE GÓMEZ MEDINA

*Para aquellos que hacen posible
la magia de la música.*

*Para todos los que usan sus poderes
para el bien.*

Prólogo (un año antes)

La gota. Una, otra vez. Machacona, incansable. ¿Por qué sonaba tan fuerte? Retumbaba en su cerebro. Hacía vibrar su cráneo. Iba a volverle loco. Pero no era solo la gota. También estaba el zumbido. Rodrigo estaba seguro de que el aparato que había junto a su cama antes no zumbaba así. Y el siseo... Debía haber algún conducto de oxígeno tras la pared, en la cabecera de la cama; quizá tenía una pequeña fuga, porque también lo escuchaba.

¿Por qué todo sonaba tan fuerte?

¿Y por qué no veía?

La venda. Llevaba una venda en los ojos. Con un esfuerzo sobrehumano, como si su brazo pesara una tonelada, llevó su mano hasta ella y se la arrancó.

Negro.

Pasó sus dedos por encima de sus párpados. Escocía. Estaban abiertos.

Pero seguía sin ver nada.

Su pulso se aceleró. Escuchó su corazón por encima de los otros ruidos de la habitación. ¿Qué estaba pasando?

—Mamá. Papá.

Silencio.

—¡Mamá!

“Ah, sí, mi padre dijo que iba a sacar a mi madre de aquí, aunque fuera a ducharse y a tomar un buen desayuno”. Rodrigo debía haberse quedado dormido. ¿Cuánto rato llevaban fuera?

Entonces le llegó un nuevo sonido, del otro lado de la puerta. Pasos. Una sola persona. Por el peso, un hombre. “¿Papá?”. Al instante supo que no. Su padre nunca llevaría zuecos de plástico. El entrechocar del fonendo contra los bolígrafos del bolsillo le indicó que era un médico.

Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta. Una respiración profunda. La mano sobre el picaporte. El chasquido metálico, como un disparo. Más pasos; se estaba acercando hacia su cama. Se detuvo a unos centímetros de ella.

Como si acabara de tomar una decisión difícil, el hombre inspiró con fuerza; no había vuelto a hacerlo desde que entró en la habitación. Rodrigo

escuchó las venas del médico hinchándose y deshinchándose con el pulso acelerado, la transpiración abriéndose paso por los poros de su piel y, por fin, un carraspeo. Pero, antes de que hablara, lo hizo él:

—¿Han muerto los dos?

Rodrigo le apretó la mano. Le habían llevado en una silla de ruedas hasta la UCI y, aunque no era horario de visitas, le habían dejado permanecer al lado de su padre.

Notó su debilidad.

Por encima del zumbido de las máquinas, que obligaban a sus pulmones a bombear aunque no quisieran, le llegó el latido de su corazón. Muy frágil. Su padre, hace unas horas ejemplo de vigor y fortaleza, ahora apenas se sostenía vivo pendiente de un hilo.

Rodrigo le apretó la mano más aún. Era lo único que tenía.

Su madre ya no estaba. Había muerto en el accidente. El coche en el que ambos volvían hacia el hospital se había salido de la carretera sin ningún motivo aparente y se había estrellado contra una protección de hormigón que lo partió en dos. “Tu padre se debió dormir”, le había explicado el médico.

Mentira.

Su padre nunca se dormiría al volante.

Pero ¿qué más daba? El caso es que había perdido a su madre, que venía a cuidarle a él. E iba a perder a su padre.

Una inspiración más fuerte. Rodrigo aguzó el oído. Más aún. Escuchó las resecaas cuerdas vocales de su padre intentando arrancar. Un murmullo tenue incluso para él.

—Rrrodrig...

Rodrigo le apretó la mano de nuevo y notó la tensión en sus dedos en respuesta. Sin que los enfermeros reparasen en el gesto, se recostó sobre el pecho de su padre, aproximando el oído a su boca.

—Te... qui... e... ro.

Un nudo como una piedra se le formó en la garganta cuando Rodrigo intentó contestar: “Yo también, papá”. Pero el hombre, apremiante, no le dejó.

—Hu... ye.

Una vibración distinta, como un calambre de alta tensión, le llegó de su

padre a través de la mano y le recorrió entero, erizándole cada cabello.

Las máquinas aullaron, se formó un gran revuelo de enfermeros y médicos que le apartaron y se entregaron con frenesí a su trabajo. Pero ya era tarde.

Su padre se había ido.

Desengaño

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

“El suficiente para darme cuenta de que ella es mejor que tú”.

—Unos meses.

—¿¡Has estado mintiéndome cada vez que venías a casa, cada vez que me besabas, durante meses!?

—Nunca te he mentado.

—¡No, claro! Solo que no te pareció un dato importante el hecho de que te estuvieses tirando a otra.

—Es que no lo era. No importaba tanto... al principio.

Mar sintió una punzada de dolor.

—Eres un hijo de puta.

—Ya lo sé... Lo siento. Si supieras cómo lo siento...

Mar pudo escuchar cómo sonaba un “click” en su cerebro.

—¿Que lo sientes? ¿¿¿QUE LO SIENTES???. Solo te jode hacerme daño porque te vas con la conciencia llena de mierda. Solo me lo has contado para dejar de sentirte culpable, aunque a mí me destroces. Eres un hijo de puta y un cobarde. Y lo que más me revienta es que me siento ridícula. Por haberme dejado engañar. Creí que eras un tío legal. Y fuerte. Y eres un mierda. Llévate aquí grabado —dijo apretando el dedo índice contra su frente—. Eres un mierda y a partir de hoy ya no podrás dejar de serlo. Vete de mi casa.

—Mar...

—¡QUE TE VAYAS, COÑO!

Él cogió las bolsas de plástico donde había metido sus cosas y salió. Al cerrar la puerta echó una última mirada, intentando cruzarla con la de Mar, pero ésta ya se había dado la vuelta y caminaba por el pasillo.

Mar sí era fuerte.

Llegó a su habitación y se tumbó en la cama que todavía olía a él. Miró un instante a la mesita de noche, donde descansaba un vaso de agua a medias. En su borde, las huellas de dos labios distintos.

Solo entonces lo supo. Hundió la cara en la almohada y dejó que las lágrimas la empaparan.

Se había ido.

Presente, año 2021

La cueva del ogro

—Otro más —suspiró Mar cerrando una nueva carpeta de cartón.

Menéndez, sacándose el palillo de la boca para resaltar la importancia de su comentario, replicó con sorna.

—Así les quitas el polvo, que falta le hace al archivo.

Mar asintió. En el fondo, sabía que eso era precisamente lo que estaba haciendo. Ella esperaba acción; todos los días, al vestirse, enfundaba la pistola pensando si ese sería el día. Pero en los meses que llevaba en el departamento, solo le habían encargado leer casos viejos.

De pronto, sin saber por qué, notó como la ira le ascendía desde el estómago hasta el entrecejo. Se ajustó la coleta del pelo, que ya llevaba tirante, se levantó haciendo chirriar la silla y se encaminó al despacho del comisario Anglona con la carpeta de cartón todavía en la mano.

—Oh, oh —murmuró Menéndez, recolocándose en su asiento para no perderse nada.

Mar golpeó con los nudillos en la puerta abierta. El comisario no levantó la vista.

—Dígame, Espinosa.

—¿Hasta cuándo me va a tener leyendo casos de la época de nuestros abuelos? —soltó Mar agitando la carpeta en el aire.

Al instante se arrepintió. Vio cómo se ensanchaban las aletas de la nariz del comisario, se le adelantaba el mentón y la mirada, aún clavada en el papel que tenía en la mano, se le cargaba de energía, como si estuviera a punto de disparar un rayo láser por los ojos. Tentada estuvo de agacharse y cubrirse con el brazo, pero aguantó a pie firme, con la carpeta todavía en alto.

El comisario soltó el aire lentamente. Consejo de su médico. Solo entonces levantó la cabeza.

—Hasta que a mí me salga de los cojones.

Las piernas de Mar flojearon, pero decidió jugarse el todo por el todo.

—“El asesino vudú” —leyó el rótulo manuscrito—. “2010—2012”. ¡Hace casi diez años! Y el atestado es una mierda. Un montón de recortes de prensa que aseguraban que el asesino era alguien que mataba a distancia, mediante magia negra. He tenido que tragarme tratados enteros sobre mutantes, sectas secretas, venenos desconocidos, hechizos africanos... hasta extraterrestres.

El comisario no abrió la boca. Recordaba perfectamente a Zambrana, el pseudoperiodista que encontró su filón novelando un caso absurdo a base de teorías conspiranoicas y de paso ridiculizando a la policía. Lo malo es que a la gente le encantó la historia. Su blog fue el más leído durante meses.

—Suspendido por falta de pruebas. Nos ha jodido. ¿De verdad que no hay nada más provechoso que pueda hacer? —Mar bajó la mirada hasta enfrentarla a la del comisario, aunque tragó saliva antes de continuar—. No me he sacado un grado en Criminología y Psicología, aprobado una oposición con el récord de edad en España y pasado dos años en la academia con las mejores calificaciones... para esto.

El comisario Anglona le sostuvo la mirada sin ningún esfuerzo, pero soltó el papel que sostenía en la mano.

—Cierra la puerta, por favor.

Mar le hizo caso, santiguándose por dentro en cuanto le dio la espalda. Había notado el cambio de tratamiento. Acababa de cagarla bien.

Pero, en lugar de gritar, como ella esperaba, el comisario Anglona habló más bajo que antes. Mar tuvo que inclinarse para escucharle.

—No te voy a mandar ahí fuera hasta que no te encuentre un grupo de fiar. La respuesta dejó a Mar un tanto desarmada.

—¿Barros?

—Es un patán que solo piensa en su jubilación. Y yo también.

—¿Menéndez?

—Un salido, un puto acosador.

—¿Paula?

—Es inspectora investigadora, como tú. Demasiado novata.

Ambos se quedaron en silencio, cada uno mirando al vacío frente a sus ojos. Por fin, el comisario hizo un gesto con la mano, como apartando el pensamiento de su mente.

—Te buscaré a alguien, no te preocupes. De esta semana no pasa, te lo prometo. Mientras tanto, dile a Barros que te pase alguno de sus casos. Tiene... demasiado trabajo.

—Ya.

Ambos se quedaron unos instantes en silencio, hasta que una melodía de piano les interrumpió. El móvil del comisario. Mar se apresuró a hablar antes de que contestara.

—Gracias.

—De nada. Haz un buen trabajo.

Mar se giró hacia la puerta, esperando sin reconocerlo que el comisario le hubiera dedicado alguna palabra más antes de abrirla. Quizá algo... sobre su padre.

Él siempre decía que Anglona era el más inteligente de los dos. Y quizá tenía razón. O quizá, si no se hubiera inmiscuido en aquel atraco cuando no estaba de servicio y ahora siguiera vivo, también habría llegado a ser comisario. Los dos juntos fueron durante años la pareja más eficaz del cuerpo, ejemplo para muchos. También para ella.

Por un momento se vio a sí misma, en su pupitre del instituto. Era el último curso y había que pelear por cada décima en la nota para poder elegir una carrera que mereciese la pena. Estaba en un examen de Física. Recordaba perfectamente el problema de Dinámica, una esfera sobre un plano inclinado, que estaba haciendo cuando sonó aquella fatídica llamada en la puerta. El director entró y habló en voz baja con su profesora, que cerró los ojos antes de buscar los de Mar con la mirada. Habría jurado que estaban húmedos.

El director pidió a Mar que saliera. Tenía que darle una noticia. Una noticia muy mala. Tan mala, que Mar se clavó el portaminas en la mejilla al retirarle el brazo, incapaz de creerla. Aquel día recibió dos cicatrices: una en la mejilla y otra mucho más profunda.

Mar giró el picaporte y salió del despacho. En cuanto enfiló el pasillo que llevaba de vuelta a la oficina notó los ojos de Menéndez clavados en ella, y no precisamente en su cara. Le fulminó con la mirada y se encaminó al puesto de Barros, que se encontraba absorto en su pantalla. Cuando vio que Mar se dirigía a él, se apresuró a minimizar la ventana que tenía abierta.

—Hola, guapa, ¿qué tal con el ogro?

—Bastante bien. No sé a qué viene tanto miedo.

—Nosotros no tenemos tus armas, bonita.

—Heckler & Koch 9 milímetros —dijo Mar dando un par de toquecitos a su cadera—. Como la tuya.

—Ya —respondió Barros, sujetando la mirada para no desviarla de sus ojos—. ¿Qué se te ofrece?

—Ha dicho Anglona que me pases alguno de tus casos, que estás sobrecargado.

Barros levantó una ceja, sorprendido, pero se apresuró a inclinarse sobre el montón de archivadores de cartón que reposaba a un lado de su mesa. Cogió

el que estaba más al fondo.

—Toma. Un caso importante.

Esta vez la que levantó una ceja fue Mar. Echó una mirada al encabezado: “El Músico”, aparecía anotado a mano sobre el número de expediente. La fecha de la primera anotación era de casi un año atrás.

—¿Quieres que te cuente? Tengo mi propia opinión.

—Deja que me lo mire primero —le interrumpió Mar—. Así entreno. Luego me cuentas.

Barros asintió despacio. Después sonrió, igualmente lento. “Listilla”.

—Todo tuyo.

Mar casi pudo sentir el dedo corazón de Barros desplegarse a sus espaldas, mientras caminaba alejándose de él. Prefería estar a solas mientras estudiaba el caso, así que cogió su bolso y salió. Fuera llovía. Mar tapó la carpeta con su cazadora y corrió hasta su coche, un Opel Corsa que acababa de cumplir catorce años, según su dueño anterior. Su sueldo no daba para planes Renove. Si apenas daba para pagar el seguro. Se sentó, dejó el bolso en el asiento del copiloto y abrió la carpeta. Con cuidado, extrajo su contenido: varias fotografías y el consabido informe.

El morbo le hizo mirar un par de fotos antes de leer el atestado, pero se contuvo de continuar. Quería saber de qué iba el asunto. “El Músico”. Parecía que alguien hubiera buscado un buen eslogan para los titulares de los periódicos. Sin embargo, en aquellos meses el caso había pasado totalmente desapercibido para todo el mundo. Para todos, menos para él: Laureano Gracia, cuarenta y siete años, catedrático de Historia y Ciencias de la Música. Un martes cualquiera, se levantó y acudió a su despacho en la Universidad Autónoma. Tenía una clase a las once de la mañana, pero nunca llegó a darla. A las nueve se reunió con su doctorando, un joven prometedor llamado Rodrigo Iniesta y, mientras abría el correo y comentaba con él los avances de su proyecto, murió. Causa de la muerte: infarto cerebral.

Hasta aquí, todo normal. Cuarenta y siete es una edad en la que estas cosas pasan, a pesar de la vida sana y casi asceta que llevaba el profesor. Una pequeña inmundicia que se atasca en algún capilar de los que riegan el cerebro y ¡catapluf! De vivo a muerto en un segundo.

Pero solo en un caso entre diez mil millones coincidiría con que a su doctorando, de veinticinco años de edad, le ocurriera lo mismo y al mismo tiempo.

El chico sobrevivió, aunque con graves secuelas. Perdió la vista y nunca se recuperó del shock emocional. La autopsia sobre el cuerpo del profesor no dio ningún resultado positivo en cuanto a toxinas se refería. Tampoco hubo lesión eléctrica, ni traumatismos, así es que solo se podía atribuir a una de esas casualidades que, una vez cada mil años, suceden en la naturaleza.

—¿Por qué insistimos en estas cosas? —murmuró Mar con fastidio.

Tomó las fotos entre sus manos. Casi todas eran del profesor, apoyado en su mesa como si estuviese echando la siesta con el ordenador encendido. Al sufrir la parálisis se había desplomado hacia delante hasta que su cabeza topó con la madera. Lo que más llamó la atención de Mar fue la expresión de su rostro. Totalmente contraído, en una mueca que Paul Ekman habría catalogado como de intensa repugnancia. O de terror.

Mar lo observó largamente, incapaz de apartar sus ojos de él, hasta que unos golpes en el cristal de su coche la devolvieron a la realidad con un sobresalto.

—¿Qué susto me has dado, tía! —dijo mientras abría la puerta del copiloto y quitaba el bolso del asiento.

—¿Joder, me estoy calando! Llévame hasta mi coche.

En realidad su coche estaba dos plazas más allá.

—Le vas a quitar a Barros el título de “más vago del departamento”.

—¿Qué tenemos? —preguntó Paula quitándole a Mar de las manos la carpeta de cartón.

—Otra mierda de la que nadie se acuerda. Un tío al que le dio un ictus, y contagió a otro que andaba por allí.

Paula sacó el labio inferior mientras cotilleaba las fotografías.

—Algo le debió sentar mal —dijo al observar el rostro desfigurado del hombre— ¿Sabéis si acababa de comer en la cafetería de la universidad? Dicen que es peor aún que la de la academia. Por cierto, ¿quién es este? —sostuvo en alto la última foto, en la que aparecía el joven doctorando— No está mal.

—No está mal, no. El problema es donde vive.

—¿Muy lejos?

—No, en realidad está a tres manzanas de aquí. En el manicomio.

Paula levantó las cejas como diciendo “qué lástima”.

—¿Vas para allá?

—Qué remedio.

—No hables mucho, a ver si no te van a dejar salir.

—Tendré cuidado.

—¡Eh, ánimo! Cualquiera diría que Anglona te ha echado la bronca.

—Lo ha hecho. Se me ocurrió sacar el tema de la mierda esa del asesino vudú y luego...

—¡Ja, ja, ja! A ti también te lo pasaron. Debe ser la novatada que nos hacen a todos. ¿Te gusta cómo quedó el informe? Es que perdí la carpeta original y la tuve que rehacer como pude. El caso es que, hace poco, encontré la buena en casa; debí llevármela cuando todavía me motivaba mi trabajo... La metí en una bolsa monísima y la tengo allí en medio. Todos los días pienso en traérmela y todos los días se me olvida. Estoy por tirarla a la basura.

—¡Qué raro, con lo ordenada que tienes tu casa!

—¡Menos cachondeo, y a ver si te vienes un día y me ayudas! Pago en cervezas.

Paula besó rápidamente a Mar y salió bajo la lluvia.

—¡Si lo sé, no me ducho esta mañana! —gritó mientras corría tapándose la cabeza con el bolso.

—Tú nunca te duchas por la mañana, friolera.

El músico

Mar estiró el brazo lo que pudo, empapándose, pero al final se tuvo que bajar del coche para llamar al portero automático.

—¿Diga? —respondió una voz metálica.

—Mar Espinosa, inspectora de policía.

Si no hubiera estado lloviendo a jarros, posiblemente habría escuchado el crepitar de la estática del micrófono en el silencio que se hizo.

—¿Qué coño pasa? —murmuró. En las películas, esa frase abría todas las puertas al instante.

Por fin, un chasquido y la verja metálica comenzó a deslizarse hacia un lado, parsimoniosa.

Mar nunca había estado en un sanatorio psiquiátrico. No sabía muy bien lo que la esperaba. Se imaginó una sala repleta de hombres vestidos de pijama azul, gritando, saltando, gruñendo... Poco menos que animales salvajes. Una marabunta que destrozaría a una chica joven y menuda como ella en cuestión de segundos.

Sacudió la cabeza.

—Chorradas.

Pero, al bajar del coche, tanteó en un acto reflejo la pistola que llevaba oculta en la cadera.

Corrió hacia el edificio principal, un tanto viejo pero agradable. Pintado de blanco hacía poco, con columnas formando soportales, le recordaba a una casa colonial tipo sureño. “Tara”. Mar se sobresaltó al percatarse del juego de palabras.

Entró sacudiéndose la lluvia bajo la atenta mirada de una mujer vestida de blanco, que la observaba desde detrás de un mostrador.

—Buenos días —la saludó Mar—. Vaya día.

La mujer tan solo asintió con la misma media sonrisa que parecía llevar instalada de serie.

—Vengo a ver a un paciente. Rodrigo Iniesta. Forma parte de una investigación. Ya está avisado el director del centro.

—Deje que lo compruebe, por favor.

Sin separar la vista de Mar, alcanzó el auricular de un teléfono y marcó un número memorizado.

—Buenos días, doctor Romero. Tengo aquí a una señorita que quiere visitar a Rodrigo Iniesta. Dice que es policía.

Pausa.

—Perfecto, muchas gracias —y, dirigiéndose de nuevo a Mar—. Aguarde un momento, por favor. Enseguida acudirán a recibirla.

Mar asintió y buscó con la mirada un lugar donde acomodarse. Como no lo encontró, se quedó allí de pie, observando las fotos que colgaban de las paredes. Fotos del edificio, en primavera, con sus verdes jardines y sus flores. En algunas posaban internos, con la misma sonrisa inexpresiva de la recepcionista. Mar la miró de reojo. ¿Estaría medicada?

Al poco rato apareció por una puerta doble un hombre vestido con el mismo uniforme blanco que la recepcionista. Un celador.

—Buenos días —dijo sosteniendo la puerta abierta—. Acompañeme, por favor.

Al otro lado de la puerta había un gran pasillo acristalado, cuyas ventanas daban a un patio central, con árboles y césped. Si no hubiese sido por los desconchones y las manchas de humedad en la pintura, habría pasado por un convento benedictino, por la paz que transmitía.

—Me llamo Román —dijo el celador, tratando de intimar. “Yo haría lo mismo si tuviera que convivir el ochenta por ciento de mi tiempo con personas desequilibradas”, pensó Mar. Aun así, solo asintió con la cabeza.

Recorrieron todo el ala del edificio hasta las escaleras que había al fondo.

—Las habitaciones están arriba —informó el celador mientras subían. Se detuvo frente a la tercera puerta—. Esta es la de Stevie... Wonder.

Mar sonrió levemente, para halagarle. Aunque el comentario le había parecido grosero y sin pizca de gracia, quizá necesitase su ayuda más adelante.

Repasó mentalmente lo que sabía del paciente. Niño prodigio, había comenzado sus estudios de música a muy temprana edad. Dio su primer concierto importante con doce años. Terminó la carrera de piano con dieciséis y la de violín al año siguiente, saltándose varios cursos. También tocaba el clarinete y el arpa. Comenzó estudios de Ingeniería Informática, pero no pudo permanecer mucho tiempo separado de la música. No había terminado el segundo año cuando se matriculó además en Musicología y retomó su

vocación. Recibió las calificaciones más altas e inició su doctorado con una beca del Ministerio de Educación. Eligió a Laureano Gracia como jefe de tesis por sus estudios científicos sobre la música. El chico debía tener medio cerebro de artista y medio de técnico.

—Un consejo —añadió el celador—. Apague el móvil.

Mar le miró con aire interrogativo, pero le hizo caso, al menos a medias. Bajó el volumen hasta dejarlo en vibración.

El celador abrió la puerta y se apartó, observando la reacción de la mujer. Sonrió aviesamente cuando la mano en la que Mar aún sostenía el móvil se detuvo en el aire y sus ojos se abrieron como platillos de café.

La minúscula habitación contenía una cama, un armario, una pequeña mesa y una silla. Allí encontró a Rodrigo Iniesta. Tenía los ojos cerrados. Sus manos se unían sobre la cabeza como si estuviera rezando. Su pierna izquierda estaba plegada y apoyada sobre la derecha, que, como una columna griega, sostenía todo su peso ¡encaramado al respaldo de la silla!

—La postura del árbol —informó el celador en voz baja—. Aquí tenemos clases de yoga dos veces por semana. Rodrigo se puede pasar horas así. Va a ser difícil que se entreviste con él.

—¿Cuándo puedo encontrarle “despierto”?

—Suele respetar las horas de comida, si quiere esperar un poco...

En ese momento el teléfono de Mar se iluminó y se puso a vibrar.

—¡Le dije que lo apagara!

—Creí que...

Todo sucedió como un relámpago. La silla cayó al suelo y una sombra se abalanzó sobre ellos. Mar llevó la mano hacia su arma en un acto reflejo, pero el celador fue más rápido. Cerró la puerta de un portazo y echó la llave. Unos golpes brutales amenazaron con derribarla. Se escuchó un grito altísimo, desgarrador, como solo un loco podía dar.

Mar respiró. Su corazón se había puesto a mil por hora. El celador, sin embargo, seguía sonriendo. Sin duda estaba acostumbrado a episodios como ese.

—¿Está bien?

—Sí, no me lo esperaba. ¿No era ciego? Ha saltado por encima de la silla con una agilidad que ya quisieran muchos videntes.

—Es ciego. O al menos eso dicen sus informes médicos. Pero no necesita bastón, parece que adivinara dónde están las cosas. Como si tuviera un radar.

—¿Y lo de los móviles?

—No le gustan nada. Le perturban, ya lo ha visto. Y si está “escuchando a la Tierra”, como dice él, más aún. Por lo demás, es un chico tranquilo y apacible. No nos da apenas problemas.

—¿“Apenas”?

—¡Ja, ja! ¡Quiere usted saberlo todo! Bueno, hay gente con la que se lleva mejor y gente con la que se lleva peor, como usted o yo.

—Me interesan más aquellos con los que se lleva peor.

—Siempre buscando el lado oscuro ¿eh? Pues mire, como el director nos ha dicho que le demos toda la información que nos pida, le diré que en realidad, que yo sepa, solo se lleva mal con uno de los psiquiatras: el doctor Fuentes. No puede ni verlo.

—¿Se muestra violento con él?

—Usted dirá. Intentó estrangularlo. Le dio un ataque agudo. Le tuvimos recluido una buena temporada, en observación, ya sabe. Pero ya lo superó hace tiempo, le cambiaron de médico y santas pascuas. Lo que sí es cierto es que desde entonces su estado de salud ha empeorado bastante. Ya sabe que la mente y el cuerpo van más unidos de lo que parece —dijo llevándose dos dedos a la cabeza—. Es una pena, porque yo creo que es un buen chico. Le vamos a echar de menos.

—¿Cree que va a morir?

—Buffff, cuando empiezan así... Cualquiera día le encontramos colgado de una tubería.

Mar pensó que se estaba quedando sin caso antes de empezar.

—¿A qué hora comen? —preguntó.

—A la una.

—Mientras tanto, ¿podría presentarme al doctor Fuentes?

—Cómo no.

La llevó a través de otro largo pasillo sin parar de hablar. Una vez tomada confianza, el hombre resultaba incluso demasiado locuaz.

—Esta es su consulta —dijo llamando a la puerta.

—*¡Adelante!* —se escuchó una voz amortiguada desde el otro lado.

—Buenos días —saludó el celador abriendo un poco la puerta—, me acompaña la inspectora de policía Mar Espinosa. Ha venido a visitar a Rodrigo Iniesta. ¿Podría atenderla usted un momento? Tiene algunas preguntas.

—Por supuesto, pase —dijo en voz más alta para que Mar pudiera oírle.

Al instante apareció en la puerta un hombre alto y pulcro, que estrechó la mano de Mar.

El celador se despidió con una servicial sonrisa.

—Siéntese, por favor —indicó el hombre invitándola a entrar.

—Me llamo Mar Espinosa, soy inspectora de la policía judicial —le dijo mostrándole su identificación.

—¿Me permite verla más de cerca? Siempre salen en las películas y me pica la curiosidad.

Mar dudó un instante. Había conseguido descolocarla.

—Sí, claro —respondió tendiéndosela. Se sintió como si le estuviese entregando su ropa interior.

El doctor la estudió con calma. Finalmente se la devolvió.

—No parece muy difícil de falsificar.

A su pesar, Mar se sintió irritada.

—Si quiere hablar con mi superior...

—¡Ja, ja, ja! No me malinterprete, no dudo de su identidad. Solo era un comentario curioso. ¿Qué desea saber de Rodrigo Iniesta? Por cierto, llámeme Sergio.

Mar retomó el control.

—Me han encargado revisar el caso de la muerte del profesor Laureano Gracia —miró al psiquiatra para comprobar si estaba al corriente, pero este no mostró signo alguno que permitiera adivinarlo—. Sufrió un infarto cerebral, que fue lo mismo que provocó el estado actual de su paciente, según tengo entendido.

—Efectivamente, una apoplejía, que le dejó algunas secuelas físicas evidentes, y también en su psique. Diría que más aún en su psique. Como viene de las habitaciones, quizá ya habrá podido comprobarlo.

—Sí, hace unos minutos. Si no llega a ser por el celador, se habría abalanzado sobre mí —el doctor asintió, como corroborando algo que él ya sabía— ¿Cuál cree que pudo ser la causa de la falta de riego en su cerebro?

El psiquiatra se echó hacia atrás en su asiento y cruzó los dedos ante su cara.

—Pueden existir muchas. Un pequeño coágulo viajero, un tumor, un golpe, una lesión en una arteria, hipertensión... Nosotros no participamos en la investigación; llegó aquí varios meses después del suceso, cuando lo único que quedaba eran las consecuencias. Pero por los informes que le

acompañaban, y eran muy completos, no se encontraron rastros de golpes ni de tumores, y su tensión era normal, si bien un shock emocional le pudo producir un pico. El ser testigo de la muerte de tu profesor no debe ser plato de buen gusto. Además, al poco tiempo fallecieron también sus padres, en accidente de tráfico. Y se quedó ciego... Demasiado para cualquiera. Se escapó del hospital, había perdido la razón. Al final le encontraron vagando por ahí. El servicio social se hizo cargo de él al principio, y finalmente terminó aquí. Durante unos meses seguimos tratándole, mediante psicoanálisis y otras técnicas, para escudriñar en su subconsciente. Pero nada. Al final desistimos. Si la causa fue fortuita, no hay nada que hacer más que intentar aliviar sus síntomas. Suena duro, pero es así.

—¿Le trata usted?

Por primera vez, el psiquiatra pareció sentirse incómodo.

—No, es paciente del doctor Briñas.

—¿Le trató en algún momento? Conoce muy bien su historia.

El doctor dudó un instante. Después pareció tomar una determinación, respiró hondo y contestó.

—Sí, fue paciente mío al ingresar en el centro. Ya se lo han contado ¿no?

—Algo.

—Era un caso atractivo para mí —comenzó el psiquiatra—. Un joven brillante, que por un accidente ve truncada su vida. No se mostraba violento, y tenía esperanzas de cura. Nunca habría ingresado en el centro de haber tenido algún familiar que pudiera hacerse cargo de él. Normalmente solo nos llegan casos perdidos, en los que se intenta apartar al enfermo de la sociedad, más que curarlo. Pero este era distinto. Muy distinto. Sobre todo porque el joven parecía haber desarrollado ciertas cualidades, digamos... fuera de lo común.

—¿Superpoderes? —preguntó Mar mientras comenzaba a asomar una sonrisa irónica en sus labios.

El doctor se recolocó en su asiento.

—Si usted hubiera visto lo que yo durante casi veinte años de tratar enfermos, quizá no se reiría. Lo que unos llaman locura, otros lo llamarían don. He visto gente que habla con los muertos, que adivina el futuro, que ve cosas invisibles para usted y para mí. Yo suelo hacer lo mismo que usted, me río y lo paso por alto; lo contrario sería demasiado aterrador. Pero con Rodrigo —miró su reloj— hay evidencias. Por la hora que es, le habrá visto usted haciendo “el árbol” ¿no es así?

—Parece que es de costumbres fijas.

—La rutina ayuda a calmar la mente, la favorecemos en lo posible. La cuestión es ¿cuánto tiempo cree que podría aguantar usted en esa postura?

Mar era buena en artes marciales, y en los entrenamientos realizaban muchos ejercicios de equilibrio.

—No sé. ¿Cinco minutos? ¿Diez?

—Guau. Yo no aguantaría ni uno.

—Más que resistencia física, es cuestión de concentración.

Una ligera sorna asomó a los labios del doctor.

—Rodrigo permanece en esa postura más de dos horas.

—¿En serio?

—Dicen que lo que nos desequilibra es el movimiento de la Tierra — pareció divagar el psiquiatra—. Creemos que el suelo que pisamos está fijo, quieto, pero en realidad no para de moverse. La Tierra rota sobre sí misma a más de cuatrocientos metros por segundo. Y se traslada alrededor del Sol a treinta kilómetros por segundo. Viajamos en una atracción de feria continua. Estamos tan acostumbrados, que ni nos damos cuenta. Pero cuando nos plantamos sobre una sola pierna, es distinto. Se siente más.

—Y Rodrigo lo hace sobre el respaldo de una silla.

—Increíble ¿no?

El doctor mantenía una expresión intrigante. Aún no había terminado.

—¿Cómo lo hace? —preguntó al fin Mar.

—Dice que puede escuchar a la Tierra. Sentir sus vibraciones.

—Así no necesita oír las noticias —Mar estaba dispuesta a no dejarse impresionar.

—Pues ha dado en el clavo. ¿Vio usted ayer el pronóstico del tiempo?

—La verdad es que no.

—Anunciaban un sol radiante durante todo el día.

Una ráfaga de viento hizo golpear con más fuerza la lluvia contra el cristal.

—Hoy había convocada una actividad al aire libre. Cuando lo anunciamos ayer en el comedor, Rodrigo dijo que no iba a poder ser —contuvo el aliento un instante—, que “escuchaba a las nubes acercarse”.

Un destello iluminó por un instante los ojos de Mar. Empezaba a picarle la curiosidad.

—¿Cómo intentó matarle? ¿Le golpeó con algo? —dijo señalando la lámpara dorada que se apoyaba sobre la mesa.

El psiquiatra, que creía haber eludido la cuestión, se enderezó un poco en su silla.

—No. Precisamente esa lámpara fue la que me salvó. Intentó estrangularme. Fue ahí, junto a la puerta, cuando ya nos estábamos despidiendo. De pronto me agarró el cuello con ambas manos. Yo intenté rechazarle y le golpeé con las rodillas, pero no aflojó en ningún momento. Lo único que conseguí fue retroceder hasta la mesa y tirar la lámpara al suelo. Gracias a Dios, en ese momento pasaban por el pasillo dos enfermeros. Escucharon el ruido y entraron. Entre los dos consiguieron que me soltara.

Mar se imaginó la escena, se había enfrentado a alguna situación violenta. En la realidad suelen consistir en forcejeos torpes, golpes fallidos, arañazos deshonorosos... Lejos de las peleas limpias y casi elegantes que se ven en el cine.

—¿Y por qué cree que lo hizo?

—No lo sé. No es la primera vez que me sucede, desde luego, pero con Rodrigo me pilló por sorpresa. No me lo esperaba.

—No le sonaría el móvil.

—Ya veo que sabe muchas cosas de él. No, siempre lo apagaba antes de la consulta. Además, aquella vez no fue un acceso súbito de rabia. Durante toda la sesión se mantuvo muy sereno. Se diría que... —el hombre dudó un instante antes de continuar— Era como si lo hubiera premeditado.

Mar tomó nota. Miró su reloj: la una menos cinco.

—Muchas gracias por atenderme —dijo levantándose—. Con un poco de suerte, no volveré a molestarle más.

—No ha sido ninguna molestia —una sonrisa seductora volvió a asomar en los labios del psiquiatra mientras se ponía en pie para acompañarla hasta la puerta—. No solemos disfrutar de visitas tan agradables como la suya.

Mar sonrió cortésmente y cerró la puerta tras ella. El celador al que había conocido hacía un rato la estaba esperando fuera, apoyado en la pared.

—Rodrigo ya está en la sala común —dijo, incorporándose—. ¿La acompaño?

—Sí, por favor. Muchas gracias.

—¿Qué le ha parecido el doctor?

Mar pensó un instante antes de contestar.

—También le gustan los misterios.

Llegaron ante una puerta de dos hojas, metálica y con cerradura, con dos

ojos de buey. El celador miró por uno de ellos antes de abrir, y sostuvo la puerta para que pasara Mar. Pero esta se detuvo antes de cruzarla. Sus ojos recorrieron de un vistazo la estancia desde la seguridad del pasillo. Recordó la imagen mental que se había hecho del lugar, y entendió que se había quedado corta.

Allí dentro había más de una veintena de personas, hombres y mujeres, de todas las edades. Algunos hablaban con grandes gestos, con o sin interlocutor. Otros tenían la mirada perdida en la lluvia al otro lado de los ventanales. Otros, simplemente en el aire vacío delante de sus ojos. Uno caminaba agachado como un simio, con los brazos casi arrastrando por el suelo. Dos de ellos gritaban palabras ininteligibles. Reinaba un completo caos.

Pero cuando entró Mar, las voces se acallaron. Los gestos se quedaron en vilo. Las miradas se enfocaron.

Algo nuevo.

Como un soplo de viento que trajese olor a primavera tras un largo invierno.

El celador apartó amablemente pero con firmeza a dos o tres internos que se dirigieron raudos hacia ella.

—Luego será vuestro turno —les prometió.

Mar dio unos pasos y poco a poco se fue integrando en la escena, las voces se elevaron otra vez y las miradas volvieron a diluirse en el polvo que flotaba frente a ellas.

Todas menos una.

Un joven pálido y con barba de varios días parecía observarla desde el rincón de un sofá.

Sin embargo, sus ojos estaban cerrados.

Tenía las ojeras muy marcadas, y la delgadez insana del que ha perdido demasiado peso en poco tiempo. Mar no le reconoció, a pesar de haberle visto en su habitación hacía un rato. Y apenas guardaba parecido alguno con la fotografía que guardaba en su carpeta.

El celador se dirigió hacia él.

—Hola, Rodrigo. Esta señorita ha venido a visitarte. Los hay suertudos ¿eh?

El joven no contestó.

El celador invitó a Mar a que se aproximara. Esta lo hizo, y tendió la mano hacia el chico en un acto reflejo.

—Buenos días, Rodrigo —saludó.

Pero el joven no hizo movimiento alguno.

Mar retiró la mano, avergonzada. El celador la tranquilizó con un gesto.

—Estaré por aquí, por si me necesita. Si hiciera buen tiempo, podrían pasear por el jardín. Pero así...

—Estaremos bien, no se preocupe.

El hombre se apartó unos pasos y se puso a charlar con otros internos, manteniéndolos a raya con exquisita pero firme diplomacia. Mar se sentó. ¿Cómo sería mejor empezar? ¿Preguntándole directamente qué sucedió aquel día? ¿Hablando de su profesor? ¿De él mismo? No podía evitar pensar que ese joven, en apariencia tranquilo, había estado a punto de asesinar a su médico a escasos metros de distancia de allí.

—¿Te gusta el yoga?

No hubo respuesta.

—Me han dicho que pasas muchas horas al día haciendo meditación. Siento mucho haberte interrumpido antes.

Silencio.

—Esto va a ser cojonudo —murmuró Mar—. Bueno, al grano. Estoy aquí para intentar descubrir qué os sucedió a tu profesor y a ti. Es muy raro que a los dos casi os reviente el cerebro a la vez. Para mí que quisieron cargarse al profe, con veneno o algo así, y a ti te pilló de paso. Daños colaterales, ya sabes. ¿Con qué andaba liado?

Nuevo silencio.

Mar se giró en el asiento y llamó al celador por señas.

—¿Seguro que entiende el castellano?

—Totalmente seguro. Ayer mismo le oí insultar al cocinero al menos de quince maneras distintas. La verdad es que se le había pegado demasiado el cocido —dijo lanzando una mirada de complicidad al joven—. Pero solo habla cuando le apetece. Rodrigo, sé amable. Si no, la señorita no volverá a visitarte. ¿Para qué? ¿Para hablar con una pared?

El chico no se movió, pero algo cambió en su respiración. ¿Había asentido? El celador le dio un golpecito en el hombro y se alejó de nuevo.

Mar retomó el hilo.

—¿Se te ocurre alguien que quisiera matar al profesor? —de pronto le vino a la mente una posibilidad— ¿No tendría un lío con alguien? Un crimen pasional.

Silencio.

—Hablo demasiado —dijo Mar, suspirando. De pronto la invadía un gran desánimo. Quizá el muchacho necesitase tomar algo más de confianza. O quizá hoy no fuese su día. Decidió dejarlo correr.

Recogió la carpeta, de la que habían asomado algunas hojas, y se puso en pie.

—Volveré otro día, Rodrigo. Estás en tu derecho de no contarle tus cosas al primero que pase.

Mar aguardó un instante, dándole una última oportunidad. Pero el joven no se movió. Así es que hizo un gesto de despedida al celador y se dio la vuelta.

—Fueron ellos. Y volverán a hacerlo.

La policía se giró. No sabía si había escuchado bien. A fuerza de no hablar, la voz del chico había sonado ronca y extraña.

—¿Cómo has dicho?

Pero Rodrigo siguió quieto como una estatua, sin pronunciar una palabra. El celador se había acercado para acompañarla hasta la puerta.

—Hoy toca silencio ¿no? —le dijo al chico, sonriéndole— Tú sabrás. Si a mí viniera a verme una chica así, yo intentaría por todos los medios que se quedara a pasar el día.

Mar se quedó observando al joven, por si hacía algún nuevo intento, pero no ocurrió nada.

—¡Ahora me toca a mí! —gritó un hombre con una poblada barba negra, con los ojos muy abiertos, no se sabía si de alegría o de enfado.

—Eh, tranquilo, Darío, la señorita va a ir un momento al baño. Luego será tu turno ¿vale?

Mar se pegó al celador mientras atravesaba la sala de vuelta hacia la puerta. No estaba asustada, pues sabía que podría reducir a cualquiera de aquellos hombres en cuestión de segundos. Pero habría odiado utilizar la violencia con ellos, y ella no tenía tanto tacto como el celador.

Cuando se encontró de nuevo en la calle, no corrió hasta su coche. Caminó despacio, dejando que la lluvia mojara su pelo. Una vaga melancolía se había instalado cómodamente en su interior. La lluvia parecía aliviarla.

—Malditos días grises —dijo cuando se sentó en el asiento de su Corsa.

No fue consciente de que varios rostros la observaban mientras se dirigía a la salida del aparcamiento y se abría la verja de seguridad. Uno de ellos se quedó pegado al cristal hasta que el rumor de su motor se alejó por el paseo y

acabó fundiéndose con la lluvia.

El nuevo

Mar entró en la comisaría. En el Complejo Policial de Canillas había unas cinco mil personas, pero a la hora de comer su departamento estaba casi vacío. Tanto mejor. No le apetecía hablar con nadie. Un escueto WhatsApp de Paula que más parecía un jeroglífico a base de emoticonos le había avisado de que comería fuera.

—Tengo hambre —se sorprendió Mar.

Se acercó a la máquina de sándwiches. Observó los trozos de plástico envueltos en más plástico entre los que podía elegir: jamón york con queso, ensaladilla rusa, fiambre de pavo, más jamón york... Echó una moneda y pulsó un botón al azar. Repitió la operación en la máquina de bebidas. ¡Clang! El sonido de la lata al caer la sobresaltó.

—A ver si esto me espabila —dijo al notar el frío de la lata de Coca— Cola en su mano.

Con la carpeta bajo el brazo, se dirigió a su mesa. Su ordenador despertó con un zumbido perezoso. Mar se quedó con la mirada perdida en la pantalla mientras ésta se encendía. Otro sorbo.

Entonces se dio cuenta de que había alguien más en la oficina. Al fondo, en la zona más sombría, algo se había movido. Se asomó por encima de su monitor y se encontró con la mirada de un hombre, no mucho mayor que ella, al que no conocía. Era increíble la información que se podía obtener con solo una mirada. “Intuición femenina”, lo llamaba su padre, admirado. Sin ningún esfuerzo consciente, al instante varias ideas brotaron en su mente: "Inteligencia. Determinación. Arrojo." Atontada como estaba, se quedó más tiempo de la cuenta mirando a sus ojos. Eran muy azules. Por fin despertó y saludó con un “hola” lo más neutro posible. Bajó la cabeza y se enfrascó en su ordenador. Si no era alguien de paso, ya se lo presentarían.

Al rato llegaron Barros, Menéndez y el resto. Menéndez se sentó en su silla y se estiró con un ruidoso bostezo.

—Bueno, a ver si corre el reloj, que hay que coger sitio en el bar. Esta tarde hay partido.

Mar le ignoró sin disimulo, haciendo como que se concentraba más aún en

su pantalla. No entendía cómo ese tío había podido llegar a jefe de sección.

—¿Con qué andas, amor? —insistió él— ¿Todavía no te han buscado grupo? A ver si tienes suerte y te ponen conmigo.

Esta vez Mar sí apartó la mirada de su ordenador para contestar.

—Si me pusieran contigo, pediría el traslado antes de que terminaran la frase.

—Ja, ja, ja. Anda, tonta. Con lo que ibas a aprender... —se inclinó un poco y bajó la voz— A lo mejor prefieres al nuevo.

Mar siguió el gesto de Menéndez. Se refería al tío del fondo. El que había visto antes.

—Hola, guapa, ¿un café? —les interrumpió la voz siempre alegre de Paula, que entraba como un huracán en la oficina.

—Venga.

Menéndez hizo el gesto de ir a levantarse, pero Paula le detuvo con solo levantar el dedo índice delante de sus ojos. A Mar le recordó a un entrenador de perros policía.

—¿Tú eres “guapa”?

Menéndez volvió a recostarse en la silla y, con desgana, movió un poco el ratón y se puso a mirar la pantalla. Las chicas se dirigieron a la máquina de café, que ya estaba vacía.

—Joder, salgo un rato esta mañana y traéis un tío bueno. ¿Quién es? —preguntó Mar en cuanto Paula hubo pulsado el botón del “Cappuccino avellana” y el ruido ensordecedor de la máquina las protegió de oídos indiscretos.

—Un galáctico, nena.

Paula cogió el café, lo sostuvo frente a su nariz, aspiró su aroma y comenzó a removerlo con parsimonia. Solo cuando hubo pegado el primer trago continuó hablando.

—Un crack. Un fiero. No tiene treinta años, se sacó la plaza hace tres y ya ha resuelto más casos que todos estos juntos. ¿Recuerdas el caso Pereyra?

Mar entrecerró los ojos. Le sonaba el nombre, pero no sabía de qué.

—El peruano de los casinos —la ayudó Paula.

Mar asintió. Claro que lo recordaba. Hasta hubo un artículo en El País. Después de que el tío hubiera saltado la banca en más de veinte casinos de Europa, al final lo atrapó un poli español en el casino de Torrelodones. ¿Era él? No pudo evitar lanzar una mirada de admiración al nuevo por encima del

hombro de su amiga.

—El tal Pereyra llegó a Estoril con cien euros y salió con seiscientos mil. Venecia, Montecarlo... Le siguieron la pista durante años, pero nunca pudieron demostrar nada. Hasta que se cruzó con nuestro colega. Me lo ha estado contando él mismo.

—¿¿Ya has estado charlando con él??

Paula dio un nuevo y largo trago a su cappuccino. Le gustaba crear suspense.

—Nena, no se puede perder el tiempo. No es muy parlanchín, pero le he tirado de la lengua. A lo que iba, le reconoció, le siguió la pista, descubrió dónde desayunaba todos los días su chocolate con churros, y empezó a ir él también. Cafecito por aquí, croissant por allá, que si Cristiano, que si Messi, que si cómo está el mundo... Total, que se hicieron colegas. Hasta empezaron a salir de copas juntos. Entonces un día...

Paula rebañó con el palito de plástico todo el lateral del vaso y se lo llevó a la boca.

—Nuestro amigo recibe un WhatsApp de Pereyra diciendo que ese viernes no puede quedar, que tiene un compromiso. Sin pensarlo, se planta delante de su puerta, bien escondido, y se pone a vigilar. Del Pereyra ni rastro. Pero como a las diez de la noche sale del portal un viejo barbudo y con gafas. Coge un taxi, y va el colega y se pone a seguirle. Ya sabes, una corazonada de esas que tenemos los buenos polis —guiño—. Y ve que enfila la carretera de La Coruña. Dice “Date”. Al casino de Torrelodones.

Otra pausa, esta vez para girar el palito de plástico en la comisura de los labios.

—Entran al casino, el viejo presenta su DNI, sin problema; se va a la ruleta, cambia sus fichitas y se pone a apostar. Al principio pierde. Mientras, se va pimplando unos cubatitas. Entonces, cuando lleva toda la noche palmando, de pronto gana una ronda y, todo pedo y con la euforia, se juega todo a un número. Y va, y gana. Casi diez mil euros. Con toda la gente aplaudiéndole y él haciendo reverencias, el tío recoge la pasta y se pira, medio tambaleándose. Y ahí es donde le para nuestro amigo y le enseña la placa.

—Tenía que haber llamado a un compañero, se cargó toda su tapadera.

—Pues sí, se la estaba jugando. ¿Pero qué iba a hacer? Igual nunca volvía a tener otra oportunidad. Así es él, el machote. Dice que el tío le lanzó una

mirada de odio cuando le reconoció... El caso es que le pide el DNI y era falso, claro. Pero no tenía nada más, ni puta idea de cómo hacía trampas el cabrón. En eso que le ve una arruga en el pantalón. Con lo pijo e impecable que iba siempre. Le cachea y... ¡Bingo! Llevaba un aparatejo así de pequeño pegado a la pierna.

—¿Un electroimán?

—No, resulta que eso ya está muy visto, los casinos se lo saben. Era un láser, o algo de inducción, o algo así. Un trasto superpotente que calentaba la bola a tope, la fundía un poco y la frenaba donde él quería.

—Joder.

—Ya te digo. Era listo. Había sido físico o algo así. Tenía varios carnés falsos y ya solo daba golpes pequeños, para vivir bien un par de meses. Incluso a veces iba al casino sin aparatito, a perder aposta, para que le conocieran los crupieres. Un crack de la vida.

—Ya te digo —repitió Mar, todavía admirada, y volvió a mirar por encima del hombro de Paula—. Y nuestro amigo también.

—Y encima está bueno. Y dicen que tiene pasta, su padre es un abogado famoso... Lo tiene todo.

—¿En serio?

—En serio. Se acabaron tus errores al elegir de quién enamorarte, ya te lo he elegido yo.

—Pffff...

—Lo único... es que tiene novia. Una pija, la hija de un exministro, ni más ni menos.

Mar casi sintió la ducha de agua fría sobre su cabeza.

—Pero oye, quién sabe —concluyó Paula—. Igual las pijas no saben hacer tus truquitos...

Mar le dio un codazo que casi le tiró el vaso. Paula se quejó en silencio, pero no dejó de reír hasta que llegaron a sus mesas. Entonces Mar la sujetó un momento por el brazo y habló en voz baja.

—¿Cómo se llama?

—Leiva. León, creo.

Mar se quedó hasta bien tarde aquel día. No iba a permitir que el nuevo la

adelantase por la derecha. Ella había llegado antes al departamento. Sonrió triunfante cuando este se levantó de su asiento y se despidió con un seco “hasta mañana”.

Tenía que resolver algún caso cuanto antes. Y cuanto más sonado, mejor.

Anotó hasta la última coma todo lo que había sucedido en el psiquiátrico. Y también sus sensaciones. Tampoco tenía mucho más, por otra parte. Hizo varias llamadas a la universidad. Al día siguiente visitaría a algunos compañeros del difunto profesor.

En cuanto al chico, de momento era un misterio. No tenía familia y todavía no había localizado a ningún amigo o siquiera conocido. Esperaba conseguir algún nombre en el campus. Aunque ya había pasado tiempo...

Es curioso como las amistades dependen tanto de las circunstancias. Mientras las vives, crees que durarán para siempre. Sin embargo, basta con cambiar un poco el escenario para despedir a unos actores y dar la bienvenida a otros. Incluso a gente con la que nunca habrías imaginado poder trabar ni siquiera una relación cordial. Varios de los mejores amigos de Mar habían sido antes enemigos del alma.

Como Paula. Cuando Mar la conoció, enseguida la catalogó como trepa, tonta y calentabraguetas. A su vez, Paula la fichó a ella como machuna, arisca y retrasada mental. Unos meses más tarde y después de vivir una situación un tanto apurada con pistola en mano y todo, se concedieron una oportunidad. Y ahora eran inseparables.

Sonó su móvil. Era Paula. Otra razón para creer en la telepatía.

—¡Hola, melocotón en almíbar! ¿Estás en casa?

—Pues no, aún estoy en la comisaría, me he lia...

—¿Pero qué coño haces ahí? Anda, ponte guapa, y no digo que no estés guapa ahora mismo, princesa de las fuerzas del orden. Pero vamos, que te pongas un vestido o algo, que nos vamos a bailar.

—Bufff...

—¿Que te encanta la idea? Estupendo, en una hora te recojo. Muack.

Y colgó. Las conversaciones con Paula eran así.

Realmente no tenía ninguna gana de salir aquella noche. Desde que lo había dejado con el último capullo (aún no podía pronunciar la palabra “hombre”), había adquirido un especial cariño por su sofá y su televisor. Suspiró hondo mientras se despedía de su idílica imagen. Quizá le convenía irse de marcha, al fin y al cabo.

Apagó el ordenador.

El fresco de la calle la despertó. Había dejado de llover. Las luces de la ciudad se multiplicaban como en un caleidoscopio sobre el suelo mojado. Subió a su Corsa y se dirigió a casa escuchando su emisora, la que nunca fallaba. La mayoría de las veces no conocía al grupo que tocaba, y casi nunca escuchó dos veces la misma tonada. El mundo de la música era infinito. Aunque estuvieras pegado a un altavoz veinticuatro horas al día durante toda tu vida, solo te daría tiempo a escuchar una millonésima parte de la que existía. Y esta era una cienmillonésima parte de la que podría existir. Y con tan pocas notas. Se imaginó el teclado de un piano y, sin querer, se encontró pensando en Rodrigo.

—Joder, ¿cómo puede ir la cabeza tan rápido, y escupir tantas chorradas?

Apagó la radio y tocó el claxon. El primero de la fila se había despistado en el semáforo, y Mar odiaba la ineficiencia.

Llegó a casa y se dio una ducha. Se enfundó otros vaqueros, otras botas, otra camisa y un cinturón nuevo. Se pintó lo justo para no parecer enferma, insistiendo un poco en la pequeña cicatriz de su mejilla, aunque sabía que era inútil. Se volvió a hacer una coleta, bien tirante. Se miró al espejo y suspiró. Una bocina sonaba en la calle. Paula nunca se tomaba la molestia de bajar del coche y llamar al portero automático.

—¡Qué guapa te has puesto! —dijo mientras Mar se sentaba en el asiento del copiloto. Arrancó sin darle tiempo a cerrar la puerta— ¡Joder, vas igual que a currar! ¿Es que no tienes ningún vestido? Sé que sí, porque los he comprado contigo.

—Paso.

—“Paso, paso”... Menos mal que estoy yo aquí, si no, estarías hecha un haba.

—Las habas crecen y se vuelven muy bonitas. ¿Te acuerdas de aquel trabajo que siempre nos obligaban a hacer en el cole, con algodón y un frasco?

—Las habas se zampan y te hacen tirarte pedos toda la noche. Espero que no hayas cenado habas.

—Tranquila, no he comido nada.

Paula dio un giro brusco sin poner el intermitente. Un sonoro pitido la avisó de que había estado a punto de darse un golpe.

—¡Gilipollas!

—¿Qué haces?

—Vamos a cenar a un sitio que conozco. Es una mezcla de argentino, italiano e iraní. El dueño es argentino de origen italiano, o italiano de origen argentino, o de Móstoles, yo qué sé. El caso es que su mujer es iraní, y se come de miedo por diez euros. ¡Y ya verás qué postres!

Mar sonrió. Era imposible estar sería mucho tiempo con Paula.

Durante la cena se fue animando más aún. La camarera y copropietaria del local era muy simpática, y acabó brindando con ellas con un vino riquísimo, a juego con los platos que acababan de engullir.

—¡Por las chicas!

—¡Y por los tíos buenos y majos que salen en la tele!

—¡Sí, por Epi y Blas!

Cuando salieron de nuevo al fresco de la noche, a Mar se le habían pasado por completo las ganas de volver a casa.

—¡Vamos a bailar!

—¡A bailar! ¡Yujuuu!

Paula abrió las puertas del coche y puso la radio a tope. Las notas de “YMCA” dispararon alguna especie de resorte, y las dos se pusieron a bailar como locas en mitad de la calle. Los pocos paseantes de un miércoles a media noche las miraron entre risitas y vergüenza ajena. Cuando empezó “Xanadú” un coche de la policía municipal se detuvo junto a ellas.

—Señoritas —dijo un joven muy serio mientras bajaba el cristal de la ventanilla. Mar y Paula no se dieron por enteradas y siguieron contoneándose con los ojos cerrados y gritando el estribillo— ¡Señoritas!

Paula abrió un ojo y le hizo una seña insinuante al agente. Este miró alrededor y, al no divisar a ningún viandante más, se relajó y bajó del coche. Su compañero salió también.

—Señoritas, en serio. Están molestando. Aquí hay gente intentando dormir —dijo dirigiéndose a las ventanas sobre sus cabezas.

—¡Ya dormirán cuando estén muertos! ¡Que bajen a bailar! —gritó Paula.

—¡Es una oportunidad única! —añadió Mar.

Paula rodeó con sus brazos el cuello del policía, que se zafó a regañadientes.

—Este no es lugar para bailar —dijo, lanzando una mirada cómplice a su compañero y bajando la voz—. Pero nosotros acabamos nuestro turno en un par de horas. Cuando seamos civiles libres, si queréis os llevamos a un sitio bueno de verdad.

Esta vez fueron Mar y Paula las que se miraron con una sonrisa aviesa.

—¡Un par de horas! ¿Qué van a hacer dos tías buenas como nosotras solas durante un par de horas?

—Podéis tomaros algo y charlar un rato ¿no? Eso os encanta a las tías.

—Ya —respondió Mar—. Y cuando lleguéis vosotros nos dedicamos a lo que os encanta a los tíos ¿no?

—Eso estaría bien —dijeron ellos riendo para disimular el brillo ávido en sus ojos.

La voz de Paula acalló las risas.

—¡Pues os jodéis! Sois un puto muermo.

—Oye...

—Ni oye ni hoyo, que es lo único que os interesa.

Y subió más aún el volumen de la radio.

—Señorita... —empezó el agente viendo que la situación escapaba a su control.

—Xanadúúú...

—Señorita, apague la radio o tendré que detenerla.

Paula y Mar se cogieron la cintura y siguieron bailando, con pasos cada vez más exagerados.

El agente, molesto, dio un paso y alargó el brazo hacia la radio. Pero una férrea mano le detuvo. Era Mar.

—Ni se te ocurra.

El policía fue a sacudirse, cuando distinguió la pistola en la cadera de Mar. Se contuvo justo a tiempo.

—¿Quiénes sois?

—Colegas tuyas, pazguato —respondió Paula.

—Joder, podíais haber avisado.

—¿Y estropear la diversión? Sois tan cachondos cuando os ponéis serios...

Mar bajó la radio. A estas alturas, los municipales estaban totalmente confundidos. Al final, el que no había hablado hasta entonces hizo un gesto con la mano y se dirigió a su compañero.

—Seguimos la patrulla, pues. Que os divirtáis, chicas. Y no os metáis en líos.

—Oye... —dijo Paula.

—¿Sí?

—¿Dónde está el sitio ese tan guapo que conocéis?

El policía silencioso resopló.

—Sois la hostia. “El mercado”, a dos manzanas de aquí. Lo frecuentan un montón de músicos famosetes y gente molona. Espero que os guste.

—¿No vas a venir?

—A esas horas, prefiero otro local: “La cama”.

—Ummm... tampoco suena mal.

—¡Claro que no! Pero cada uno en la suya. Adiós —se despidió subiéndose al coche patrulla. Su compañero hizo otro tanto, y se alejaron calle abajo.

—Ese chico tiene posibilidades —dijo Paula—. ¿Qué te apuestas a que dentro de dos horas está en el garito ese?

Mar la observó de arriba abajo. Su rostro chispeaba de excitación. Nunca maduraría. A su lado, ella parecía una madre prudente y sabia.

¡Y una mierda!

—Pues allí le estaremos esperando. ¿Una copa? —preguntó Mar soltándose la coleta.

En la universidad

Al día siguiente el despertador sonó como un martillazo en la cabeza de Mar. Se sentó en el váter con los ojos cerrados, mientras llegaba el agua caliente a la ducha. Sin abrirlos del todo se metió bajo el chorro y dejó que el agua corriera por su pelo y su espalda. Más caliente aún. Sintió como el vapor abría sus vías respiratorias y cada poro de su piel. Estuvo así un rato antes de enjabonarse para quitarse de encima aquel olor a bar. Cómo sería antes, cuando dejaban fumar.

Se secó y se vistió con lo primero que encontró. Puso la cafetera al fuego. Una cafetera italiana pequeña, de dos tazas. Pensó en la última vez que puso la grande. Mientras buscaba en los armarios algo que llevarse a la boca, le llegó el aroma del café. Aquel olor le transmitía tranquilidad, era el olor de casa. Le vino a la mente la imagen de su madre, levantándose antes que ella y sus hermanos para preparar el desayuno. Hoy la llamaría sin falta.

—¿Quién se ha comido las magdalenas? —preguntó para sí mientras cerraba el armario de un portazo.

Al final solo se tomó el café. Se colgó la funda de la pistola, se puso una chaqueta, echó una última mirada al bolso y salió.

Según bajaba las escaleras se dijo que debería haberse asomado a la ventana, por si estaba lloviendo. Afortunadamente, no era así. Le habría dado demasiada pereza subir a por un paraguas. Buscó con la mirada su coche, no recordaba dónde lo había aparcado. Al final lo localizó subido a la acera, casi rozando una farola.

Repasó mentalmente cómo llegar a la universidad. A aquella hora todavía habría bastante tráfico. Debería haber quedado más tarde. De pronto, no le apetecía nada conducir. Salió del coche y se dirigió a la estación de tren. Tampoco cogería ningún autobús para llegar hasta ella, estarían hasta arriba de gente.

Era extraño caminar por la calle a aquellas horas. Los comercios todavía no habían abierto, así que solo se veía a hombres y mujeres que se apresuraban para llegar al trabajo. Algunos salían de los bares tras tomarse su dosis de café, churros y charla matinal. Un buen ejercicio preparatorio para el

ajetreo del día.

Llegó a la estación. Preguntó en la taquilla qué línea tenía que coger para llegar a la universidad Autónoma y compró un billete de ida y vuelta. Se dirigió al andén, que también estaba abarrotado. El tren estaba llegando en ese instante, y la muchedumbre se arremolinó en torno a los lugares donde ya sabían que se abrirían las puertas. Mar dejó que subieran y tomó una buena posición para el siguiente. Ella no tenía tanta prisa.

A pesar de todo, le tocó ir de pie. Los asientos ya venían ocupados por la gente que venía de la periferia. Era justo, se habían levantado antes que ella. Tuvo que bajarse en Atocha y cambiar de andén. Andaba un poco desorientada, pero enseguida localizó a grupos de jóvenes con mochilas y carpetas bajo el brazo. Universitarios, sin duda.

Mientras los seguía, se acordó de su padre: él siempre había querido que hiciera alguna carrera de ciencias: Química, Física, Medicina... De hecho, cuando empezó Segundo de Bachillerato estaba casi decidida a entrar en Biotecnología. Pero entonces su padre murió y su vida se torció por completo. Sus intereses cambiaron; tanto, que acabó estudiando un grado en Criminología y Psicología. Antes de terminar comenzó a prepararse la oposición y, a los dos meses de tener el título, ya era inspectora de la policía judicial. Todo un récord.

Había tenido una buena motivación desde el día que ocupó la primera fila del aula para no abandonarla más: encontrar al asesino de su padre y hacerle pagar todo su dolor.

Al contrario que la mayoría de sus acompañantes en el tren, a Mar no le apetecía mirar el móvil. Al principio era una práctica autoimpuesta para no perder la atención a lo que ocurría alrededor. Al fin y al cabo, era policía. Pero después se convirtió en una liberación.

Cuando por fin quedó un asiento libre, se dedicó a mirar el paisaje por la ventana. Una vez pasada la estación de Chamartín, éste se hizo más campestre. Parecía mentira ver prados verdes y vacas pastando tan cerca de la ciudad. La invadió una sensación de calma. Parecía que el campus se encontrara situado en una comarca lejana, aislada del ajetreo, un lugar consagrado al estudio al que solo se iba a obtener conocimiento.

Sin embargo, los chicos que la acompañaban en el vagón no parecían opinar igual. Bostezando, con los pies en el asiento de enfrente y una expresión de desgana que solo desaparecía si algún miembro del sexo opuesto

se sentaba en las proximidades. Mar sintió pena. ¿Por qué nunca valoramos lo que tenemos en este instante? Siempre creemos que lo nuestro es aburrido, lo del vecino es mejor, deseamos pasar a otra fase, cambiar de vida... De pronto se encontró pensando en ella misma.

Maldita sea, demasiado profundo para aquellas horas.

Echó una mirada al cartel luminoso del vagón, cuyas letras rojas se habían detenido. Anunciaba que la próxima parada era la universidad. Mar aguardó a que los estudiantes empezaran a removerse en sus asientos. Después se integró en la riada que descendió del tren y atravesó la estación.

Al otro lado había una gran explanada de hierba, con una locomotora antigua a modo de escultura en el medio. El tumulto comenzó a dispersarse, cada cual hacia su propio destino. Mar preguntó a varios chicos, pero ninguno supo decirle dónde estaba la facultad de Musicología. Sin duda era menos popular que Derecho o Económicas. Al final acudió a la “Oficina de Orientación y Atención al Estudiante”, un quiosco bien pertrechado en el centro de la explanada. Allí le señalaron el edificio que tenía justo enfrente. Resulta que no era una facultad, sino solo un apartado dentro de la de Filosofía y Letras.

Recorrió a buen paso los escasos cien metros que la separaban del edificio. Una mole de hormigón, aluminio y cristal de construcción barata, parecido a muchos edificios públicos de la época. Algunas pintadas adornaban su fachada, entre ellas una que rezaba “Sacude mi batuta, *allegro ma non troppo*”. Iba por buen camino.

Mar atravesó las puertas de cristal y se acercó a la ventanilla donde dos bedeles charlaban animadamente del partido del día anterior. Visiblemente molestos, interrumpieron su conversación para indicar con un seco “módulo 4, segunda planta” la ubicación del despacho del nuevo catedrático.

Caminó por los pasillos buscando en vano algún cartel o lógica que pudiese guiarla hacia el “módulo 4”. El edificio parecía haber sido diseñado para celebrar *gymkhanas*, o impedir que una persona con problemas de movilidad pudiese avanzar más de unos metros: había que ascender y descender docenas de escaleras para volver una y otra vez al mismo nivel.

Cuando le pareció que había dado varias vueltas al edificio, unas chicas con aspecto *new hippy* la encaminaron hacia una puerta igual que las demás. Se adentró en un recinto sin ventanas, con varias puertas cerradas que también carecían de indicaciones, un ascensor y, cómo no, una escalera. Subió al

ascensor solo para saber en qué planta se encontraba. Pulsó el número 2 y dejó que el artefacto la llevara a su destino. Cuando se abrieron sus puertas, se encontró en un descansillo idéntico al que acababa de abandonar.

Tocó con los nudillos en una de las puertas y se asomó. Se trataba de una sala amplia, con varios aparatos electrónicos y algunos instrumentos musicales. Una especie de laboratorio. No había nadie. Probó suerte con la siguiente, y apareció en un pasillo al que a su vez asomaban varias puertas más estrechas. Esta vez sí había carteles; fue leyéndolos hasta que dio con el que buscaba: “Alfonso Aguilar, Dpto. Interfacultativo de Música”. Mar respiró y compuso su expresión más neutra antes de llamar.

—¡Adelante! —respondió una voz masculina.

Mar giró el pestillo y abrió la puerta lo suficiente para que la persona que se encontraba en el interior, un hombre de alrededor de cincuenta calvo y con una barba un tanto descuidada, la identificara, pero sin hacer ademán de entrar.

—Buenos días —saludó.

—¡Ah, pase, pase! —dijo el hombre, levantándose de su asiento y dirigiéndose a ella para estrecharle la mano— La estaba esperando. Usted debe ser Mar Espinosa ¿verdad?

—Buena memoria —respondió ella.

—Lo acabo de leer —dijo él, con una risita y levantando un *post-it*—. Siéntese, por favor.

Mar entró a la sala. Un típico despacho de profesor, con mobiliario de formica y papeles amontonados aquí y allá. Aparte de una mesa de oficina, había otra redonda con cuatro sillas alrededor. Hacia allí la encaminó el profesor. Mar se sintió como si fuera a pedir una revisión de su examen.

—Bien, ¿qué quiere que le cuente? —preguntó directamente el hombre.

—Perdone —respondió Mar sacando el móvil y abriendo la aplicación de Notas de Voz—, espero que no le importe. En la academia me enseñaron la importancia de los pequeños detalles.

—En todo, señorita. En la música también. ¿Sabe qué es lo que distingue una buena obra de una obra sublime? Los detalles. Un giro inesperado al final de una obertura, una armonía apenas audible entre un clarinete aparentemente descarriado y la ola de violines... —el rostro del catedrático se relajó al revivir alguna de sus piezas favoritas.

—Vaya, ha empezado pronto a hablar de la música.

—¡Ja, ja! ¿De qué otra cosa voy a hablar? Llevo dedicado a ella casi

cuarenta años. No sé de nada más.

—¿Sabe algo de Laureano Gracia?

La expresión del hombre se volvió grave. De pronto recordó por qué estaba allí la policía.

—Sí, también sé algo de Laureano. Convivimos desde que se creó este grado, fuimos de los primeros que obtuvimos plaza.

—¿Usted era subordinado suyo?

—Aquí las cosas no son como en la policía. El tener la plaza de catedrático no quiere decir que tengas mando sobre los demás. Simplemente ganas un poco más y tienes más tareas administrativas.

—Y más prestigio.

—¡Ja, ja, ja! Eso era antes. Desde que el ideal de la juventud es revolcarse con algún famoso para salir en la tele, los catedráticos son como los curas: bichos raros.

—¿Qué asignatura impartía Laureano Gracia?

—Musicoterapia.

—¿Quién la imparte ahora?

—Un profesor nuevo. Muy brillante. Consiguió la plaza sin despeinarse. Traía un montón de publicaciones bajo el brazo, en revistas de psicología muy prestigiosas.

—¿Es psicólogo, entonces?

—Sí, doctor en psicología y reconocido violoncelista. Muy brillante, ya le digo.

—¿Ha continuado los trabajos del profesor Laureano Gracia?

—Bueno, sí, pero con su propio enfoque. Se dedica más a la historia, a estudiar a los grandes compositores y a relacionar las etapas anímicas que atravesaron en sus vidas con las características de sus obras. Algo parecido a lo que le pasó a Goya cuando se quedó sordo y empezó con sus pinturas negras ¿sabe? Desmenuza técnicamente la obra: su forma, su estructura, los tipos de armonía, los ritmos... Cree firmemente que, si una emoción provoca un sonido, el mismo sonido provocará dicha emoción.

Mar asintió despacio.

—Pero también hay que tener en cuenta el entorno de su época —continuó el profesor—. Aunque su corazón le pidiera componer un réquiem, puede que el compositor eligiera el vals simplemente porque estaba de moda y necesitaba comer. Pero siempre hay detalles: ¿usted sabía, por ejemplo, que

existen estudios estadísticos que relacionan el acorde Do menor y un estado anímico de melancolía? ¿Y el Re menor y la auténtica tragedia? ¿Y entre el pizzicato y el deseo contenido de matar?

—¿El pizzicato?

—Sí, tocar las cuerdas del violín pellizcándolas en lugar de rasgando con el arco.

—¿Se refiere usted a eso que suena cuando Tom se acerca a Jerry por la espalda, dando pasitos cortos y rápidos?

—¡Exacto! Veo que es usted observadora. Los compositores que trabajan para los grandes estudios no son mancos precisamente. Ponga atención en cada escena y verá cómo juegan con su psique. Miedo, tristeza, alivio, incluso frío. ¿Por qué aunque se tape los ojos cuando va a salir el asesino sigue temblando en su asiento? ¡Por la música! La música es un detonante de emociones poderosísimo. Ya lo decía Aristóteles.

—A partir de ahora veré las películas con otros ojos, o las escucharé con otros oídos.

—Y ganarán una gran riqueza, se lo aseguro.

—Parece una asignatura interesante. ¿Usted imparte alguna actualmente?

—Sí, los catedráticos reducimos las horas lectivas, pero no a cero. Está bien que sigamos en contacto con los alumnos. Tenemos que conocerles. Cada hornada es diferente, y sin embargo nuestra finalidad siempre es la misma: ¡que aprendan algo! Tenemos que ir adaptando los métodos. Los chicos de ahora, por ejemplo, parece que vienen a clase solo a ligar. O, con suerte, a aumentar un poco su cultura. Sin implicarse. Son pasivos ¡Les falta valor! No se atreven a componer, han erigido tan elevado monumento de los grandes genios de la música que se creen que no están a la altura. Y probablemente sea así, pero ¿qué más da? Se están privando de un gran deleite. En eso admiro a los artistas pop que sabiendo tres acordes de guitarra se suben a un escenario y hacen disfrutar al público. Sí, debemos esforzarnos por disfrutar. Los sufrimientos vienen solos.

—Cierto.

—Yo ahora imparto “Introducción a la tecnología y ciencias del sonido”. Un poco de física, ondas y demás. ¿Conoce a Pitágoras?

—¿El de los catetos y la hipotenusa?

—El mismo. Fíjese para lo que ha quedado. Pero Pitágoras era un gran genio. En prácticamente todas las materias, incluso la política. Inventó hasta la

palabra “Matemáticas”. Él estaba convencido de que el mundo físico y el espiritual estaban relacionados mediante números. ¿Y cómo lo estudió? — aguardó a que Mar hiciera un leve gesto con la cabeza animándole a continuar — ¡A través de la música!

—¿Música y Matemáticas?

—¡Y Física, y Astronomía! ¡Todo es uno! Pitágoras cogió una cuerda y la hizo vibrar, y escuchó los sonidos que producía cuando hacía variar su longitud, como cuando pulsamos la cuerda de una guitarra en los distintos trastes —el profesor extendió los brazos para explicar sus palabras con gestos en el aire—. Y descubrió que al dividirla en ciertas proporciones, las más sencillas, producía sonidos placenteros al oído. Cuando dividía la longitud de una cuerda a la mitad, la nota que sonaba era una octava más alta que la original. Y si la dividía a 2:3 de su longitud, también producía un sonido armonioso con aquel. ¿Entiende? ¡Números y belleza unidos! El mundo emocional y el físico estaban relacionados, aunque aún no sabían bien cómo.

Su respiración se había agitado.

—Llegó el número áureo, phi. ¿Sabe lo que es? Ese que está por todas partes en la naturaleza, en las caracolas, en las pipas de un girasol, en una coliflor Romanescu... Tiene tantas propiedades que se le considera mágico: está en las proporciones del pentágono, por eso este siempre ha sido símbolo del ocultismo, incluso del satanismo.

Su mirada febril empezó a preocupar a Mar. Se estaba apasionando demasiado.

—Muchos artistas lo han utilizado. Por supuesto, en arquitectura: las pirámides de Egipto, el Partenón de Atenas... Y también en música. La quinta sinfonía de Beethoven es una acumulación de números áureos. Bartok, Debussy... El número phi es la prueba de que existe una relación entre la armonía natural y la percibida por el hombre, en cualquiera de las artes.

Se quedó mirando al vacío, en medio de alguna ensoñación.

—Guau.

—En efecto. Guau —de pronto pareció volver al mundo real—. ¿Qué intento transmitirles a mis alumnos? Que el arte no es más que una ciencia, pero tan compleja que no logramos explicarla mediante la razón. Necesitamos una cualidad más elevada de nuestro cerebro. Llámela “sensibilidad artística”, “intuición”, o como quiera.

Mar se quedó ensimismada mientras asimilaba las palabras del profesor.

Le habría gustado matricularse en su asignatura. A su pesar, decidió retomar el hilo.

—¿Qué línea de investigación seguía el profesor Laureano Gracia?

—Música terapéutica. Apasionante. Viene a ser lo mismo de lo que estamos hablando, la magia de la música. La música desencadena emociones, y está demostrado que las emociones positivas tienen poderes curativos. Ayudan a mejorar a los enfermos y a soportar mejor los sufrimientos. Laureano pasó mucho tiempo en las salas de los hospitales. Mientras los pacientes recibían quimioterapia, él les ponía distintas piezas musicales, y conversaba con ellos. Cómo les hacían sentirse, si les hacían evadirse, si les traían recuerdos, etcétera. Y también cómo se sentían físicamente al final de la sesión, si habían sentido más o menos náuseas o malestares. Extrajo ideas muy interesantes, aunque es muy difícil recabar suficientes datos como para extraer conclusiones estadísticas fiables. Cada paciente es distinto. Imagine a una persona que de pequeña escuchaba música *country* porque a su padre le encantaba. Si le hace escuchar música *country*, inevitablemente pensará en su padre, y según hubiese sido su relación con él, los sentimientos que despertaría podrían ir desde el amor más tierno hasta el odio más feroz. Las variables son muchas. Pero sin duda es un estudio apasionante. Y el que no seamos capaces de demostrar algo no significa que no sea real.

—No trabajaba solo ¿verdad? Tenía un doctorando. Rodrigo Iniesta.

—Sí, pobre chico. Un alma sensible. No resistió la visión de su querido profesor agonizando ante él. Le produjo una impresión tan grande que también sufrió un ataque cerebral. Afortunadamente sobrevivió, pero a qué precio. Qué poco imaginable es el destino... hasta que sucede.

—El material de trabajo de ambos... ¿podría tener acceso a él? Supongo que utilizaban algún ordenador en la universidad, y que grabarían al menos parte en su disco duro.

—Por supuesto. Vayamos al departamento de informática, es donde guardan todas las copias de seguridad de nuestros ordenadores. Supongo que ellos podrán ayudarla.

Descendieron en el ascensor hasta la primera planta y caminaron hasta llegar a otro módulo idéntico al que habían abandonado. El catedrático atravesó otra puerta en la que no había cartel alguno y saludó a dos hombres que charlaban ante un ordenador desarmado.

—Buenos días.

—Buenos días.

—La señorita Mar Espinosa es policía, y está recabando pruebas sobre la muerte del catedrático Laureano Gracia. La pregunta que quería hacerles es si todavía conservan su PC, o alguna copia de seguridad que se hiciera cuando cambió de dueño.

—Pues ni lo uno ni lo otro —respondió el que era más mayor de los dos observando a Mar con curiosidad. Su camisa abierta mostraba abundante pelo y unos rollizos pectorales—. El PC tal cual se lo llevó la policía en la primera investigación. No hubo tiempo a hacer ningún *backup*.

—¿Y el de su doctorando? —intervino Mar— Rodrigo Iniesta.

—Lo mismo le digo. Ese PC estaba a punto de jubilarse, así es que no lo echamos de menos. Pero el del profesor estaba nuevecito, y no crea que nadie del ministerio vino a reponérselo.

—Vaya, por lo que parece alguien se olvidó de informarme —dijo Mar—. Pues disculpen las molestias.

—No ha sido ninguna molestia, señorita —repuso el hombre, contento de ayudar.

Una vez de nuevo en el pasillo principal, el profesor se dispuso para la despedida.

—Una última pregunta, señor Aguilar. ¿Tenía Laureano Gracia algún enemigo?

—Que yo sepa, no. Alguna rencilla departamental, y alguno que se habría alegrado si se echara sal en lugar de azúcar en el café, pero nadie que deseara su muerte. Que yo sepa.

—¿Ningún asunto de faldas?

—¡Ja, ja, ja! Lo de los artistas y la pasión puede ser cierto, pero a nuestras edades... Uno se relaja.

—De acuerdo, ¿sabe si queda por aquí algún alumno que conociera a Rodrigo? Por aprovechar el viaje, ya sabe.

El profesor se paró a pensar.

—Bueno, ahora que lo dice, debería estar Armando. Lee la tesis la semana que viene, y está preparando la presentación. También la empezó con Laureano. Creo que sí tenía alguna relación con Rodrigo.

El catedrático la tomó del brazo y volvió a guiarla por el pasillo que subía y bajaba hasta un nuevo módulo. Llamó a la puerta de un despacho y se asomó.

—Buenos días, Armando.

Un chico pasaba hojas desesperadamente, sentado ante una mesa calzada con un libro.

—Hola, Alfonso —respondió sin levantar la vista.

—Veo que estás atareado, pero hay alguien que quiere verte. Solo serán unos minutos.

—Acabo de imprimir la versión 22—bis, la definitiva de todas las definitivas. Tengo que llevarla a encuadernar esta misma mañana o no estará a tiempo —dijo el muchacho mirando el reloj. Ya habían abierto las tiendas de encuadernación. Iba tarde.

Entonces levantó la mirada y vio a Mar.

—Bueno, de perdidos al río. De todas formas, quería tomarme un café antes de irme. ¿Le importa que la atienda sobre la marcha?

—En absoluto. Yo invito.

El catedrático se despidió afectuosamente de Mar.

—Apunte mi número de móvil. Por si se le ocurre alguna pregunta más. Y no se preocupe, cuando estoy en clase lo apago.

—Muchas gracias por su colaboración, profesor. Ha sido una charla muy interesante. Si he aprendido todo esto en un rato, ¿cuánto habría aprendido en un curso entero?

—Mucho menos, sin duda, ¡ja, ja, ja!

Tras intercambiar sus números de teléfono, Armando y ella por fin quedaron a solas. El chico le hizo un gesto para que la acompañara, y mientras caminaban escuchó atento la explicación de Mar. Al principio se puso tenso, reacción habitual cuando alguien es interrogado por la policía. Cuando le preguntó por su relación con Rodrigo no contestó inmediatamente, sino que se quedó un momento pensativo.

—Fuimos bastante amigos —respondió al fin.

—“Bastante” es de esas palabras que nunca he entendido —dijo Mar—. No sé si quiere decir “suficiente”, o “mucho”, o “un poco”.

El chico detuvo el paso.

—Fuimos muy amigos. Y luego dejamos de serlo.

—Ah, ahora lo comprendo mejor. ¿Qué pasó?

Mar sabía que era una indiscreción y que probablemente no aportaría nada al caso, pero qué demonios, alguna ventaja debía tener ser policía. Y un poco de chismorreó le daba salsa a la vida.

—Una chica. Los dos competíamos por el mismo premio, y se lo llevó él.

El chico parecía avergonzado. A ningún macho le gusta reconocer su fracaso en el cortejo. Y en este caso parecía que había sido algo más.

—La de amistades que se habrán ido al garete por una tía. ¿Merecía la pena o era como estas que llevo cruzándome toda la mañana? —dijo señalando a un par de chicas que cuchicheaban en una escalera mientras se acariciaban el pelo. Sin duda se creían el centro de atención de toda la manada.

Armando sonrió ante el intento de Mar de quitar hierro, porque se veía a las claras que la herida aún seguía abierta.

—No merecía una mierda.

—Ya decía yo.

El chico sujetó la puerta de la cafetería, para que pasara Mar.

—Ummm, así que este es el verdadero ambiente universitario —dijo al observar más de la mitad de las mesas ocupadas en partidas de mus semiprofesionales.

—Así es —admitió Armando—. El mus es una de las asignaturas más importantes, aunque no aparezca en el programa de ninguna carrera.

Se acercaron a la barra, donde les atendió un hombre bigotudo y con la simpatía característica de un camarero de universidad. Sin mirarlos, muy ocupado recolocando los donuts, ladeó un poco la oreja hacia ellos.

—¿Mmm?

Mar miró a Armando.

—Yo, un café con leche en vaso.

—Pues a mí a estas horas —dijo Mar echando una ojeada al material que lucía en los expositores— ya me apetece más un pincho de tortilla y una Coca —cola.

El chico pareció dudar.

—Olvídate del café. Ponme lo mismo.

En cuanto el camarero les hubo servido, se llevaron sus viandas a una mesa y continuaron la charla.

—Me estabas contando que aquella chica no merecía una mierda —retomó Mar—. ¿Cómo se llamaba?

—Laura. Laura Tabar. ¿Sabes lo que hizo cuando a Rodrigo le pasó aquello? —se llevó un bocado de tortilla a la boca y lo masticó lentamente— Borrarse del mapa. Desaparecer. Su novio, un chico atractivo, prometedor, con futuro, de pronto se había convertido en un tarado y ciego además. Ni

siquiera fue a verle. Se piró.

—¿Se piró de la carrera?

—Sí, dejó de contestar nuestros mails y nunca volvimos a verla. Se esfumó, la muy cabrona. De buena me libré.

—¿Tú fuiste a visitar a Rodrigo?

—Yo sí —se apresuró a contestar el chico—. Fui con otros colegas a verle al hospital. Pero ni siquiera nos reconoció. Acabó en un psiquiátrico ¿sabe?

—Sí, lo sé.

Armando dejó el tenedor en el plato vacío y se llevó la lata a los labios.

—Qué putada —concluyó.

—Ya no le envidias tanto ¿verdad?

—No.

—Pues hala, disfruta de lo que tienes. De momento, que te salga muy bien tu tesis. ¿Me dejarás leerla?

—¡Claro! Estará colgada en el portal del departamento la semana que viene.

—¿De qué va?

—La música en el tratamiento de enfermedades mentales.

—Vaya —murmuró Mar—. Qué casualidad.

—No es casualidad.

Un espeso silencio se hizo entre ambos, hasta que el chico terminó la frase.

—Quedé bastante impresionado por lo de Rodrigo. Yo llevaba poco tiempo con la tesis cuando le sucedió aquello, no me costó mucho reorientarla... Y supongo que me sentía un poco culpable.

Mar le observó durante unos segundos. El chico tenía corazón.

—Se lo diré si le vuelvo a ver.

Armando asintió mirando a la mesa desconchada. De pronto, un fuerte “¡Órdago!” sonó un par de mesas más allá. Mar aprovechó para iniciar la despedida. Se levantó y pidió a Armando que le indicara el camino hacia la salida.

—Mira, solo tengo este caso entre manos —dijo cuando sus caminos se separaban—. Si me mandas tu tesis ya, la empiezo a leer en cuanto llegue a la oficina. Toma mi dirección de correo electrónico.

—Vale, como me la llevo a encuadernar ahora mismo, supongo que es la definitiva —respondió el chico cruzando los dedos.

—Gracias por tu ayuda —dijo Mar alargando la mano.

—De nada. Ha sido un placer.

Mar se dio la vuelta y se alejó con paso enérgico, mientras sacaba su móvil. Armando se quedó observándola, y se fijó en que varios chicos más hacían lo mismo.

—No valía una mierda —murmuró.

Y corrió escaleras arriba. Tenía una tesis que presentar.

Starsky y Hutch

Mar notó que algo iba mal en cuanto entró a la oficina. La sonrisita de deleite de Menéndez no podía ser buena señal.

—El Ogro te espera, cariño.

Mar miró hacia la puerta del despacho, abierta de par en par. Respiró hondo y se encaminó directa allí. No iba a mostrar ni un signo de temor delante de Menéndez.

Golpeó la puerta con los nudillos a la vez que se asomaba. El comisario Anglona lucía su habitual ceño fruncido, como si una eterna preocupación se hubiera alojado en él. No varió cuando miró hacia Mar.

—Pasa y cierra la puerta.

Mar obedeció sin rechistar. ¿Qué había hecho esta vez?

—Siéntate.

Había dos sillas frente a la mesa de Anglona. Eligió la de la derecha y se sentó, dispuesta a escuchar el rapapolvo.

—Te dije que te iba a buscar un grupo.

Mar se enderezó en la silla. Justo ahora que tenía un nuevo caso y empezaba a hacer avances, no le apetecía compartirlo con nadie. Y menos aún con alguno de los inútiles del departamento.

Iba a protestar, cuando de nuevo sonaron unos nudillos sobre la puerta.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y bajo el marco apareció la última persona que Mar esperaba: Leiva, el nuevo. En su cara se reflejó la misma sorpresa que en la de ella.

—Siéntese, Leiva.

El hombre ocupó en silencio la única silla vacía.

—Os iba a citar por separado, pero ha surgido una urgencia policial y tengo que marcharme. No sé si os conocéis, pero a partir de hoy vais a ser compañeros —anunció el comisario.

Se miraron y León forzó una sonrisa cortés.

—No nos habían presentado. Me llamo León —dijo tendiendo la mano.

—Mar. Mucho gusto.

Un tenso silencio se instaló entre ellos, hasta que el comisario habló.

—Finalmente, Barros se jubila. Le quedan dos meses, y he pensado en Leiva para hacerse cargo de su grupo. Llevas poco tiempo en el cuerpo —dijo dirigiéndose directamente a él—, pero tu currículum es impresionante; mereces la oportunidad. Mar, tú pasarás a formar parte de él como Inspectora Investigadora. ¿Estáis de acuerdo?

Ambos abrieron mucho los ojos.

—Sí...

—Bueno...

—Leiva, habla con Barros —interrumpió sus balbuceos el comisario—, os presentará al resto del equipo. Hay otros dos subinspectores y tres policías. Y te pondrá al corriente de los casos que lleva.

—¿Y qué pasa con el que estaba llevando yo? —preguntó Mar.

El comisario la miró como si no supiera de qué le hablaba.

—¿Qué caso era?

—Rodrigo Iniesta, un joven al que le dio un ataque al mismo tiempo que a su profesor de música.

Anglona pareció sopesar la cuestión.

—¿Qué tienes? ¿Algo sospechoso?

—No, de momento, no.

—¿Hay alguna denuncia?

—No.

El comisario se echó hacia atrás en su silla y paseó la mirada por ambos, para detenerse finalmente en Mar.

—Leiva ya tiene algo de experiencia. Yo tengo mucha —pronunció despacio, como si fuera a dar una lección—. Al principio todo te parece grande, los malos son muy malos y los buenos son santos e inocentes. Y todos los casos parecen encerrar un gran misterio detrás.

De nuevo posó su mirada sobre Mar. De pronto, sin saber por qué, en su cerebro se formó una imagen muy nítida de su padre. Parecía que era él el que hablaba por boca del comisario. El que le daba los consejos que nunca pudo darle.

—Pero, con el tiempo —continuó—, te das cuenta de que los malos no son tan malos, ni los buenos tan buenos, ni los misterios tan profundos. El que seas un admirado miembro de tu comunidad o un delincuente peligroso muchas veces tan solo depende de dónde la vida te haya enseñado a poner tus límites

morales, o de tu valor para saltártelos. O de la suerte. Y, a veces, aunque nos resistamos a creerlo, simplemente... no hay misterio.

Se quedó en silencio unos instantes mientras sus palabras se iban posando en su auditorio poco a poco, como motas de polvo sobre los muebles de la estancia.

—Sigue con tu caso —dijo finalmente— pero sé práctica. Y, si no hay nada, ciérralo sin miramientos. Hay muchos malos ahí fuera esperando que les atrapemos. Y los buenos confían en nosotros. Ahora, si me disculpáis, me tengo que ir.

Los tres se pusieron en pie a la par. León esperó educadamente a que Mar se dirigiera a la puerta para hacerlo él y ambos salieron en silencio. Pero, antes de llegar a la oficina, habló a sus espaldas.

—Oye —dijo, y se detuvo hasta que ella le miró—, he notado que no te ha gustado mucho la noticia.

—No es eso.

León alzó una mano. Quería continuar.

—A mí también me gusta trabajar solo. Continúa con tu caso, y pídemme ayuda cuando lo necesites, ¿OK?

Mar iba a contestar simplemente algo correcto, pero se lo pensó mejor.

—Me parece bien —dijo, asintiendo.

—Entonces, ¿necesitas una mano con el músico?

Mar negó con la cabeza.

—Bueno, me podrías ayudar a localizar los ordenadores que se llevaron de la universidad, como prueba. ¿Dónde se guardan esas cosas?

—Pues, a no ser que los tengamos por aquí, estarán en el archivo central, en Plaza de Castilla. Si quieres preguntamos a Barros.

Se dirigieron juntos hacia el inspector veterano, que les contestó resoplando y encogiéndose de hombros.

—Deja que charle un poco con él —dijo León—, y en un rato te acompañaré yo mismo al archivo. De todas formas tenía que ir.

—De acuerdo.

Mientras regresaba a su sitio, Mar iba dando saltos de emoción. ¡Tenía que contárselo a Paula! Pero, cuando intentó hablar con ella, esta tenía el teléfono apagado. Quizá estaba en una tirada, como solían llamar a las detenciones.

—Vaya —murmuró, desilusionada. Ahora tendría que hacer tiempo, y algo le decía que le iba a costar concentrarse.

Pero, al poco rato, Leiva le hizo una señal. Mar se puso en pie y Barros les presentó oficialmente al resto del grupo. Mar los conocía a todos, aunque no había intimado con ninguno. En el equipo había otras dos mujeres, una subinspectora y una oficial de policía, que al instante le cayeron bien.

—¡Hay que hacer piña! Sobre todo con el nuevo jefe —le dijo la más veterana en voz baja, guiñándole un ojo. Mar se sonrojó un poco.

—Barros, luego me sigues contando —dijo León—. Ahora Mar y yo tenemos que ir a Plaza Castilla, que nos van a cerrar.

—Uuuuhhhh... —dibujó con los labios su nueva compañera.

Si hubiera tenido un poco más de confianza, Mar le habría atizado un buen cachete. En esas circunstancias, se conformó con una mirada asesina.

Una hora después se encontraban en los sótanos de los juzgados de Plaza de Castilla. Un lugar bastante tétrico, donde se podían encontrar objetos de lo más diverso. Desde armas semiautomáticas a ropa sospechosa de ser objeto de hurto, pasando por aparatos electrónicos, botellas de champagne y hasta juguetes eróticos.

Mar quedó gratamente sorprendida por la seguridad del lugar. Solo tras rellenar una meticulosa hoja de registro informatizada, con sus números de placa y una fotografía tomada en el instante, pudieron pasar seguidos de un agente que los acompañó en todo momento. Una vez obtenido el material, terminaron de cumplimentar la ficha con el código de los objetos retirados. Ellos eran los responsables a partir de ese instante.

Cargaron los ordenadores en el coche y volvieron a la comisaría. No hablaron mucho durante el viaje, cosa que Mar agradeció. Leiva parecía guardar una prudente distancia tanto a nivel profesional como personal. Perfecto.

La radio comenzó a dar las noticias. Como siempre en los últimos tiempos, la primera fue para Cataluña. Tras las recientes elecciones autonómicas, el nuevo Parlament estaba compuesto por una mayoría no independentista, aunque por la mínima. El hecho había sido acogido con alegría por el resto del país, que creyó que daría algo de tranquilidad a la situación. Pero pronto se demostró que no iba a ser así; las protestas en la calle habían aumentado tanto en número como en intensidad. “*Les urnes no són l'únic mitjà d'expressió democrática*”, como decían algunos líderes.

—“Ocho heridos, entre ellos tres *Mossos d'Esquadra*...”.

Mar echó una mirada de soslayo a León. Este había fruncido el ceño y

miraba concentrado a la calzada. Mar no pudo reprimirse.

—¿Te tocó ir en 2017?

León le devolvió la mirada, asintió y volvió a concentrarse en el asfalto.

—Una auténtica mierda —dijo tras unos segundos.

Mar hizo hueco en su mesa como pudo antes de plantar allí los dos ordenadores, uno sobre otro. Leiva la ayudó a buscar cables para conectarlos a un viejo monitor, un teclado con las letras borradas y un ratón roñoso que apenas se deslizaba.

—Muchas gracias —dijo ella cuando estuvo todo dispuesto.

A partir de ahí, el caso volvía a ser todo suyo.

—Ya te dejo —respondió Leiva, adivinando sus pensamientos—. Pero dale al botón, a ver si funciona.

Mar le hizo caso y pulsó el botón de encendido de uno de ellos. En lugar del conocido logo de Windows, la recibieron unas letras blancas sobre fondo negro: “No system found”.

—Joder.

—Han formateado el disco.

—No jodas.

—Prueba con el otro.

El otro PC dio exactamente el mismo resultado. Mar soltó una retahíla de palabrotas.

—Joder, hemos ido hasta allí para nada. Lo siento.

—Igual se puede recuperar —dijo Leiva.

—¿En serio?

El policía asintió en silencio. Sacó el móvil, marcó un número y aguardó unos segundos. Alguien contestó llamándole por su nombre.

—El mismo. ¿Cómo va todo, ya has acabado tu Transformer?... Bueno, con calma. Roma no se hizo en un día... Un trabajito: un par de ordenadores que han sido formateados, a ver qué puedes recuperar... Ya lo sé, que estás a tope. Por cierto, no voy a ir al partido este fin de semana, ¿quieres el carnet? Me lo están pidiendo por todas partes... Vale. Pues te llevo los ordenadores y el carnet, a ver qué tal se te da... Ya, ya sé que es un proceso lento, pero confío en ti y en tu pericia... Venga, en un rato los tienes. Saludos.

León guardó el móvil con ceremonia y miró a Mar, a la que se le había quedado la boca un poco abierta. El policía sacó el carnet de socio del Real Madrid.

—La mejor inversión para un poli. Abre más puertas que una llave maestra.

Mar cerró la boca y asintió despacio.

—Con tu permiso, me llevo estos trastos —añadió León cargando con los dos ordenadores—. No me esperes, comeré por ahí. Luego hablamos con Barros ¿vale?

—Bien —fue lo único que acertó a decir Mar. Con una simple llamada y un carnet León le había hecho ganar semanas en la investigación.

Mar encendió su propio ordenador. Abrió el correo y la pantalla le dio la bienvenida con un nuevo mensaje: “Armando Viesgo”. Por un momento no supo quién era, hasta que cayó en la cuenta. El joven doctorando. La tesis.

El mensaje solo contenía un par de frases de saludo y un adjunto en PDF. Hizo un rápido doble clic sobre él y aguardó. Nada. Volvió a pulsar. Tras un rato que se le hizo eterno, se abrieron dos ejemplares. Refunfuñando, cerró uno de ellos.

—“La música en el tratamiento de enfermedades mentales” —leyó para sí.

“La música ha acompañado al ser humano desde tiempos ancestrales. Junto a sus primeros restos arqueológicos ya aparecieron vestigios de instrumentos primitivos. A la vez, o quizá debido a ello, que se desarrollaba su cerebro límbico, la música iba cobrando más y más importancia en su vida.

¿Por qué? Porque, junto con la danza, la música es uno de los medios de comunicación no verbal más poderosos que existen. Es capaz de provocar emociones y variar conductas. Desde el ardor guerrero de la haka maorí o las gaitas escocesas a la alegría de un reel de taberna irlandés, o la incitación al sexo de muchas de las danzas rituales africanas...”.

Mar echó una mirada alrededor. Quedaba un rato para la hora de comer y no tenía nada mejor que hacer por su caso, así que se acomodó en el asiento y se dispuso a leer.

“Cabe preguntarse por qué un instrumento tan poderoso ha sido dejado de lado e incluso, en tiempos más recientes, ridiculizado por la comunidad médica. Solo existe una explicación posible: ignorancia. ¿Cuántos médicos poseen conocimientos de música, o se han tomado la molestia de adquirirlos

aunque sea a nivel básico?

Quien ha visto a enfermos postrados por el Alzheimer despertar de pronto al compás de una canción, ponerse a tararear o incluso a bailar, sabe que la humanidad no puede permitirse ignorar el poder de la música. Hay demasiadas personas a las que ayudar”.

—¡Cucú! —gritó la inconfundible voz de Paula tapándole de pronto los ojos y haciéndole dar un brinco en el asiento.

—¡Joder!

—Que te estabas durmiendo.

—De eso nada. Me estoy documentando.

—Ya. Oye, tengo un hambre canina. De lobo, más bien.

—¡Si solo es la una!

—Yo qué sé, estaré creciendo. Vámonos, anda.

Mar se dejó convencer sin mucha resistencia. A esa hora el Paco's estaría vacío y no tendrían que compartir mesa con nadie.

—¿Qué tal tu nuevo compinche? —le lanzó Paula junto con un codazo en las costillas en cuanto hubieron salido por la puerta.

—¡Au! ¿Ya te lo han dicho? Yo qué sé, acabo de conocerle.

—¿Pero qué tal, leches? Bueno está un rato.

Mar decidió vengarse del codazo haciéndola sufrir un rato más.

—*No comment.*

Paula entornó los ojos.

—Ah, ya veo. Te haces la misteriosa... Bien, entonces paso de traerte lo del asesino vudú.

—No llevo ese caso. Está más cerrado que...

—¿Que el culo de Anglona?

—Por ejemplo.

—Vaya, yo que creí que había encontrado la forma de librarme del fardo.

Bueno, ¿me vas a contar o qué?

Mar forzó un gesto de indiferencia, encogiendo un poco los hombros.

—Es majo.

—¿Majo? ¿Mono? ¿Una ricura?... ¡Te ha molao!

—¡Eh, eh! Para el carro. Me ha echado una mano, y no se puede negar que es un tío eficiente.

—Uuuuuuhhhhh... Qué suerte, un tío eficiente con las manos. No lo dejes escapar. Igual hasta es uno de esos que se preocupan por ti.

El teléfono de Paula emitió el canto de un grillo. Ella miró distraída la pantalla, pero al ver quién era abrió el mensaje. Al instante su expresión cambió y se volvió tierna, casi emocionada.

—¡Esto sí que es cuqui! —dijo mostrándole la pantalla a Mar.

Era un WhatsApp con un gran cartel que decía “Felicidades, hermana. Te quiero mucho” y un montón de corazones saltando alrededor. De Kiko, el hermano de Paula. Tenía once años. “Un desliz”, como siempre añadía ella cuando le presentaba.

—¿Pero tu cumpleaños no es mañana?

—Qué más da. Es un amor —respondió Paula, mientras tecleaba la contestación a toda velocidad.

Si entonces hubiera sabido que era el último mensaje que le enviaba a su hermano pequeño, quizá hubiera escrito algo distinto.

La tarde transcurrió sin novedad, León no volvió a aparecer por la oficina y Mar se dedicó a leer aquella tesis doctoral sobre música terapéutica. Los primeros capítulos resultaban interesantes, pero luego el texto se adentró en estadísticas y términos acústicos hasta que los bostezos de Mar empezaron a enlazarse uno con el siguiente. Llegó a pensar si el trabajo de policía se parecía más al de un ratón de biblioteca que al que ella recordaba de las series de la tele.

Paula se despidió sobre las cinco con un guiño y un corto beso en la mejilla, y a las seis Mar decidió que ya estaba bien por aquel día. Recogió aún más su ya pulcro escritorio, tomó su chaqueta y su bolso y salió a la calle. No se podía decir que hubiera sido un día muy productivo. Por eso, cuando se miró al retrovisor para revisar el rímel alrededor de sus ojos, se sorprendió al descubrir en ellos aquella expresión de... sí, satisfacción.

Condujo hasta su casa más tranquila de lo habitual, incluso tarareó un par de canciones que su locutor favorito puso para ella. El sol lucía. Decidió que no le apetecía recluirse, así que, en cuanto llegó, se cambió de ropa, se puso sus mallas y una pequeña mochila a la espalda y salió a la calle a correr. Compraría el pan en el supermercado del otro lado del parque, eso eran unos diez kilómetros ida y vuelta. Perfecto.

Cuando volvió a su casa por segunda vez se sentía cansada pero con la

mente totalmente renovada. Una buena ducha, ropa amplia de algodón, un bocata vegetal con pan integral recién comprado, su sillón y Netflix completarían la tarde perfecta.

Al dejar el móvil en la entrada vio que tenía un par de WhatsApps. De Paula. El primero lo había enviado hacía casi una hora. Mar rezó para que no le pidiera salir aquella noche.

—*Mañana te llevo la mierda esta del asesino vudú. La tenía en una bolsa de basura, pero la he metido en una de Desigual, para que vayas mona cuando la pasees por ahí.*

—Uffff... —respiró Mar.

El siguiente mensaje era de hacía apenas quince minutos.

—*No te lo vas a creer! He encontrado algo hurgando en la bolsa. Estaba pegado entre los papeles (juro que el chicle no era mío). Voy a probarlo ahora mismo.*

No había más mensajes. A Mar le picó la curiosidad.

—*¿Me vas a contar qué es?*

Aguardó unos instantes, pero Paula no contestó. Ni siquiera lo leyó. Típico de ella. Mar se desnudó de camino a la ducha, dejó correr el agua hasta que casi hirvió y se metió bajo su chorro con un escalofrío de placer. En albornoz y con una toalla enrollada en la cabeza, fue a la cocina a prepararse su superbocata. Se secó un poco el pelo, se puso ropa cómoda y se tiró en el sillón con el plato sobre las piernas. Echó una última mirada al móvil. Nada. Paula se había olvidado de ella. “Mañana será otro día”, fue su último pensamiento consciente antes de pulsar el botón del mando a distancia.

La última nota todavía vibraba, suspendida en el aire como el hilo de una telaraña, resistiéndose a desaparecer. No era la buena, lo sabía. Tendría que empezar de nuevo, al menos los últimos compases. Hacía tiempo que no lograba hacer salir de su piano algo decente. Parecía que su mente se estaba secando. Las notas avanzaban a duras penas a través de sus neuronas esclerotizadas, rígidas y frágiles como paja seca. Sabía lo que eso significaba.

Pero entonces, como si un genio de la lámpara le hubiera concedido su deseo, llegó. El aire vibró con una energía que no sentía desde hacía mucho tiempo. Desde... Sí, no podía ser otra cosa. ¡Sí! No entendía aquel milagro,

pero levantó la vista al cielo y se abandonó al éxtasis, todo su cuerpo recibiendo aquella ola de calor eléctrico que recargaba cada una de sus células. Las sentía palpitar como frutos rebosantes de jugo. De luz. Hasta que ya no cupo más, y su propio cuerpo irradió energía, como una supernova. Las hojas de la partitura pasaban como impulsadas por una súbita corriente de aire y las cuerdas del piano vibraban, añadiendo una extraña melodía a la escena.

Hasta que empezó a diluirse, a sumirse la atmósfera de nuevo en la quietud, no fue consciente de que sus brazos se sostenían en alto y su espalda se había curvado hacia atrás como un arco. Poco a poco, jadeando, fue recuperando su postura natural. Aunque ya no estaba encorvado ni los hombros caídos como si sostuvieran una carga terrible. Se sentía lleno de vigor, de fuerza. Poderoso.

¿Cómo había sucedido? Él no había sido. O quizá... Sí, solo podía ser eso. Tendría que arreglarlo.

Aún jadeando, posó las manos sobre el teclado. Las miró una última vez, reconociéndolas, como si no fueran las suyas, antes de cerrar los ojos y, simplemente, dejarlas volar.

Rodrigo se despertó asustado. Otra vez esa pesadilla, que ya se escapaba deslizándose como una serpiente entre sus dedos. Era un cumpleaños... El suyo. Era pequeño, al menos más que entonces. Veía una tarta, y velas, y adornos en el techo. Su padre tenía un regalo en las manos; un paquete grande, con un precioso lazo rojo. Pero, justo cuando Rodrigo alargaba los dedos para cogerlo, su padre lo arrojaba al suelo con la intención de pisotearlo. Sin embargo, el pequeño Rodrigo fue más rápido, lo rescató y se alejó corriendo unos pasos. Deshizo el lazo y quitó la tapa.

Dentro había una partitura. Estaba en blanco.

Fue a cogerla, con la absurda seguridad de que era mágica, y en cuanto la tuviera en sus manos aparecerían las notas sobre ella. Entonces sintió un fuerte pinchazo en un dedo, y otro, y otro. La partitura se manchó de sangre. Levantó el papel y vio que la caja estaba llena de escorpiones de color negro. La soltó, pero ya era tarde. Sintió como el veneno ascendía por sus venas y empezaba a marearle.

Entonces apareció su madre. Sonreía, aunque estaba totalmente cubierta de

sangre. Tanta, que su ropa empapada comenzaba a gotear sobre el suelo. El chico, a punto de desvanecerse, cayó en sus brazos. Ella tomó las manos de Rodrigo entre las suyas y dejó que sus sangres se mezclaran a través de las heridas. Al instante el dolor desapareció. Era como si un elixir calmante inundara su interior, dándole nuevas fuerzas. Pero, cuando Rodrigo abrió los ojos, su madre ya no estaba. Ni su padre. Solo la partitura vacía, manchada de sangre.

Escuchó su propia respiración en la celda vacía. Jadeaba. Intentó levantarse de la cama, pero le faltaron las fuerzas. Cada vez se sentía más débil. “Esta vez lo van a lograr”, pensó, mientras dejaba caer la espalda de nuevo en las sábanas empapadas y frías.

—¡Papá!

Mar despertó sobresaltada. Encendió la luz de un manotazo, casi tirando el vaso de agua que siempre tenía en la mesilla.

—Joder.

No recordaba haber tenido nunca pesadillas. Hasta que su padre...

En medio de esa confusión que gobierna los momentos de semivigilia, hasta que despertamos del todo, Mar, morbosamente, intentó recordar el sueño.

Paseaba con su padre de la mano por las calles del Rastro, inusualmente vacías. Él era grande y fuerte, inmenso desde su pequeña altura. Ella tiraba de él, de un puesto a otro. Tampoco había tenderos, así que pensó que podía tomar lo que quisiera de las casetas abarrotadas de objetos. Recordaba haber cogido un yoyó de madera, pesado y con dibujos intrincados. Precioso y extraño.

Pero entonces apareció el dueño; un hombre malhumorado que, de un tirón, le arrebató el yoyó de las manos, haciéndole daño. Su padre intentó impedirlo, se enfrentó a él y el hombre, de pronto, ya no era un hombre. Era un enorme lagarto, cuya lengua bífida se agitaba en el aire espantosamente cerca de la yugular de su padre.

Rápido como un relámpago, abrió las fauces y le mordió. Un crujido de tendones y huesos le dijo que no había nada que hacer: su padre ya estaba muerto.

Ella, a pesar de su corta edad, sacaba una pistola; ese objeto todopoderoso capaz de ahuyentar todos los males. Apuntaba al lagarto, pero la pistola no disparaba. Solo hacía un inofensivo ¡clic! cada vez que apretaba el gatillo. Era de juguete.

Delante de sus ojos, el lagarto devoraba a su padre, por más golpes y patadas que ella le propinara. Era como patear el tronco de un árbol, duro y resonante. Impasible mientras continuaba con su macabra labor. Pero cuando terminó, dejando un amasijo de vísceras y sangre donde antes estaba su padre, de pronto la miró.

Y Mar supo que iba a por ella.

Bebió un trago de agua. Estaba caliente y sabía mal, pero caminar hasta la cocina, abrir la nevera y servirse agua fría le parecía un esfuerzo sobrehumano. Volvió a posar el vaso en la mesita de noche y dejó caer la espalda en la cama. Sintió las sábanas empapadas y frías. Cerró los ojos, pero no apagó la luz.

El regreso del asesino vudú

Nunca sabes cuál va a ser ese momento que cambie tu vida por completo. Ni siquiera cuando te ocurre.

En el caso de Mar, fue una llamada. Ella y León estaban reunidos con Barros, que revisaba las carpetas dispuestas como una baraja de cartas sobre su mesa, eligiendo el primer marrón del que librarse, cuando sonó el teléfono.

—Anglona —dijo Mar levantando las cejas y atrayendo al instante las miradas de sus compañeros. El comisario no había acudido a la oficina aquella mañana—. Diga, comisario.

—Mar, deja lo que estés haciendo y preséntate en el Anatómico Forense, por favor.

Algo iba mal. El comisario nunca se dirigía a sus hombres con un “por favor”.

—¿Ha ocurrido algo?

Los segundos de silencio que siguieron aceleraron su pulso hasta casi marearla. Pero la única palabra que pronunció después le detuvo el corazón. Pudo escuchar su último latido, resonando en su interior como en una cáscara vacía.

—Paula.

—Se había tomado el día libre por su cumpleaños. Quería pasarlo en familia, “llevar a mi hermano al parque de atracciones y comer pizza chiclosa hasta que nuestros estómagos se conviertan en *slime*”, me dijo.

León escuchaba en silencio, mientras atravesaban la ciudad a toda prisa, con la sirena puesta. Mar agradecía que fuese él el que conducía, sus manos temblaban aún, y su cabeza seguía negando en el aire.

Aparcaron en la acera y entraron en tromba al anatómico, mostrando sus placas sin intención de detenerse. Divisaron un corro de hombres y mujeres de semblante serio, algunos de paisano, otros con bata verde, de carnicero. El comisario Anglona estaba en el centro, erguido, imponente. “Solo puedes

conocer a los grandes hombres en los momentos de crisis —decía su padre—, y te puedo asegurar que Anglona es uno de ellos”.

Levantó la cabeza hacia ella y ya no le apartó la mirada hasta que se unió al grupo. Se sintió arropada por él, aunque no hicieron amago de tocarse.

—¿Qué ha pasado, comisario?

Anglona, en silencio, hizo un gesto hacia uno de los hombres de bata verde. Sus canas asomaban por debajo del gorro de cirujano, y sus gafas de montura dorada no ocultaban unos ojos vivos e inteligentes rodeados de finas arrugas. Aún tardó unos instantes en pronunciar sus palabras.

—Accidente cerebrovascular. Es como si su cerebro hubiera recibido una sobrecarga...

Mar no escuchó el resto. Un intenso zumbido saturó sus oídos hasta aturdirlo, y solo fue consciente de la situación cuando notó los brazos de León rodeándola. Le miró sin entender, y entonces vio el suelo, demasiado cerca.

León la sostuvo hasta que la pudo apoyar en una silla.

—¿Estás bien?

Mar sintió las miradas de todo el grupo clavadas en ella. Sus mejillas, que habían palidecido hasta parecer de porcelana, de pronto se volvieron rojas. “Vaya policía”, pensó. Pero la vergüenza solo duró un instante, lo justo para que volviera a irrumpir en su cerebro el pensamiento que la acompañaría sin remedio en los próximos días, o semanas. “Paula ya no está. No volverá... Accidente cerebrovascular...”.

Accidente cerebrovascular. Lo que se había convertido en *slime* no era su estómago, sino su cerebro. Como le ocurrió al profesor, como a Rodrigo.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó aún sin levantarse de la silla.

—Hace entre doce y dieciséis horas. Entre las... siete de la tarde y las once de la noche —respondió el forense, mirando su reloj.

La respiración de Mar se entrecortó. Se obligó a respirar hondo.

—Comisario, tengo algo que contarle. Es respecto al caso.

Anglona se aproximó a ella, pero Mar hizo el esfuerzo de ponerse en pie para apartarse del grupo. León la interrogó con la mirada y ella asintió. Eran compañeros. Los tres formaron un corro apretado a unos metros de los demás.

Mar sacó el móvil y les mostró la última conversación con Paula. No apartó los ojos de los del comisario mientras este la leía. Y no pudo evitar una profunda decepción cuando él los bajó y, negando con la cabeza, suspiró.

—El asesino vudú. La maldición de Tutankamón —y añadió levantando el

dedo índice—. Por favor, que esta información no salga de entre nosotros.

—Pero, señor...

—Es una buena pista, Mar —la interrumpió—. Voy a enviar ahora mismo a los de la Científica. Pero ciñámonos a las pruebas, ¿ok?

—Ok. Comisario... ¿quién va a llevar el caso?

Anglona la miró fijamente, y Mar creyó ver que las arrugas de su entrecejo se suavizaban un poco.

—Tú no.

Se le formó un nudo en la garganta. Quería gritarle, decirle que se lo dejara a ella, que nadie en el mundo lo iba a hacer mejor, que era su amiga, su maldita amiga. La única que tenía...

Notó una palmada en su hombro. Era León. No dijo nada, solo la miró a los ojos y asintió sin separarlos de los de ella. Mar tardó unos segundos en comprender, pero finalmente asintió también.

—Tómate el día libre —escuchó la voz de Anglona, lejana como un tren que se va, hasta desaparecer allá donde las vías se juntan.

Sola. Necesitaba estar sola. Se disculpó con León y se marchó, pero antes de llegar a su casa giró el volante del coche y tomó la nacional. A aquella hora estaba tranquila, y más según se alejó de la siempre bulliciosa Madrid.

No sabía dónde iba. Al menos al principio. Poco a poco fue reconociendo el paisaje; los pedregales de La Cabrera destacaban a su izquierda, y supo que tenía que salir de la carretera. Pronto la calzada se hizo estrecha y revirada, y el grano del asfalto más grueso. Atravesó el pueblo de El Berrueco y tomó el camino que rodeaba el embalse. Al dar una curva, este apareció ante su vista y su superficie diamantina y recortada le hizo pensar en algún lugar más poético. Un fiordo, una albufera.

Avanzó aún un trecho, atravesó la presa de El Villar con sus hermosas vistas y, al poco, se desvió por un camino de tierra sin ninguna señalización. El suelo estaba quebrado por las torrenteras del invierno y, donde antes había una superficie lisa, asomaban piedras afiladas como hachas. Maniobrando para esquivarlas y dando tumbos sobre el asiento, Mar consiguió que el Corsa recorriera varios kilómetros más, hasta llegar a una casa.

Estaba aislada, sola en mitad del campo, oculta a la vista hasta casi toparse con ella. Y, a todas luces, abandonada.

Mar bajó del coche. Se llevó la mano a la cadera hasta notar la tranquilizadora presencia de su pistola y soltó el broche de la funda. Aquel lugar le seguía produciendo escalofríos.

Se acercó a la puerta y, con cuidado, la empujó. Pareció ceder un poco, así que la empujó con más fuerza y se apartó. Un movimiento entre las sombras del interior le hizo saltar el corazón. Se escucharon pisadas y una figura pequeña y oscura se escabulló entre sus piernas.

Gatos.

Con el pulso acelerado, como aquella vez, las imágenes acudieron a su mente sin necesidad de llamarlas. Una sucesión de escenas tan vívidas como si las pudiera tocar.

El sonido de las puertas del coche al cerrarse. Tres. Ella iba acompañando a Paula y Mario, su pareja policial de aquel entonces. Mar apenas llevaba dos semanas en la brigada y le habían asignado aquel destino mientras decidían qué hacer con ella. A Paula no le había hecho ninguna gracia. Estaba convencida de que Barros lo había hecho solo para fastidiar el algo más que buen rollo que existía entre ella y Mario. Y además la novata estaba buena. Así que, cuando la miraba, era con un muy poco disimulado gesto de asco; pero Mar estaba tan emocionada que lo pasaba por alto.

Habían acudido a aquella casa siguiendo la pista de un caso. Una chica de un pueblo de los alrededores, que salió de la discoteca tras pelearse con su novio y, en los doscientos metros de trayecto a su casa, la única vez en años que los recorría sola, desapareció. Su móvil había dejado de transmitir un rato después, justo a la hora en que pasaba el camión de la basura.

Mario y Paula llevaban semanas investigando el caso, habían hablado con el dueño del local y con casi todos los jóvenes del pueblo, infructuosamente. El día de los hechos no eran fiestas, toda la gente que había allí era conocida. Clientes habituales. Unos más broncas que otros, pero nadie sospechoso. *Todos gente normal.*

Fue una de las chicas, con la que Paula había intimado más, la que les puso sobre la pista. Envío a Paula un WhatsApp que simplemente decía “Es una tontería, pero, la próxima vez que vengas, me gustaría hablar contigo”. Esa misma mañana, aunque era domingo, Paula estaba allí.

Según la chica, el día anterior había estado flirteando con el Pichi, uno de los cabecillas del grupo de “ninis” que no hacían otra cosa que calentar sillas en el bar con un cubata eterno en la mano, y con el que ya había tenido más de

un rollo. Paula se acordaba perfectamente de él; junto con otro, un tal Manu, eran los proveedores de maría de todo el grupo. Nada importante.

La chica siguió hablando. Al rato de estar bailando con él en plan provocativo, el Pichi le había propuesto ir a un sitio más tranquilo, y ella aceptó. “Iba bastante borracha”. Él la subió como pudo al coche y la llevó por el mismo camino que había recorrido Mar, hasta llegar a la casa.

No era la primera vez que iban allí; en realidad era de Manu, pero el Pichi también tenía la llave. La usaban como picadero habitual, la tenían equipada con un par de colchones y unas mantas.

—Me dijo que le esperara, que iba a asomarse, no fuera que estuviese ocupada —siguió relatando la chica—. La verdad es que Manu no estaba en la discoteca, igual estaba allí con alguna. Entonces el Pichi entró, pero al segundo volvió a salir, a toda prisa y con la cara descompuesta. Dio la vuelta al coche y nos largamos de allí. Me dijo que el sitio estaba hecho un asco, que ya iríamos otro día. Yo creía que nos enrollaríamos en el coche, pero no, me llevó de vuelta a la discoteca y se despidió de mí diciendo que estaba hecho polvo. ¿No es raro?

Era raro. Paula le pidió indicaciones para llegar al lugar y al día siguiente se presentó allí con Mario... y la nueva.

A la luz del día el lugar no parecía tan siniestro. Un lugar normal como los hay a cientos en cualquier pueblo.

Eso era lo más escalofriante.

Era una construcción sencilla, casi una cabaña. El ladrillo de obra asomaba aquí y allá, esperando quizá para siempre el enlucido que la haría parecer por fin terminada. Por supuesto, se había edificado sin permiso, seguramente con la ayuda de algún amigo o familiar albañil. Por aquellos lares era costumbre hacerte la casa donde te daba la gana y, solo si alguien protestaba, regularizar su situación legal años después. Y nadie iba a protestar en aquel lugar tan alejado de todo.

Mar volvió a escuchar los tres portazos del coche como si estuviera allí. Se separaron. Mario se dirigió a la puerta principal mientras Paula y ella rodeaban la casa.

Mario llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, probó a abrirla. Esta cedió, así que se asomó al interior.

—¿Hol...?

No le dio tiempo a decir más. Sonó una detonación y el ladrillo junto al

que tenía la cara unos segundos antes saltó por los aires, llenándole los ojos de esquirlas. Algunos perdigones le alcanzaron en el rostro, y Mario cayó al suelo cegado y aullando de dolor.

Manu salió de la casa dispuesto a rematarlo. Llevaba una escopeta de caza y le estaba buscando el pecho cuando Paula y Mar le echaron el alto a gritos, los dedos tensos en los gatillos, a un milímetro de ponerse a escupir plomo.

Fue rápido. Se giró sin soltar la escopeta, apuntándola. A partir de ese momento, Mar recordaba todo como a cámara lenta. Sonaron dos detonaciones y Manu cayó al suelo. Mar vio el arma de Paula humear y, mientras ella aún seguía paralizada, cómo se acercaba a él apuntándole, retiraba la escopeta y le esposaba en segundos.

Avisaron para que enviaran ambulancias y más efectivos, incluidos los de la Científica. En los días siguientes los perros policía encontraron el cuerpo de la chica y Manu acabó por confesar.

Todo fueron palmadas en el hombro y felicitaciones. “Vaya estreno”, le decían a Mar los compañeros. Ella no había hecho gran cosa, pero se sentía igualmente pletórica, emocionada, una superheroína de tebeo. Sin embargo, la gran heroína era Paula.

Fue el primer y último caso de Mar. A partir de entonces, solo lectura y revisión de casos antiguos. Mar sospechaba, no, estaba segura de que Anglona estaba detrás de esto. ¿Quería protegerla? Alguna especie de deuda con su antiguo compañero fallecido, sin duda.

Lo que sí era cierto es que Paula la había salvado. Gracias a ella Mar estaba viva. Aquellos segundos fueron la diferencia entre estar ahí ese día o criando malvas.

Paula la había salvado una vez. Y ahora, quizá, la había vuelto a salvar.

Anglona se lo había prohibido expresamente, pero Mar supo lo que tenía que hacer.

Tocata y fuga

—No está en su habitación, está en la enfermería.

—¿Puedo verle de todas formas? —respondió Mar con voz fría. No tenía humor para trabas administrativas en aquel momento.

—Deje que pregunte al doctor.

Mar aguardó hasta que la auxiliar hubo desaparecido tras una puerta blanca y enfiló el pasillo. Recordaba perfectamente dónde se encontraba la enfermería. Le daba igual lo que dijera el doctor, aquel tío no se iba a morir sin contarle todo lo que supiera del tema. Esta vez no estaría tan silencioso.

Enseguida encontró la puerta batiente con el cartel de formica estilo años setenta. Un cortés aunque apenas audible toque de nudillos, y la policía entró. Unas espesas cortinas tamizaban la luz del exterior, sumiendo la sala en una suave penumbra. Mar la recorrió rápidamente con la mirada, hasta localizar la única cama ocupada. No había ningún enfermero.

Se acercó con cautela. Vio un rostro demacrado y amarillento, con los huesos de los pómulos pugnando por asomar a través de la piel. El chico había envejecido treinta años de golpe. Ni el más mínimo movimiento de las sábanas delataba su respiración.

—Rodrigo— susurró.

No obtuvo respuesta.

—Rodrigo, soy Mar Espinosa, la policía —dijo un poco más alto.

El rostro del joven no mostró reacción alguna. Mar alargó la mano dispuesta a darle una bofetada, pero no llegó a hacerlo.

—¿Así resuelve todo? ¿A golpes?

Era Rodrigo el que había hablado. Una voz cansada y ronca.

—Rodrigo, necesito ayuda.

Una ligera sonrisa asomó a los labios del joven.

—Pues anda que yo...

Mar, a pesar de la preocupación, no pudo evitar sonreír a su vez. Y, al instante, dejar brotar una lágrima. Demasiadas muertes. De pronto, deseó con todas sus fuerzas poder salvar a aquel chico.

—Sácame de aquí —dijo éste, como escuchando sus pensamientos.

—No puedo, el médico vendrá de un momento a otro.

—El médico me está matando.

Mar volvió a observar el rostro del joven. En apenas unos días tras su última visita, había empeorado ostensiblemente. ¿Envenenamiento? Por otro lado, estaba en un psiquiátrico. Aquello sonaba a paranoia aguda.

—De momento, te voy a sacar al patio. Así podremos hablar más tranquilos. ¿Dónde está tu ropa?

Buscó con la mirada una silla de ruedas, y la localizó plegada contra un rincón. Rodrigo se puso sobre el camión una chaqueta con capucha, pero los pantalones suponían demasiado esfuerzo para hacerlo solo.

—Te prometo que no estoy mirando —dijo Mar mientras tiraba hacia arriba de ellos.

Cargó con él de la cama a la silla. Pesaba demasiado poco.

—Llévame la almohada también —pidió—. Estas sillas son una tortura. Y la gorra. El sol me puede hacer daño.

—¿Algo más? —dijo Mar haciendo lo que le decía y empujando la silla de ruedas hacia la salida.

—No hay nadie en el pasillo, no te preocupes.

—Miraré de todas formas —respondió Mar, preguntándose si de algún modo lo sabía o era otra fanfarronada suya. Dio la vuelta a la silla, empujó la puerta con la espalda y asomó la cabeza. Efectivamente, el pasillo estaba vacío.

—Ve hacia la izquierda, hay una salida al patio lejos de la sala común.

Mar siguió sus instrucciones hasta que se topó con una puerta acristalada. La atravesaron y salieron al cuidado jardín. El césped estaba recién cortado y las flores, después de tanta lluvia, habían brotado con fuerza en cuanto el sol hizo su aparición. Un sol radiante que añadía un toque de ironía al dolor que Mar sentía en su interior.

—¿Quién ha sido? —preguntó Rodrigo.

—¿Cómo?

—¿Quién ha muerto? Era alguien muy querido para ti.

¿Tan obvio resultaba, que hasta un ciego se había dado cuenta?

—Mi compañera, Paula —al nombrarla, sintió un nudo doloroso en la garganta—. Ha sido esta noche.

—¿Cómo ha muerto?

—Accidente cerebrovascular.

Un repentino silencio se hizo entre los dos.

—Por eso me necesitas —dijo al fin Rodrigo—. Crees que yo puedo tener alguna pista de lo que le ha pasado.

—Eso es, chico listo.

—¿Y qué te hace pensar que yo pueda saber algo? Estoy loco. No pises las margaritas, por favor.

Mar miró al suelo. Efectivamente, estaba a punto de pasar con la silla sobre un macizo de margaritas silvestres.

—No lo haré. En realidad, me llamo Margarita —no sabía por qué había dicho eso. Ni siquiera Paula lo sabía— ¿Y cómo lo has sabido? ¿Tan bien conoces el jardín?

—No es eso. Son muy ruidosas al abrirse.

—¿Puedes oír cómo se abre una flor?

Rodrigo asintió con la cabeza.

—Puedo oír cómo hablan entre ellas. Y a veces hasta entiendo lo que dicen. Las que hay delante de nosotros están gritando “¡Cuidado, vienen un par de gigantes aplasta—flores! ¡Uno es ciego y la otra, como si lo fuera!”.

—Ya. Oye, necesito saber más cosas —dijo Mar, impaciente—. ¿Quién es? ¿Cómo lo hace?

Rodrigo permaneció en silencio unos instantes, que se le hicieron muy largos.

—¿Sabes lo que yo necesito? —contestó al fin.

—No te voy a sacar de aquí.

Rodrigo soltó el aire despacio.

—Bien, me puedes dejar por aquí, al sol. A ver si cojo un poco de color —y, ladeando un poco la cabeza en su dirección—. Ya sabes, para el féretro. No nos volveremos a ver. En unos días, habré muerto.

—No me chantajeas.

—No es chantaje. Es la verdad. Me están envenenando, hasta ahora su interés en mi caso me mantenía vivo, pero desde que viniste... Supongo que piensan que corren demasiado riesgo.

—Soy poli. No puedo ayudar a un loco a escapar de un manicomio. Sería el fin de mi carrera. “Antes de empezar”, pensó.

—Si me haces caso, no. Además, ¿crees que soy muy peligroso?

Mar le miró. Ciego y macilento, dudaba de que pudiera sobrevivir más de unas horas en el mundo exterior. Y era su única pista. El único que podía

guiarla hasta el asesino de Paula.

—¿Cómo? —murmuró al fin, mirando alrededor — No tenemos mucho tiempo, la enfermera habrá mandado a buscarme.

—Llévame hacia el bosquecillo.

Mar, sin dejar de pensar que estaba haciendo la mayor tontería de su vida, empujó la silla de ruedas por un bien marcado camino de tierra hasta que, en cierto punto, Rodrigo señaló hacia los árboles.

—Entra en el bosque hasta que quedemos ocultos a la vista.

Mar miró hacia atrás. Un par de enfermeros musculosos habían aparecido en el patio con ciertas prisas. Otearon en todas direcciones hasta que dieron con ellos. Entonces caminaron directos hacia donde estaban, a grandes zancadas.

Mar se apresuró a internarse entre los árboles.

—Ahora quítame la ropa y pónsela a la almohada. Tendrás que volver a la enfermería, quitarle la ropa al muñeco, guardarla en tu bolso y decir que tú me dejaste allí. Entra por la puerta principal, así te verán por la cámara. Pero pasa rápido.

Mar se quedó quieta.

—Antes, dime quién ha sido.

—No tengo ni idea.

Mar resopló.

—Llevo buscándolo años —continuó Rodrigo.

—Eres un farsante.

—Mató a mis padres —dijo Rodrigo, tan repentinamente serio que Mar supo que no mentía—. No soy un farsante. Solo que aún no sé quién es. Lo que sí sé es cómo lo hace.

Rodrigo se quitó él solo la chaqueta y los pantalones. De repente parecía haber cobrado fuerzas. Incluso se quitó los zapatos, que Mar acomodó en el reposapiés de la silla, bajo los pantalones. Miró el tosco muñeco que habían fabricado: solo desde muy lejos daría el pego.

—Me voy. Muchas gracias.

Vestido solo con el camisón y medio cojeando, Rodrigo echó a correr. Mar se quedó un instante más, observándole. Esquivaba los árboles con toda facilidad, y se dirigía hacia un punto concreto de la valla metálica que rodeaba todo el conjunto.

—¿Cómo? —gritó— ¿Cómo lo hace?

Rodrigo se giró sin detenerse. Su voz sonó más potente de lo que Mar esperaba, hasta ese momento solo le había oído susurrar.

—¡Con música!

Y desapareció entre los árboles.

Tan solo hacía unas horas había ayudado a escapar a un interno de un sanatorio mental. ¿Qué más podía perder?

Aun así, Mar tuvo una última duda antes de girar la llave en la cerradura. Esta dio dos vueltas y emitió un chasquido, y la puerta se abrió.

Al instante le llegó su olor. Su inconfundible perfume, fresco y alegre. Ese que su familia le volvía a regalar cada navidad. El que siempre la acompañaba. Parecía imposible que ella no estuviera detrás.

Paula.

Estaba oscuro. La mano de Mar buscó el interruptor. Los guantes de nitrilo le restaban parte de su sentido del tacto, pero al fin lo encontró. Sin embargo, cambió de idea antes de llegar a pulsarlo. A cambio, encendió la linterna del móvil. El blanco haz de luz iluminó el recibidor y poco más allá, como si no se atreviera a adentrarse en el salón.

Esperaba ver marcas en el suelo, cintas aquí y allá con el logo de la policía, impidiendo el paso y protegiendo las pruebas, pero no había nada. “Demasiadas películas”.

Recorrió con la linterna el sofá, la mesa llena de revistas de cotilleo atrasadas, el televisor ante el que tantas tardes habían pasado juntas, descalzas y repletas de pizza. En aquella furtiva quietud, aquel lugar tan familiar se tornaba extraño, hostil.

Con su mente pugando entre el morbo y el dolor, Mar se preguntó en qué lugar exacto habría muerto su amiga. Quizá era justo donde estaba pisando.

Siguió alumbrando la estancia. No había ninguna bolsa de Desigual, por supuesto. El material sobre el Asesino Vudú que Paula desempolvó justo antes de morir era una de las pruebas principales.

Entonces el haz de la linterna se detuvo en algo. Lo que iba buscando. Nunca antes había reparado en ello, pero esta vez Mar sintió un escalofrío al verlo. Era un reproductor de CD, pequeño y plateado.

Recordó las palabras que unas horas antes había pronunciado Rodrigo:

“mata con música”. ¿Sería posible que a los de la científica se les hubiese pasado por alto? Mar estiró la mano, le pareció que temblaba ligeramente justo antes de pulsar el botón de encendido. Una sinfonía de luces recibió el gesto.

—Mierda, ¿cómo se abre?

Por fin encontró el botón de expulsión, lo apretó demasiado fuerte y se produjo un chasquido, y a continuación un zumbido mecánico, que acompañó a la bandeja de plástico mientras salía lentamente. Mar apuntó el haz de la linterna justo sobre ella.

Nada.

El ninja

—Lo tenía todo preparado, el muy cabrón —dijo Barros, arrastrando el puntero hacia atrás para volver a ver el vídeo. Tenía muy mala definición, aunque se podía reconocer a Mar de espaldas, empujando una silla de ruedas con alguien que llevaba la capucha de un canguro puesta.

—Parece ser —dijo Mar, dolida—. Debí usar mi paseo para dar una vuelta de reconocimiento antes de escapar.

—¿Pero cómo pudo hacerlo? ¿No me dijiste que era ciego? —preguntó León.

—Eso es lo increíble. El tío debía tener todo el sanatorio medido. Al tacto, supongo.

Los cuatro policías estaban apiñados alrededor del ordenador de Barros. Mar no podía evitar sentirse incómoda, aunque se asombraba de sí misma por ser capaz de disimular con tanta frialdad. Aquella mañana había pasado un rato en el sanatorio, testificando para los compañeros encargados de investigar la fuga de Rodrigo. La descripción que se llevaron fue: “chico alto, moreno, de complexión delgada, con barba de varios días y vestido con vaqueros, deportivas y un canguro de color gris”. Mar estaba muy segura del atuendo, recordaba perfectamente el tacto de la ropa aún caliente y el olor del cubo de basura donde la arrojó.

—¿Es peligroso? —intervino Menéndez.

—A mí no me lo pareció, la verdad —Mar cambió el peso de una pierna a la otra, impaciente.

—Bueno, un loco más en la calle no se va a notar —dijo Barros al fin—. A otra cosa, mariposa. ¿Tenéis algo ya de nuestro ninja?

Mar soltó el aire, aliviada. Cambio de tema. *El ninja* era el apodo que Barros había puesto a un ladrón de objetos de arte que andaba perseguido por media Europa y que se suponía que ahora paraba por España. Normalmente su equipo no se dedicaba a este tipo de delitos, pero sus compañeros de la Brigada de Delincuencia Especializada les habían pedido colaboración, ya que se le relacionaba con algunas muertes, la de un guardia de seguridad en Suiza y la de una anciana millonaria francesa. No parecía tener remilgos en

mancharse el guante blanco si era necesario. Perfil psicópata.

—Todavía poco —contestó León—. Que el tío (o la tía) es un crack. Y que últimamente debe andar necesitado de pasta, porque ha pisado el acelerador: dos robos en apenas dos semanas.

—Está a punto de cagarla —apuntó Menéndez.

—Esa es nuestra esperanza. Hoy vamos a visitar la casa de donde mangó el Cézanne.

—¿Una casa? Una chabola será...

—Seguro —intervino Mar, deseosa de salir de allí—. ¿Vamos allá, entonces?

León asintió, también deseoso de entrar en acción.

—Buena caza.

La pareja salió de la comisaría sin cruzar mirada ni palabra hasta que se encontraron a un metro del coche.

—¿Conduzco yo? —preguntó León.

—Sí... mejor.

Mar se acomodó en el asiento del copiloto mientras León dejaba atrás la carpeta del caso y encendía el móvil.

—“Calle Siete caños, 8” —dictó a Google Maps—. Pozuelo de Alarcón.

—*Gire a la derecha en la calle Guadiana* —le contestó una eficiente voz femenina.

—¡Giremos! —dijo León— Nunca oso desobedecer a una dama.

Mar permaneció en silencio.

—Repasemos lo que sabemos —continuó él. En realidad, Mar apenas había leído nada del caso, su mente había estado demasiado ocupada en las últimas horas—. Es simple: el tipo entra en museos y casas de ricachones, se lleva lo que quiere, siempre un objeto de arte de gran valor, solo uno, y se larga como una sombra. Ni perros, ni alarmas... Nada consigue pararlo. Ha hecho subir las primas de seguros un veinte por ciento en los últimos dos años.

—Siempre hablas en singular.

—Tienes razón, de hecho lo más probable es que no actúe solo. Y te voy a decir, para quitarle más poesía aún, que tal vez sea simplemente un ricachón que soborna a unos cuantos de los encargados de seguridad de sus rivales.

Mar asintió en silencio. Casi todos los casos que iba conociendo terminaban siendo más prosaicos de lo que en principio parecían. O bien delincuentes organizados de forma casi profesional, o psicópatas que habían

acogido la violencia como modo de vida.

—... *un grupo de varios cientos de manifestantes intentó asaltar la Delegación del Gobierno en Lérida, rompiendo el cordón policial. Estos se vieron incluso obligados a abrir fuego de fogueo para repeler la agresión...*

—Me pone enferma —dijo Mar apagando la radio.

—Sí, a mí tampoco me gusta un pelo. Yo creí que en cuanto la gente demostrara que estaba harta se acabaría esto, pero cada vez está peor. Espero —dijo lanzándole una mirada de soslayo— que no nos manden allí de nuevo.

Habían conducido hasta las afueras y enfilado la carretera de Pozuelo, cuando la siempre alerta voz de Google les avisó para que se desviarán a la izquierda.

—Si está al lado de la Complu —observó Mar—. Una amiga mía hizo Psicología aquí, solíamos venir a estudiar a su biblioteca.

—Pues ya verás lo que hay escondido por estos pinares...

Enseguida se internaron por las calles de un complejo residencial. Los altos muros impedían ver las viviendas, pero su longitud indicaba fincas de un tamaño descomunal.

—Una de estas es de Felipe González —continuó León—. Y la de al lado, de Ruiz Mateos. Dicen que se la compró solo para fastidiarle. Igual le tiraba cáscaras de plátano por encima de la valla.

—*A doscientos metros, ha llegado a su destino* —le interrumpió la chica de Google.

Mar calculó el lugar indicado, el mismo muro de tres metros de altura se extendía desde donde estaban hasta un gran portón metálico, y más allá.

—Esto promete.

León se anunció ante un micrófono y una amenazante cámara de seguridad. Mar detectó al menos otras dos, más discretas. El portón comenzó a abrirse en completo silencio, y un gran edificio apareció ante sus ojos. Mar no pudo evitar una exclamación.

—Guau.

Aquello era una mansión más propia de Beverly Hills que de un pueblo de las afueras de Madrid. De estilo inglés, con dos plantas y buhardilla, y una fachada de más de cuarenta metros a la que se asomaban balcones y grandes ventanales cuadriculados.

—No olvides que tenía un Cézanne —observó León.

Pasaron con el coche bajo un gran porche, donde Mar casi pudo ver

descender a las personalidades con sus esmóquines y vestidos de noche, y continuó hasta un ensanche, donde lo dejó aparcado.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Mar al descender— La verdad es que no me ha dado tiempo a mirarme nada del caso.

León se limitó a asentir.

—Vince De Smedt. Millonario, claro. Fue embajador de Bélgica en España hasta hace unos años. Demasiado trabajo para él.

Mar se fue haciendo consciente de las dimensiones del edificio mientras caminaban hacia la puerta, aún lejana. No necesitaron llamar, un hombre de mirada agradable e impecablemente vestido les estaba aguardando bajo el porche.

—Buenos días —saludó con un ligero acento—. Acompañenme hasta la sala, por favor. El señor vendrá a recibirles en unos instantes.

El mayordomo les guio hasta una estancia soleada, con varios sofás de cuero y paredes de madera. La decoración, las lámparas bajas, las librerías, hicieron pensar a Mar en un exclusivo club inglés.

—¿Desean tomar algo? ¿Café? ¿Un refresco?

—No, gracias —rehusaron ambos, quedándose de pie.

—Como deseen. Aguarden unos instantes, por favor.

En cuanto el mayordomo les dejó solos, Mar miró a León y silbó.

—¡Madre mía!

León permaneció impertérrito y, ante la mirada interrogante de Mar, señaló con la cabeza hacia la esquina. Otra cámara. Aquello era una fortaleza.

Al instante apareció por la puerta un hombre maduro pero atractivo, de tez bronceada e indudablemente bien cuidada, que se dirigió primero a Mar y le besó la mano.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo con el mismo acento que su mayordomo—. No sabía que la policía española contaba con efectivos tan deslumbrantes.

Mar asintió con la cabeza sin saber muy bien qué contestar. El hombre tendió la mano hacia León.

—Mucho gusto —respondió este—. Inspectores Mar Espinosa y León Leiva. Ya le informé del motivo de nuestra visita.

—Por supuesto. ¿Quieren acompañarme al lugar de los hechos?

Vince De Smedt salió por la puerta y los policías le siguieron. Aparecieron en un amplio distribuidor desde el que partía una escalera tan

ancha como una portería de fútbol, que se bifurcaba en dos. En el techo, muchos metros por encima de ellos, una bella cúpula acristalada irisaba la luz del sol y la derramaba sobre todo el espacio circundante. Si no hubiera sido por el blanco que dominaba el lugar, habrían pensado estar en el interior de una catedral.

El millonario ascendió las escaleras y tomó la de la derecha. Caminó por la galería hasta detenerse delante de una puerta, que mantuvo abierta para que los policías pasaran.

Un gran escritorio de nogal identificaba el recinto como un despacho o un gabinete, aunque en él habría cabido el apartamento de Mar entero. Una puerta comunicaba con lo que debía ser el dormitorio principal. Examinaron el lugar hasta detectar un hueco antinatural en una de las paredes.

—Exacto —dijo De Smedt—. Ahí estaba.

Mar y León se fueron poniendo sus guantes de nitrilo mientras se aproximaban, como si acariciar la pared donde había estado el Cézanne les fuera a dar alguna pista.

—Una célula fotosensible —dijo León señalando una pequeña lente empotrada en la pared.

De Smedt asintió.

—Y una cámara apuntando directamente al cuadro, y sensores de proximidad en el suelo.

Mar y León le miraron interrogantes.

—Todos los sistemas sufrieron una especie de interferencia durante unos minutos, los suficientes para que el ladrón se lo llevara. No saltó ninguna alarma, no se grabó nada. Tanta tecnología... Habría sido más seguro atarlo con una cadena.

—¿Usted dónde se encontraba?

—De viaje. Afortunadamente. ¿Se imagina lo inquietante que sería pensar que un extraño había estado a pocos metros de mí mientras yo dormía?

—¿Por dónde creen que entró?

—Por una ventana del piso inferior. Se encontró el cristal cortado. Con un láser, me dijeron los peritos del seguro. Ellos ya hicieron un examen a conciencia. Lo que sea con tal de librarse de pagar.

—¿Cree que pondrán pegatas?

—Todas las del mundo. A la hora de cobrar, ninguna, pero, a la de pagar, he tenido que poner a mis abogados detrás de ellos. Sin embargo, se pegan por

hacerse cargo de estos encargos especiales. Y este era muy especial.

—¿Qué tenía de especial, aparte de valer una millonada? Según tengo entendido, era una obra inacabada —dijo León.

—¡Paul Cézanne en persona posó su pincel sobre ese lienzo! —respondió el millonario, airado—. Tocarlo era como conectar con él. Pasó horas trabajando en esa pintura, proyectando sus pensamientos, incluso su sudor... Y tenía una mente maravillosa, este Cézanne. Un visionario, avanzado a su tiempo. La prueba es que sus contemporáneos, los famosos impresionistas, sus “amigos”, le rechazaron. No le entendían. Él mismo no se entendía a veces, por eso dejó sin terminar o tiró a la basura un montón de sus obras. Picasso sí lo entendió. Aunque necesitó tiempo.

Mar y León asintieron. Ambos sabían que dejar hablar a la gente era una de las herramientas más poderosas para esclarecer la verdad. Pero parecía que De Smedt había terminado.

—¿Podríamos hablar con su jefe de seguridad? —preguntó León.

—Con el nuevo, sí. El anterior fue despedido a la mañana siguiente, por supuesto. Podrán conseguir sus datos en la agencia. ¿Necesitan algo más de mí?

—En principio, no...

—Solo una pregunta más: —interrumpió Mar— ¿por qué lo tenía aquí?

El millonario sonrió.

—Todos mis negocios los hago desde este despacho —respondió señalando la estancia con un gesto amplio—. ¿Usted sabe la sensación de... poder que sentía al mirar ese cuadro? A ver si me explico... Si tenía un Cézanne, nada era imposible.

Se quedó mirando a los dos policías. No tenía muchas esperanzas de que lo llegaran a comprender.

—En fin, me tendré que apañar —concluyó—. Si no se les ofrece nada más, me quedaré aquí trabajando un poco. Rufus les acompañará hasta la sala de seguridad.

El asistente apareció junto a la puerta como por arte de magia y les guio hasta el piso inferior. Una discreta puerta daba paso a una escalera que descendía hacia el sótano, tan bien iluminado como el resto de la casa.

La entrevista con el jefe de seguridad no hizo sino corroborar lo que ya les había dicho De Smedt. Que el ladrón debía haber utilizado un sistema inhibidor de última tecnología, ya que no solo había evitado que la alarma

saltase, sino también que todos los sistemas por cable continuaran enviando señal.

—Como si un gran campo electromagnético hubiera interferido todo el sistema eléctrico. No había visto nunca nada igual.

—¿Y no lo detectaron en las pantallas? —preguntó Mar.

El jefe de seguridad tomó aire antes de contestar, a todas luces no era la primera vez que le hacían esa pregunta.

—La persona que estaba de servicio esa noche (y que fue despedida de inmediato) se debió despistar unos minutos. Aunque no es excusa, tampoco es raro que suceda. A veces confiamos demasiado en las alarmas, más aún en sitios donde nunca ocurre nada.

Mar y León se despidieron de él, tras tomar nota de sus datos, y Rufus les acompañó hasta la puerta.

—Simplemente continúen por el camino, les llevará hasta la salida. Que tengan buenos días.

Aguardó cortésmente a que dieran unos pasos hacia su coche antes de cerrar. Entonces los policías cruzaron una mirada.

—Qué mundos más distintos, ¿eh? —observó León.

—Y que lo digas. Vaya vida. Pero lo que más me ha llamado la atención es... no sé... su forma de pensar. Los cerebros de esta gente parece que funcionan diferente, ¿verdad?

León permaneció en silencio un momento. Solo entonces Mar recordó que él también venía de una familia bien.

—Es otra escala de valores —respondió él al fin—. Otros intereses. Tienen el dinero grabado a fuego. Es como les miden.

Se quedó mirando a Mar, esperando... ¿comprensión?

—Supongo —respondió esta, subiendo al coche.

—¿Qué opinas? —preguntó León en cuanto hubieron arrancado.

—Me ha parecido sincero. Aunque puede ser un buen actor. Hay que localizar a los despedidos del equipo de seguridad, alguno de ellos está en el ajo.

—Ojalá sea tan sencillo.

La radio estaba en silencio, y la emisora de la policía ofrecía un inusual paréntesis. Ellos tampoco hablaron en un rato y Mar se dejó atrapar por el rurrún del motor, sumiéndose en una especie de trance.

—¿Estás bien?

La voz de León la sobresaltó. Solo entonces se dio cuenta de que llevaba varios minutos mirando a un punto indeterminado del salpicadero. Ya estaban llegando a la comisaría.

—Sí, perdona. Creo que debía haber aceptado un café de Rufus.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Mar tardó unos segundos en contestar.

—Claro.

—¿Por qué fuiste a ver a Rodrigo?

Esta vez tardó más aún en responder.

—Creo que sabía algo del asesino de Paula.

—¿Paula... asesinada?

Mar asintió.

—¿El asesino vudú?

—No te rías.

—No me río. ¿Sabes que si se entera Anglona se te va a caer el pelo?

Mar aguantó la respiración. Iba a decir “Creo que sé cómo mata”, pero de pronto fue consciente de lo estúpida que iba a sonar su teoría, sobre todo teniendo en cuenta quién la había formulado. Y no podía decir el precio que había tenido que pagar por la información.

—Lo sé —dijo al fin—. Tendré cuidado.

—“Tendremos” cuidado —contestó León, mirando a Mar a los ojos.

Mar asintió despacio.

—Tendremos cuidado.

Dos casos

Mar había imprimido las fotografías. Era más indiscreto que tenerlas solo en su ordenador, eso seguro, pero trabajaba mejor así. Por suerte, tenía escaneado todo el material del asesino vudú. Excepto lo que había en casa de Paula, claro.

Colocó sobre su mesa las fotografías. Habría deseado que no aparecieran todos tan sonrientes. No podía evitar pensar que ahora estaban muertos, y aún recordaba la horrible mueca en el rostro del profesor de música.

Un hombre con el pelo canoso, barba corta y expresión dulce. Maestro de yoga. Otro entrado en carnes, sudoroso y guiñando un ojo a la cámara. Cómico. Una mujer de rostro decidido y cabello hasta los hombros que vestía una bata blanca. Psicóloga clínica. Un hombre con gafas y cuatro pelos muy largos intentando tapar una calva difícilmente disimulable. Físico. Todos los casos seguían el mismo *modus operandi*: robo con asalto en sus domicilios y muerte posterior por accidente cerebrovascular. El periodo de tiempo desde el robo hasta la muerte variaba desde dos días hasta varias semanas.

Mar sacó de su cajón otras dos fotos: la de Laureano Gracia, el profesor de música, y... una de Paula. La había sacado de su propio móvil, se la había hecho ella. Paula posaba sonriente junto a un *dj* famoso al que detuvo a continuación por tráfico de drogas. Todavía recordaba la cara del *dj* mientras le esposaban.

Observó todas las fotos, dispuestas en dos líneas sobre la mesa. Todas aquellas personas guardaban una relación, solo que aún no sabía cuál. El asesino vudú los había elegido por algo. No era su físico, ni su profesión. ¿O sí?

Entonces se le ocurrió: Zambrana, el periodista. Él le podía dar alguna pista. Tecléo “Zambrana asesino vudú” en Google y aguardó unos instantes. “¡Bingo!”. Había un montón de entradas, aunque...

—Ni una en el último año —murmuró.

Justo desde la muerte de Laureano Gracia. Hasta ese momento había estado muy activo, tanto en Twitter como en su blog: “Quinto milenio”. Pinchó el enlace a su página.

—Oh.

“Page not found”.

Había sido eliminada. ¿Por qué? ¿Por quién? Sin pensarlo, pulsó sobre la última reseña de Twitter.

“Esta cuenta ha sido eliminada”.

En eso, escuchó a sus espaldas una melodía que conocía bien. Era el tono de móvil de Anglona. Se apresuró a tapar las fotografías con la carpeta del Ninja.

—¿Sí? ¿Sí? Han colgado. Era una llamada interna —dijo mirando alrededor y torciendo el gesto— ¿Cómo va eso, Espinosa?

Mar se volvió con su cara más inocente.

—Ah, hola, comisario. Vamos avanzando, aunque sin conclusiones aún. Ya hemos interrogado a la gente de seguridad que estaba la noche del asalto a casa de Vince De Smedt. Parecen limpios. Todos ofrecen el mismo relato: un despiste y lo de las interferencias al comprobar las cintas. Y ninguno ha tenido movimientos sospechosos en sus cuentas. Seguiremos vigilándoles.

—Ummm... ¿Y el otro robo?

—Fue en Santiago de Compostela, en un museo, solo unos días antes. Hemos recibido los informes de nuestros colegas de allí: mismos indicios, solo que más sofisticados aún. En esta ocasión también se desactivaron los sistemas de alarma, pero además se envió una señal cíclica a cada uno de ellos, incluidas las cámaras, de forma que en ningún momento pareció interrumpirse la comunicación. Esto ha salvado a los chicos de seguridad esta vez.

Anglona alzó las cejas.

—Desde luego, el ninja invierte en el negocio. Solo había oído hablar de algo así una vez, y fue en un congreso de la OTAN. Sistemas de inhibición militares. Y no al alcance de todos los gobiernos. Sigam informándome. ¿Dónde está Leiva?

Mar miró alrededor. Hacía un rato que no le veía.

—Es igual —dijo Anglona con un gesto de la mano—. He puesto mucha confianza en ustedes dos. No me defrauden.

—No lo haremos, señor.

El comisario continuó hacia su despacho y, solo entonces, Mar consiguió tragar saliva. Le imponía, no podía evitarlo. Y sospechaba que le ocurría a más de uno.

Entonces apareció León.

—¿Qué tal?

—Acaba de preguntarme Anglona por el caso.

—Lo sé. Y tú, a ver si tienes más cuidado con lo del vudú —dijo, haciendo el gesto de un teléfono con la mano.

—¿Has sido tú?

—No sabía cómo avisarte. Toma, esto es para ti —dijo dejando un par de folios sobre la mesa de Mar. Contenían un listado de nombres y fechas.

—¿Quiénes son?

—Gente a la que se le diagnosticó muerte por accidente cerebrovascular en los años del asesino vudú. Todos menores de veinticinco. Son autopsias clínicas, no judiciales; por eso no estaban incluidas en el caso. Pero quizá tengan alguna relación.

—Joder, son más de una veintena.

León asintió.

—La mayoría encontrados tirados en la calle cuando volvían de fiesta. Se sospechó de algún nuevo tipo de droga, pero nunca se llegó a nada concluyente.

—Esto se está complicando.

—Quién sabe, a lo mejor se está aclarando. Pero mejor que continúes en casa, ¿vale? No me quiero quedar sin compañera tan pronto —dijo guiñando un ojo antes de dirigirse a su mesa.

En el punto de mira

Sus dedos se deslizaban solos, como si él fuera un mero espectador de su caprichosa danza sobre el teclado. Blancas y negras eran pisadas como al azar, como una bandada de pájaros que revoloteara sobre un lago y, de tanto en tanto, aquí y allá, uno de ellos, o varios al tiempo, rozasen el agua.

Y, de esa aparentemente errática danza, surgía la magia.

Las notas se derramaban desde la caja del piano, convertido en manantial cristalino, en suave corriente que iba inundando la estancia. El aire se llenaba de una gasa sutil como el humo que asciende desde la brasa del cigarrillo. Una sustancia que te envolvía y acariciaba desde todas las direcciones.

Entonces una de sus manos se apartó del teclado para extraer un objeto. Un móvil. Un par de toques más fueron suficientes para que en su pantalla apareciera una fotografía. La fotografía de una mujer joven, atractiva. El pelo recogido en una coleta tirante. Iba de uniforme, seguramente el día de la graduación en la academia.

Apoyó el móvil ante él, en el lugar donde debía ir la partitura, y sus manos volvieron al piano. Pero algo había cambiado. La danza de los dedos se fue acelerando hasta convertirse en un movimiento frenético, que apenas permitía verlos. Se desplazaban de arriba abajo sobre el teclado, en sucesiones inverosímiles, en combinaciones tan rápidas y complejas que ningún cerebro humano podría gobernar.

Y la melodía... dejó de serlo. Las notas, que unos momentos antes se tejían en un armonioso tapiz lleno de colores y matices, se volvieron discordantes, chirriantes como un violín empuñado por un niño. Lacerantes como cuchillas de afeitar, como largos punzones que se clavaran en lo más profundo de la mente.

Su respiración se fue acelerando. Una gota de sudor asomó a su frente. Y su mirada, perdida en la imagen de la pantalla, se tornó febril. Desquiciada.

Desde ella, la mujer también le miraba. Sería como si supiera lo que se cernía sobre ella. Como si le desafiara.

Fijó los ojos en esa cicatriz que tenía en la mejilla. No sería la última. Ni la más dolorosa.

El despertar

La luz entraba por las ventanas del despacho tiñendo de dorado los gastados muebles. Hacía calor, el verde del césped en el exterior invitaba a salir y tumbarse a mirar ese cielo limpio por el que discurrían despacio unas cuantas nubes blancas.

No estaba solo. Escuchaba una voz. Giró la cabeza, miró al otro lado del escritorio y le vio. Su maestro. Le hablaba a él, aunque seguía mirando a su pantalla, ensimismado. Movía la boca y articulaba palabras, pero no conseguía entenderlas. Se inclinó hacia él para intentar captarlas mejor. “Hay poderes ocultos en la música... Debes tratarlos con sumo cuidado... Si no quieres que te pase lo que a mí”.

De pronto el sol se ocultó y el despacho se sumió en las sombras. Fue tan brusco que no podía ser real. Rodrigo miró a su maestro y, en lugar de ver su acostumbrado rostro afable, este se había convertido en una horrible máscara de terror. Tiró la silla al levantarse para huir, pero sus piernas no le obedecían. Estaba clavado en el sitio.

Y entonces llegó.

Aquel sonido discordante, agudo, afilado. Sintió un enjambre de agujas invisibles clavándose en su cerebro como finísimos bisturíes. Se tapó los oídos con todas sus fuerzas, pero era imposible librarse de aquella melodía siniestra, que parecía resonar en su interior. Cayó, encogido, intentando inútilmente protegerse. A través de sus párpados entrecerrados vio un líquido rojo extenderse lentamente sobre el suelo.

Solo entonces supo que iba a morir.

Rodrigo despertó en pánico. Su corazón bombeaba tan fuerte que lo escuchaba en la garganta. Había tenido esta pesadilla en otras ocasiones, pero nunca tan vívida. Nunca tan...

Dios.

Se levantó bruscamente, enredándose en las sábanas, y a punto estuvo de caer. Se acercó a la mesa, ocupada casi por completo por un ordenador, pero en la que también había unos cuantos papeles y un bolígrafo. Le quitó la tapa tirándola al suelo y se puso a escribir frenéticamente. Hacía tiempo que había

dejado de preguntarse cómo era capaz de hacerlo. Ahora era lo menos importante.

Porque lo tenía.

Dibujó cinco líneas casi perfectamente paralelas y comenzó a rellenarlas con puntos y signos. Pronto la hoja quedó atestada y tuvo que buscar más. Si hubiera tenido su piano todo habría resultado más fácil. Continuó llenando hojas y hojas. La mano le dolía, pero su cerebro aún no había terminado de vaciarse. Solo entonces, al cabo de un buen rato, el bolígrafo se detuvo, trazando pequeños círculos sobre la última nota, amenazando con atravesar el papel.

Rodrigo se apartó de la mesa, jadeando. Se derrumbó en la silla y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió. Una sonrisa de satisfacción y de... esperanza.

La había olvidado durante mucho tiempo, pero la tenía.

La melodía asesina.

—Mi hija no se drogaba —dijo la mujer con tono irritado—. Era una chica estudiosa, formal. Salía poco, y aquella maldita noche...

La voz se le quebró en un sollozo. Su marido le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Pueden reconstruirnos un poco lo que sucedió aquella noche? —intervino León.

—La niña salió de casa como a las diez —continuó el hombre—. Había quedado con sus amigos de la universidad. Tenía una buena panda, lo malo es que ninguno vivía cerca... Cogió el metro, se fue a Moncloa, cenaron en un sitio de esos turcos...

—Un *kebab*.

—Sí. Y luego anduvieron por los garitos de por allí. Ya sabe, el de la leche esa asquerosa con menta... Cervezas y eso. Nada más.

Mar y León asintieron.

—Todo normal. Por lo que me contaron sus amigos, lo pasaron bien. Se echaron unas buenas risas. Luego, como a las tres de la mañana, se volvieron a casa.

—¿Vino sola?

—Sí, alguno se ofreció a acompañarla, pero se acababa de pelear con su novio y estaba en esos momentos en que quieren mantener la distancia con todos los chicos.

Mar se revolvió en su silla. La entendía muy bien.

—La encontraron en el parque —continuó el padre con tono monocorde haciendo un gesto hacia la ventana—, como a las seis y pico de la mañana. Un señor que sacaba a pasear a su perro. Ya estábamos nerviosos, aunque alguna vez ya había llegado a esas horas. La llamamos varias veces, sin respuesta. Las dos o tres primeras piensas que si ya viene, que estará en el metro y no hay cobertura... O que si está con algún chico... Yo que sé —se interrumpió y continuó con un hilo de voz—. Y mira...

Mar y León guardaron un respetuoso silencio. León apoyó una mano en el brazo del hombre.

—Primero nos preguntaron que si consumía alguna droga —continuó la mujer—, alguna de esas pastillas que no se sabe qué llevan dentro. Cuando les aseguramos que no, que era imposible, nos dijeron que podía ser una enfermedad congénita. Que la tendría de nacimiento y no se había manifestado hasta ese momento.

—Qué le vas a hacer, si la vida te hace un regalito como ese... —concluyó su marido— Joderte y aguantarte.

Los cuatro se quedaron en silencio unos instantes, no había nada mejor que decir. Después León se levantó, y enseguida Mar le imitó.

—Han sido muy amables. Disculpen que les hayamos hecho revivir esos momentos, pero necesitábamos esclarecer los hechos.

—¿Están investigando algo? ¿Creen que no fue una enfermedad? —preguntó el padre con mirada anhelante.

—Lo más probable es que lo fuera —intentó aplacar las expectativas León—. Solo nos han pedido que comprobemos todos los casos. Una actividad rutinaria. ¿Tendrían el contacto de alguno de sus amigos, de los que estuvieron con ella aquella noche?

El hombre asintió, desapareció un momento de la sala y volvió con un móvil en la mano. Era el de la chica. Lo enchufó a la red, porque se había quedado sin batería hacía tiempo, tecleó una contraseña, lo manipuló durante unos segundos y les mostró un par de contactos.

—Muchas gracias, no les molestamos más.

El matrimonio les acompañó hasta la puerta, con las manos aún

entrelazadas, y se despidió de ellos con un hondo “gracias”.

Mar y León aguardaron a estar fuera del portal, inmersos en el bullicio de la calle, para intercambiar las primeras palabras.

—No parecían los padres de una juerguera drogadicta —dijo Mar, a lo que León levantó una ceja.

—Cíñete a los hechos.

Mar frunció el entrecejo.

—Estuvo tres horas deslocalizada —dijo al fin.

León asintió.

—Tres horas son tiempo suficiente para un secuestro, aunque no hubo signos de violencia ni de abuso sexual. Ni siquiera le robaron el móvil.

—¿Entonces...?

León se encogió de hombros.

—Ni idea.

Las conversaciones con sus dos amigos no hicieron sino corroborar que la chica no había tomado ninguna droga, al menos voluntariamente. Y no se separaron de ella en ningún momento, que ellos supieran. Parecían totalmente sinceros cuando contaron las andanzas de la noche, incluida la vomitona de leche de pantera de una de las de la pandilla.

—Se nos ha ido el día en esto —dijo Mar cuando volvían hacia el coche. El cansancio de la jornada se le había echado encima de repente—. Espero que Anglona no nos pregunte por nuestros avances.

—Es verdad, espera —contestó León sacando el móvil y marcando un número.

Aguardó unos instantes.

—¡Hola! ¿Qué tal, tío?... Bueno, bueno, no te pases... Ya, yo también tengo prisa... Oye, tengo un caso de unos robos de arte, necesito tu ayuda... Sí, otra vez... ¿Mañana podrás? Si no, voy a estar dándote la brasa cada hora hasta que... Vale, mañana entonces. Sobre las once, no madrugues por mí... Hasta mañana, hasta mañana.

Mar levantó una ceja.

—¿Otro del Madrid?

—¡No, este capullo es del Barça! Pero le gustan las fiestas —contestó León con un guiño—. Es anticuario, teóricamente, y sabe más del mercado negro de arte que nadie en esta ciudad. Le podemos decir a Anglona que hemos pasado el día buscando su contacto. El lunes tendremos algo.

—Bien... —solo acertó a decir Mar. Estaba claro que, si quería conseguir algo como policía, tenía que hacerse una agenda como la de León.

Llegaron al coche y Mar pidió las llaves.

—¿Seguro? A mí no me importa.

—Me apetece conducir.

El tráfico era infernal a aquellas horas, pero Mar conducía como un taxista de El Cairo, buscando huecos donde no los había y avanzando mientras los demás languidecían en sus coches. La atención que requería le daba la excusa para permanecer en silencio.

León la miró de reojo.

—Oye, ¿qué vas a hacer ahora? Es viernes. ¿Te apetece salir a correr un rato? O a zampar algo grasiento con un par de cervezas. O a ver un guiñol callejero, no me da para un musical.

El primer impulso de Mar fue sonreír, pero, antes de que pudiera hacerlo, su cerebro encendió todas las alarmas. Su rostro dibujó una expresión tensa mientras buscaba una excusa.

—Ha sido un día cansado. Y todavía no soy una compañía de lo más chisposa. Preferiría tumbarme en el sofá de casa y tragarme un par de series.

León asintió.

—Tú sabrás. Conozco un guiñol muy bueno. Y a ti seguro que te gustan las historias de garrotazos.

Esta vez Mar sí se permitió sonreír.

—Suenan muy bien. Otro día vamos sin falta.

—Prometido.

—Prometido.

El viaje a casa acabó con las pocas energías que le quedaban. Tener un compañero con el que hablar durante todo el día le hacía mantenerse alerta, lúcida, pero también agotaba. O quizá es que llevaba demasiadas emociones encima.

El caso es que, cuando pulsó el botón del garaje de su casa y el portón empezó a abrirse como una gran boca, no pudo evitar acompañarle en un gigantesco bostezo que casi le hizo desencajarse la mandíbula. Dejaría las series para otro día.

Aparcó el coche en automático y sin un roce, aunque la plaza era tan estrecha que apenas daba para abrir la puerta. Salió de lado, empujó la puerta con el pie, pulsó un botón de la llave y escuchó el chasquido del cierre. Todo

resonaba en el garaje, en aquel ambiente frío y húmedo, como de bodega: el tintineo de las llaves al guardarlas en el bolso, sus pasos en el cemento, su respiración.

El interruptor de la luz quedaba a unos metros, el garaje tan solo estaba iluminado por las bombillas de emergencia, lo que significaba que había muchos rincones sumidos en las tinieblas. Mar no pudo evitar mirar por encima del hombro. “Qué tontería”.

Mientras seguía caminando hurgó en el bolso, sus dedos buscando el tacto conocido de las llaves de casa pero, como era habitual, en su lugar encontraron docenas de objetos de todo tipo. Se detuvo a un paso del interruptor, concentrada en su tarea. Ahí estaban. Las sacó y cayeron al suelo, armando un enorme escándalo.

—Joder.

Se agachó a por ellas y, cuando iba a levantarse, un horrible chirrido le taladró los oídos. Nunca había escuchado un sonido tan penetrante, se tapó con las manos pero fue inútil, era como si ya se hubiera clavado en su cerebro y se lo estuviera derritiendo. Sintió una gran presión en el pecho, mientras su corazón cambiaba bruscamente el ritmo. Pero más aún en su cabeza, que parecía a punto de estallar. Se le nubló la vista y Mar cayó al suelo, encogida. Gritando sin escucharse. Hasta que sus pulmones dejaron de responder. Boqueó como un pez fuera del agua y abrió los ojos, de puro terror.

Estaba a punto de morir.

Entonces escuchó algo. O quizá dejó de escuchar. El chirrido se convirtió en un zumbido sordo, y la presión cedió. Inspiró con toda su fuerza, el aire ya llegaba a sus pulmones. A través del velo que cubría sus ojos, y justo antes de caer inconsciente, vio acercarse a alguien. La tomó en brazos mientras se escuchaba a lo lejos el portón del garaje cerrarse con un golpe.

Un pequeño viaje

El paisaje discurría monótono a través de los cristales del Corsa. La carretera solo había trazado una curva en los últimos treinta kilómetros, y apenas se habían cruzado con un par de automovilistas.

Era sábado. Mar lo había tenido que consultar un rato antes en el móvil, tan desorientada se encontraba. Había despertado en un área de descanso, a la sombra de unos álamos, sentada en el asiento del conductor y con todos los huesos doloridos. Rodrigo estaba a su lado, contemplándola.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó ella.

—¿Tú qué crees?

—No recuerdo nada.

Pero no era cierto. Recordaba aquel sonido infernal... Y luego, pequeños retazos, fragmentos de sueños febriles en que la metían en un coche y las luces de la ciudad discurrían ante sus ojos en dolorosos flashes. Un terrible dolor de cabeza. Después, oscuridad, y el sonido del motor que la arrullaba. Y Rodrigo... ¿al volante?

Todavía se encontraba un poco atontada.

Conducía con la vista fija en el horizonte, pero no podía evitar girarla de tanto en tanto para mirar de soslayo a Rodrigo. Este no había variado su postura desde que subieron al coche. Sus ojos quedaban ocultos por unas viejas gafas de sol; si no supiera que estaba ciego, diría que la había estado observando durante todo el viaje.

Así mismo, el saber que él no podía verla le daba una especie de morbo *voyeur*, como si le estuviera espiando desde detrás de una cortina o uno de esos cristales con espejo que hay en las comisarías. Pudo detenerse en sus rasgos; bajo la barba de varios días se volvían a adivinar sus bellas facciones. Había cogido algo de peso y un poco de color en el rostro, lo que había alejado de él esa sombra cadavérica. Incluso se empezaban a marcar sus bíceps.

—¿Estás despierto?

—Sí.

—Tengo algunas preguntas.

—¿Más?

—No eres muy hablador, precisamente.

Silencio.

—Vale —continuó Mar—; no te he ayudado a escapar de un manicomio, jugándome mi carrera, para que ahora te hagas el misterioso.

—Ni yo te he salvado la vida para que ahora me sometas a interrogatorio. ¿Quién eres, la poli buena o la mala?

Touché. Mar respiró hondo.

—Solo por curiosidad ¿dónde has estado viviendo desde que te fuiste de allí?

—Con amigos. ¿Tú no tienes?

—Joder. Solo estoy intentando entablar conversación.

Un nuevo silencio se instaló entre ambos. La carretera seguía siendo igual de monótona, y el paisaje igual de pelado, como una estepa. Mar suspiró y guiñó los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Rodrigo— No se te ha vuelto a nublar la vista ¿verdad? Necesito llegar vivo.

—¿Cómo coño lo sabes?

—¿El qué?

—¡Que he guiñado los ojos! Tú no estás ciego.

—Los médicos dicen que tengo los nervios ópticos de cartón piedra. Si a eso le llamas no estar ciego...

—¿Entonces?

Rodrigo suspiró.

—Te he oído pestañear.

—¡Venga ya!

Rodrigo se mantuvo en silencio.

—¿Me quieres decir que ahora tienes superoído?

—Yo qué sé. Solo sé que oigo muchas cosas.

—¿Cada pestañeo de la gente?

Rodrigo asintió.

—Al principio era una locura, ahora ya lo llevo.

Mar negó con la cabeza. Le estaba tomando el pelo.

—Ahora estás negando con la cabeza.

—¿Cuántos dedos estoy levantando? —preguntó Mar levantando el dedo corazón.

—Eso está muy feo.

—Joder.

Mar volvió a mirar a la carretera.

—¿Qué pasó exactamente en mi garaje? —preguntó al rato.

—Intentaron fundirte las neuronas —hizo una pausa—. ¿Sabes cómo funcionan las neuronas?

Mar negó con la cabeza. Recordaba algo de sus clases de Biología en el instituto, pero prefería que se lo refrescara Rodrigo.

—Tienen más o menos forma de árbol, con un tronco, ramas y raíces, que se interconectan con las neuronas vecinas, aunque sin llegar a tocarlas. Entre ellas hay un pequeño espacio llamado sinapsis.

Mar asintió, rememorando su forma dibujada en tiza en la pizarra.

—Los impulsos nerviosos se transmiten muy rápidamente porque son eléctricos. Las neuronas son como cables, simplemente. Aunque para pasar de una neurona a otra tienen que saltar ese pequeño espacio entre ellas, y eso lo hacen con química. La primera neurona suelta una sustancia química, un neurotransmisor, y la segunda la recibe. Se forma una especie de puente para que pueda pasar la corriente. Después, el neurotransmisor se destruye o se reabsorbe, y se vuelve a cortar el paso.

—Ajá.

—Bien. Si los impulsos eléctricos son tan rápidos que no da tiempo a destruir el neurotransmisor, las neuronas se quedan continuamente estimuladas. Empiezan a enviar órdenes contradictorias a los músculos, que se contraen a destiempo. Provocan arritmias graves en el corazón. Se provocan coágulos, que enseguida llegan al cerebro y... pum.

Mar se quedó en silencio. Rodrigo también, aguardando su reacción.

—¿Y todo eso... con música?

—Con sonido, sí —Rodrigo hizo una pausa antes de continuar—. Hay que ser un genio para lograrlo. Muchos otros lo han intentado antes, ¿o crees que no se les había ocurrido a los nazis? Un arma tan poderosa... Pero nunca lo consiguieron. Hasta ahora.

—¿Y tú cómo lo hiciste? ¿Cómo me salvaste?

—¡Ja! Es mi secreto. Digamos que, una vez que conoces cómo funciona el arma, la puedes intentar neutralizar.

Volvieron a quedarse en silencio. La voz de Mar sonó ronca cuando volvió a hablar.

—¿Qué hacías en mi garaje?

Rodrigo estiró la boca en una especie de sonrisa.

—No estaba allí, te estaba esperando en la calle. Quería verte para contarte lo que había descubierto, cuando escuché aquello y me colé. El portón de tu garaje es muy lento, pero aun así tuve que hacer un Indiana Jones.

Mar asintió en silencio.

—No sé si te he dado las gracias.

—No, aún no.

—Gracias.

Rodrigo levantó simplemente la mano, y el ruido del motor volvió a imponerse sobre la conversación.

—¿Me vas a decir dónde vamos? —dijo Mar al cabo de unos minutos.

—Te lo he dicho, a un pueblito muy bonito.

—Que ni siquiera sale en Google Maps.

—¡Sorpresa! Google no es infalible. Además, para qué va a salir, si allí no llega la señal del GPS.

Mar resopló. Le gustaban los misterios, pero no cuando le atañían a ella.

—¿Y para qué vamos?

—Sé cómo neutralizar el arma, pero no del todo. Necesito medios. Aquí los encontraremos.

Mar torció la boca. Le costaba imaginar que en aquel rincón perdido pudiesen encontrar los medios necesarios ni para echar gasolina.

—El desvío debe estar a punto de llegar —dijo Rodrigo—. Prepárate.

Ella observó el arcén de la carretera. Al poco apareció un cartel que anunciaba la salida a un pueblo.

—“La Quebrada”. ¿Es aquí?

—Sí, sal de la carretera y atraviesa el pueblo. Pasaremos por debajo mismo de la iglesia.

Mar obedeció. La Quebrada era un pueblo como tantos otros de la sierra castellana. Una iglesia antigua con parches de mal gusto y cada casa hecha al libre albedrío de su constructor; unas de la piedra típica de la zona, otras de ladrillo visto, otras de enlucido... Lo que cada uno había podido. Tres ancianos les observaron con curiosidad desde un banco de piedra. Seguro que Mar y Rodrigo eran los primeros que pasaban por allí en días.

—Sigue, no es aquí.

Mar continuó por lo que parecía la calle principal hasta que se salió del

pueblo. No había ninguna señal que indicara más poblaciones en aquella dirección.

—¿Por aquí?

—Sí, sigue hasta que se acabe el camino.

Hizo bien en llamarlo “camino”. Aunque alguna vez debió ser asfaltado, era tan estrecho y tenía tantos baches que no se le podía llamar carretera. Mar avanzó despacio para no dejarse la suspensión en alguno de ellos. Rodrigo seguía observándola, sonriendo.

—Joder. Me podías haber avisado de que hacía falta un todoterreno. Aunque esté a dos kilómetros, no sé si llegaremos hoy.

—Está a siete.

—Joder.

El camino comenzó abriéndose paso a través de un bosque de quejigos, con sus hojas nuevas sumiéndolo en una sombra fresca, pero pronto se elevó y los árboles desaparecieron. El paisaje se convirtió en un páramo pelado, poblado solo de riscos y matorrales. Treparon a la cresta de un cerro, desde la que las vistas se abrieron hacia ambos lados. No se adivinaba presencia humana alguna en muchos kilómetros a la redonda.

Mar siguió avanzando, con más cuidado aún para no despeñarse, cuando de pronto una cabra montesa cruzó la carretera de un salto. El Corsa frenó en seco.

—¿Has visto?

Rodrigo ladeó la cabeza.

—Lo siento —se excusó Mar—. Una cabra montesa acaba de cruzar la carretera.

—La he “visto”. Por aquí hay muchas. No te preocupes, vas tan despacio que no vas a atropellar a ninguna.

—Quizá prefieras conducir tú —contestó Mar, echando el freno de mano.

Rodrigo, lejos de enfadarse, soltó una risita.

—Me gusta tener chófer. Sigue, por favor. Ya falta poco.

Mar miró alrededor. No se divisaban nada más que cerros y quebradas. Su móvil hacía rato que había dejado de tener cobertura. Por alguna razón recordó a Rodrigo saltando como una fiera desde el respaldo de una silla, y al doctor Fuentes relatándole cómo había intentado estrangularlo. De pronto no le parecía tan buena idea estar allí con aquel tipo. ¿Por qué había confiado en él?

“Porque te gusta, idiota. Si hubiera sido un tío feo y gordo habrías

pasado”. “No puede ser. No soy tan frívola”. “Tienes razón, no es solo guapo. Tiene algo especial; algo que atrae”...

Mar acalló su diálogo interno sacudiendo la cabeza y palpando con el codo el bulto de su pequeña Smith & Wesson de reserva. Cuando habló, lo hizo pronunciando muy despacio.

—¿Dónde coño vamos?

Rodrigo aguardó un instante antes de contestar.

—Al lugar donde pasé mi niñez.

—¿En serio? ¿Aquí?

—Sí, a mis padres les gustaba la tranquilidad... parece.

—Ya te digo.

El coche arrancó de nuevo y, por fin, tras una curva pronunciada, traspusieron la cumbre y dieron vistas al otro lado, a un valle escondido entre collados. Allí se elevaban, aún majestuosas, las ruinas de lo que debió ser un monasterio unos cientos de años atrás. A sus pies se diseminaban unas cuantas casas, casi todas claramente abandonadas.

—¿En serio? —repitió Mar.

Rodrigo se incorporó en el asiento y levantó la cabeza, como oteando. Por fin algo despertaba su interés.

Mientras recorrían los últimos metros, la vista se iba volviendo más desoladora todavía. Observadas más de cerca, las casas se encontraban casi tan ruinosas como el monasterio. Solo tres o cuatro conservaban el tejado en condiciones, y a muchas de ellas les faltaban cristales en las ventanas. A través de los huecos de las más decrepitas se veía crecer la hierba en lo que en algún momento fueron hogares.

El Corsa avanzó entre las edificaciones, y Mar se sintió como si atravesara un pueblo fantasma del Oeste. Pero mucho más real. El único signo de vida por allí era la vegetación, que se había ido adueñando del lugar, y un par de rapaces que sobrevolaban la escena, observándoles probablemente sorprendidas desde lo alto.

—Métete por ahí, a la derecha.

—¿Por aquí?

—Eso es. Creo que estará ahí.

—¿Quién?

Rodrigo sonrió y permaneció en silencio. El coche avanzó unos metros más, hasta que se topó con un muro bajo de piedras superpuestas. No había

ninguna construcción más por los alrededores.

—Fin del viaje —dijo Rodrigo, desabrochándose el cinturón y abriendo la puerta.

Mar le siguió a su vez. Era agradable estirar las piernas al fin, pero se seguía preguntando qué narices hacían allí.

Se asomaron al murete de piedra. Por fin Mar divisó algún signo de vida en aquella aldea por lo demás muerta: la tierra en aquella parcela, orientada al sur y resguardada de los hielos invernales, estaba arada y sembrada de lechugas, coliflores, judías y otras variedades que no conocía.

—¡Melón! —gritó Rodrigo— ¿Dónde andas?

De pronto, de entre las matas surgió una cabeza. Por la postura, y porque enseguida empezó a sacudirse la ropa, había permanecido tumbado en el suelo. Llevaba barba de muchos días, y el pelo sudoroso pegado a las sienes. Iba en bata.

—¿¿Rodrigo?? ¡Joder, eres tú! Qué susto.

—Ví en Facebook que había un evento por aquí... ¿Quién va a ser? Si esto no lo conoce ni San Pedro.

El hombre, bastante voluminoso, no contestó; siguió sacudiéndose la ropa y meneando la cabeza mientras avanzaba hacia ellos, como si se estuviera recuperando de un gran sobresalto. Poco a poco su expresión cambió y Mar detectó un brillo de alegría en sus ojos. Una gran alegría. Creyó que Rodrigo y él se iban a fundir en un abrazo, pero tan solo extendieron la mano y la chocaron repetidamente, en un gesto infantil ensayado al parecer durante mucho tiempo. Al verlo tan cerca Mar apreció que no debía ser mayor que Rodrigo, aunque la barba, la piel curtida y la barriga le hacían aparentar mucha más edad. También se percató de que iba en pantuflas.

—Así que estás vivo —dijo, mirando a Rodrigo de arriba abajo como si no pudiera creerlo.

—Por poco.

El tal Melón asintió, y su mirada se tornó seria.

—Esta es Mar Espinosa —interrumpió sus pensamientos Rodrigo—. Es inspectora de policía.

Melón se puso tenso al instante, no era de los que podían disimular sus emociones. Se quedó parado a un paso de distancia, dudando entre darle dos besos o la mano, y Mar le ayudó tendiendo su palma. Melón casi se la aplasta.

—¿Y qué os trae por aquí? —preguntó echando una mirada alrededor,

como si buscara a alguien más.

Rodrigo no contestó enseguida. Antes estiró los labios en una sonrisa enigmática y triunfal.

—Lo tengo.

—¿El qué? —le miró Melón, incrédulo.

—El canto del abejorro.

—Pasad, pasad —dijo Melón, sosteniendo la puerta y apuntando con un gesto hacia unas escaleras estrechas que descendían bajo el nivel del suelo.

Mar pasó primero. Los escalones eran bastante empinados y quiso advertir a Rodrigo, pero este ya la seguía con decisión. Se estaban internando en una especie de sótano, o bodega, pero las paredes estaban forradas de un material especial.

Mar esquivó una viga baja y confió en que Rodrigo la detectaría también, cuando de pronto escuchó un “¡clonc!” sordo y le vio retroceder tambaleándose hasta quedar sentado en las escaleras.

—¡Ja, ja, ja, ja! —se escuchó reírse a Melón desde detrás— Forré la viga de aislante también; lo siento, guapo, se me olvidó advertirte.

—Joder —murmuró Rodrigo frotándose el chichón que ya empezaba a formarse en su frente.

—Lo siento —dijo Mar—. Creí que...

—Está bien. La habría detectado, solo que este cabezabuque la ha forrado de un material que absorbe el sonido. Para mí es invisible.

—Qué mal lleva las bromas... —dijo Melón sacudiendo la cabeza y riéndose aún.

Mar terminó de descender los escalones y apareció en una sala repleta de pantallas, cables y luces parpadeantes. Nunca había visto nada parecido, ni en el Centro Nacional de Inteligencia, donde les llevaron de visita en la academia. Aquello estaba todo lo fuera de lugar que algo podía estar en ese rincón perdido de la mano de Dios.

Detrás de las pantallas había un cristal que daba a una habitación de buen tamaño, con micrófonos, guitarras, un teclado y una batería.

—¿Un estudio de grabación? —dijo Mar, incrédula.

—Chica lista —respondió Melón.

—Vale, no me cuadraba mucho aquí, en este...

—¿Cuchitril? ¿Antro? Di que sí.

Rodrigo sonrió.

—Aquí se han grabado algunos discos que conoces muy bien.

—¿En serio?

—He traído con los ojos vendados a algún artista de a los de a doscientos euros la entrada. ¿Conoces a los Hamill? A otros no hizo falta, venían tan puestos que no sabían ni en qué planeta estaban.

—Guau.

—Sí, guau. Pero ¡vamos a lo que vamos! ¿Has traído el material?

Rodrigo volvió a lucir esa sonrisa misteriosa mientras abrió la cremallera de su cazadora y sacaba unos papeles doblados. Los desplegó lentamente y los tendió hacia Melón.

—Esta es su arma.

Melón los observó como si fueran el Santo Grial hasta que no pudo más y se los arrebató de las manos.

—Conseguí recordar la melodía que casi me mata —dijo Rodrigo, señalando el fajo de hojas que le había entregado y que Melón ya estaba escaneando.

En una de las pantallas apareció la partitura, no manuscrita, sino en perfecto formato digital.

—No se te ocurra tocar el botón “Reproducir”.

—No soy tan melón.

—Después —dijo Rodrigo sacando un segundo paquete de hojas dobladas— intenté encontrar las frecuencias que las anulaban.

—Tardarías semanas.

—Días.

Se abrió un segundo archivo en otra pantalla, una nueva serie de signos abigarrados sobre cinco líneas horizontales. Un tremendo galimatías.

—No sé cómo os enteráis de algo —observó Mar—. Lo discutí una vez con mi profesora de Música de primaria, ¿quién se inventó una forma tan complicada de representar música? ¿No habría sido más sencillo poner todas las notas en escala, sin bemoles ni sostenidos?

—Es que esas notas no se usan tanto —explicó Rodrigo—, al menos en la escala clásica en Occidente. En la escala de Do mayor son las negras del piano.

—Hasta aquí llega el racismo...

—Espera —interrumpió Rodrigo—, Mar tiene razón. Melón, ¿lo puedes representar en escala lineal? Desdobla los sostenidos.

—¿Te has pasado al dodecafonismo extremo?

—No sé de qué estáis hablando —se quejó Mar.

—El dodecafonismo —explicó Rodrigo— es un movimiento musical de principios del siglo XX que consistió justo en lo que tú estás diciendo: en dar el mismo peso a las doce notas musicales, incluyendo bemoles y sostenidos.

—Como si todas las teclas fuesen blancas.

—Exacto. Sus composiciones se basaban en relaciones matemáticas, simetrías, inversiones, etcétera. Si las representamos así, quizá veamos alguna relación geométrica.

—*Voilà* —dijo Melón, que había estado trasteando con el teclado—. Esta es la melodía del abejorro hecha cuadro.

La complicada partitura se había transformado en una nube de puntos, más altos y más bajos, sobre un rayado horizontal. Rodrigo tuvo que acercarse a la pantalla para poder percibir las diferentes emisiones de los píxeles blancos y negros. Mar, por el contrario, se alejó. Desde allí, con más perspectiva, se veían las notas como un dibujo puntillista. Al igual que cuando se observan las vetas del mármol, se le antojó que formaban una figura; una sombra, algo animal, garras, fauces, aguijones... Algo que no supo definir muy bien pero que le provocó un escalofrío.

—Y *voilà*. El escudo —dijo Melón, señalando la segunda pantalla.

—Hala...

Esta vez la figura resultaba extrañamente armoniosa; una especie de estructura geométrica suave, que evocaba a la naturaleza. Algo entre vegetal y fluido, como una corriente de agua, como las ramas de una enredadera, que, surgiendo la una de la otra, crecían hasta el infinito.

—Qué... bonito.

—Conecta el buscador de oro —dijo Rodrigo—. Esto tiene una pinta increíble.

—Te estaba esperando —contestó Melón, pulsando un botón del menú. Sobre la segunda partitura aparecieron una serie de puntos y líneas de color.

—Guau... —murmuraron Rodrigo y él a la vez.

—¿Qué pasa? —quiso saber Mar.

Rodrigo giró la cabeza hacia ella.

—El software señala un montón de proporciones áureas.

—Aquí tenemos un *hit* —añadió Melón—. Ni Juan Sebastián.

Mar volvió a mirar la pantalla, sin entender muy bien lo que decían.

—Dale al Play —dijo Rodrigo.

—Ya de ya.

Melón ajustó el volumen de los altavoces y despacio, con un silencio reverencial, aproximó su dedo a la pantalla táctil y pulsó el botón “Reproducir”. Al instante pareció envolverles un torrente cristalino, un manantial de sonidos tan delicados como las alas de una mariposa, al principio simples pero que, apoyándose unos en otros, fueron ganando textura hasta convertirse en una materia densa y sutil a un tiempo, que se colaba por cada uno de sus poros y recorría su interior haciéndolo vibrar, limpiándolo, arrastrando toda negatividad hacia fuera, lejos, disolviéndola en el aire.

Fue breve; apenas unos segundos, pero cuando terminó Mar creyó despertar de un sueño. Un bello y reparador sueño.

—Dios...

—Sí. Dios.

—Mejor que un peta —añadió Melón—. ¿Lo pongo en bucle?

—Luego —dijo Rodrigo, mirando ambas pantallas—. Ahora hay que probar si el escudo funciona bien. Y para eso te necesito, Melón.

—Ah, no. Tú ya estás ciego, pero yo...

—Idiota, me refiero a que sincronices ambas partituras. Yo las escucharé.

Por un segundo Mar revivió lo ocurrido en su garaje, aquella sensación de dolor más allá del dolor, la parálisis... La muerte. Por nada del mundo la volvería a repetir.

Melón se levantó y tiró de su manga.

—¿Es necesario? —preguntó Mar antes de acompañarle— Funcionó.

—Tengo que sentirlo para entenderlo del todo. No os preocupéis por mí. Tendré el *Stop* cerca.

Mar dudó aún un instante, pero al final dio la vuelta y ascendió los escalones detrás de Melón. Una vez arriba, este cerró la puerta.

—No te preocupes por él —dijo—. Es la hostia.

—Os conocéis desde hace mucho, ¿verdad?

—Desde el insti.

—¿Vivíais aquí los dos?

—¿En este pueblucho de mierda? ¡Qué dices! Aquí no había ni bar. Yo

vivía en San Miguel.

Mar asintió; Melón no parecía muy discreto, era el momento de recabar información sobre Rodrigo.

—¿Sus padres eran de aquí o qué? ¿Les conocías?

Melón le lanzó una mirada y la apartó rápidamente.

—Muy poco. Era muy reservado con eso.

Había tocado hueso.

—¿Y cómo es que os dio por la música? —siguió Mar, cambiando de tema. La primera regla de los interrogatorios es no acorralar al interrogado antes de tiempo.

—Bueno, le dio más a Rodrigo. Su madre era violoncelista. Y pianista. Yo soy más de ordenadores y eso.

—¡Ah!

—Sí, ella le enseñó, pero pronto se dio cuenta de que la superaba. Necesitaba más. Le mandaron al conservatorio, a Ávila, pero aquello se le quedó corto también. ¿Te he dicho ya que es la hostia?

Mar asintió de nuevo.

—¿Y su padre? ¿A qué se dedicaba?

Melón se revolvió inquieto. Se encogió de hombros, aunque se notaba a las claras que mentía.

—Ni idea. Al campo, supongo.

Mar entendió que era el momento de cambiar de tercio.

—¿Y tú? ¿cuál es tu especialidad?

—Ya te digo, yo soy más de ordenadores —repitió; cambiaba continuamente el peso de un pie a otro y movía la cabeza sin parar, como un pájaro. Era un chico inquieto, probablemente hiperactivo. O puesto de coca.

—¿A qué te dedicas exactamente?

—Hago programas.

—¿De música?

—Ajá.

—¿Y qué hacen?

—De todo. Armonizan melodías, producen variantes, orquestan... Sílbame algo y te lo convierto en un *hit*.

—¿No habías dicho que lo tuyo no era la música? Hay que saber mucho para eso.

—Bueno —dijo, sonriendo y sin parar de mover la cabeza—, son

matemáticas.

—¿Cómo?

—Sí, matemáticas. Era lo único que se me daba bien en el insti. Series, sucesiones... La geometría también es la hostia, ya sabes, simetrías, homotecias y eso. Y la música son ondas, con su frecuencia, su intensidad... Todo está relacionado al final.

—Vaya...

—Sí.

Se quedaron en silencio unos segundos. Mar trataba de asimilar la información mientras planeaba cómo continuar la charla.

—¿Y cómo es que vives aquí ahora?

Melón casi dio un brinco.

—Ne... necesitaba tranquilidad. Esto de la producción me estaba dando demasiado trabajo, demasiado estrés, ya sabes. El médico me dijo que necesitaba un descanso... ¿Y tú? —dijo cambiando descaradamente de tema— ¿Qué haces aquí, con este? ¿Estáis liados?

—No, no... Ya te ha dicho Rodrigo que soy poli. El caso del asesino vudú llegó a mis manos por casualidad, me puse a indagar un poco y le conocí a él.

Melón miró alrededor, más nervioso aún.

—Yo que tú lo dejaría. Es muy peligroso.

—Ya. Lo sé de primera mano. Pero no sé si estoy a tiempo; intentaron matarme.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Con el sonido más asqueroso que he escuchado en mi vida. Me derritió el cerebro, casi acaba conmigo. Si no hubiera sido por Rodrigo...

—Joder. O sea, que ya va detrás de ti —dijo empezando a dar botes en el sitio—. Espérame, tengo que salir un momento.

—¿Qué pasa?

—Nada, necesito aire.

Melón salió al exterior, dejando a Mar sola. Había otras puertas que daban al recibidor en el que se encontraba, y decidió aprovechar para echar una ojeada.

La primera la llevó a lo que debía ser el salón de la casa. Una estancia amplia y soleada, con muebles escasos pero de calidad: una gran mesa de madera maciza rodeada de sillas con el asiento de mimbre, un sofá de cuero frente a la chimenea y un pequeño aparador para guardar la vajilla. Y, en un

rincón, un piano de pared.

Se acercó a él. Estaba cubierto de polvo, y Melón lo había estado usando como repisa para acumular trastos. Iba a continuar la inspección cuando debajo, entre las sombras, descubrió una caja de cartón. Dentro había amontonados varios objetos. Levantó el primero de ellos, una fotografía enmarcada. En ella aparecía una pareja joven con un niño de unos diez años. Los padres sonreían, el niño parecía enfurruñado.

—¿Te gusta?

Mar casi dio un brinco. Era Rodrigo, había subido del estudio sin hacer ni un ruido.

—Sí... Sí, la casa es muy agradable.

—Era de mis padres.

—¿En serio? Entonces...

—Sí, el de la foto soy yo. Mis padres decían que fue la mejor sonrisa que consiguieron arrancarme aquella tarde de fotógrafo.

Mar observó de nuevo la foto. A aquella pareja feliz. Aquella mujer de rostro dulce que sostenía un violoncelo. Aquel hombre con entradas marcadas y mirada despierta que apoyaba una mano en el hombro de su hijo. Qué poco podían imaginar entonces...

—¿Ya estás aquí? —interrumpió Melón, mientras colgaba algo pesado detrás de la puerta— ¿Cómo ha ido?

—Molesto, irritante, desazonador —contestó Rodrigo—. Nada más. Está bien neutralizado. Demasiado bien.

—¿Por?

—En el garaje no funcionó igual de bien. Había algo más. Aquí faltan notas.

—¿Te refieres a...?

—Sí, notas no audibles, infrasonidos y ultrasonidos. Seguro.

—Pero la salvaste —dijo Melón señalando a Mar.

—Fue más mi presencia que la melodía, me temo.

—Joder, entonces necesitamos...

—Necesitáis el archivo que le enviaron al profesor —interrumpió Mar. Las miradas de los otros se volvieron hacia ella—. Quizá yo pueda conseguirlo.

—Eso sería... la hostia.

—Tenemos su ordenador. Están intentando recuperar la información del

disco duro, ya deberían tardar poco...

—Poco es demasiado —dijo Melón—, y a mí me está entrando el hambre. ¿Queréis un almuerquito de campo? Algo ligero, unos torreznitos, choricito frito...

Rodrigo sonrió. La barriga de su amigo no salía de la nada.

—Venga.

Le siguieron hacia la cocina, Rodrigo cerrando el paso. Quizá no quería que Mar siguiera curioseando a solas. Cuando salían del salón vio el objeto que Melón había colgado detrás de la puerta.

Una escopeta de dos cañones.

La casa estaba en silencio. Hacía rato que Mar se había retirado a su dormitorio, casi en cuanto terminaron de cenar. Sabía que Rodrigo y Melón necesitaban hablar un rato a solas. Se metieron en la cocina y entornaron la puerta.

—¿Queda alguien en el pueblo? —preguntó Rodrigo mientras movía una de las baldosas de la pared. La levantó, descubriendo un pequeño hueco. Dentro había una caja, de la que sacó un generoso fajo de billetes.

Melón sacudió la cabeza.

—No. Indalecio murió este invierno, y a Sebastián y María se los llevaron sus hijos. Creo que a una residencia. No queda ni Dios.

—Mejor.

—Mejor.

—¿Cómo te las apañas?

—De puta madre. Tengo cabras y unas gallinas, el huerto y un buen congelador. Hago mi pan, mi queso... Bajo a San Miguel una vez al mes, como mucho.

—¿El invierno?

—Frío de cojones.

—Ya —Rodrigo recordaba los sabañones de sus manos, de bajar en bici al instituto, por muchos guantes que llevara.

—Bueno, a lo que vamos —dijo Melón levantándose.

Se dirigió al aparador y sacó del cajón inferior un tablero de juego y una caja, y los llevó en equilibrio hasta la mesa. Lo posó con cuidado. El fondo

del tablero representaba un lugar tenebroso y ardiente, como el interior de un volcán. Sobre él se dibujaba una cuadrícula donde se repartían las piezas, unas figuritas metálicas fabricadas con todo detalle. Era una partida a medias.

Dos de las figuras representaban humanos; a pie, con capa y sin armas. El resto, casi una docena, eran monstruos. Les doblaban en altura, eran horribles mezclas de lo peor del reino animal aderezado con la oscura imaginación del escultor. Parecían enormes insectos, con caparazones, pinzas y aguijones, pero también con partes carnosas, escamas e hileras de dientes afilados.

Uno de ellos, el más cercano a los humanos, portaba un arpa.

Melón abrió la caja, rebuscó un poco y al fin sacó dos figuritas más. Eran dos humanos, los mismos personajes que ya estaban sobre el tablero, pero con un elemento más: un escudo. Con ceremonia, sustituyó las figuras anteriores por las nuevas.

—Ya tenemos el escudo —murmuró Rodrigo—, aunque esté un poco roto.

—Nos falta...

—La espada —dijo Rodrigo tomando su figurita entre los dedos y moviéndola en el aire, como si segara la cabeza del monstruo del arpa.

De vuelta a la ciudad

—¡No me jodas! —exclamó Mar mirando impotente el manto blanco que cubría el suelo hasta donde se extendía la vista— ¡Si ya estamos en primavera!

—En este puto pueblo pasan estas cosas —dijo Melón ajustándose la bata.

—¡Pero tenemos que irnos! Algunos trabajamos.

—¿Cómo ves a tu Corsa para trepar por el hielo? —preguntó Rodrigo.

Mar miró su cochecito, con las ruedas enterradas en nieve hasta la mitad y el relieve de los neumáticos apenas visible.

—Jodido. Pero lo hará.

Rodrigo sacudió la cabeza.

—Esperemos hasta el mediodía, a ver si se funde un poco —dijo sin mucha convicción—. Por cierto, Melón viene con nosotros.

Mar miró a ambos.

—No le vamos a dejar aquí, solo —añadió Rodrigo.

—Pues espero que lleve poco equipaje.

—Ná, un par de cosillas —dijo Melón—. Bueno, habrá que desayunar ¿no?

El desayuno se prolongó más de lo habitual; parecía que Melón quería agotar la despensa antes de marcharse. Por otro lado, la cocina era el único lugar caliente de la casa y tampoco había mucho que hacer en el exterior. Pero Mar se estaba impacientando; se levantó de la mesa y salió afuera. El sol apretaba, y su reflejo la deslumbró por unos instantes. Cuando pudo abrir los ojos del todo, vio que la nieve fundida empezaba a formar algunos riachuelos y charcos embarrados.

—Creo que ya podemos irnos —dijo entrando de nuevo.

—Si tú lo dices.

—Es mi coche. ¿Ya tienes el equipaje? —dijo dirigiéndose a Melón.

—Casi —respondió este mientras masticaba el último trozo de pan con chorizo frito—. Dame un minuto.

Mar suspiró y volvió a salir. Sus deportivas no estaban pensadas para caminar por charcos y nieve, pero no soportaba la inactividad. Buscó el

camino más despejado y se dispuso a dar una vuelta por el pueblo. O lo que quedaba de él.

En otro tiempo, quizá en la Edad Media, debía estar formado por los pocos artesanos, agricultores y cazadores que daban servicio al monasterio. Este había sido un edificio de buen tamaño; puede que, aunque aislado, hubiera sido aquel un lugar próspero.

Mar se aproximó a la grandiosa silueta. Atravesó la arcada de la puerta, sostenida milagrosamente en el aire, a pesar de haberse derrumbado los muros alrededor. Estos formaban montones de piedras aquí y allá en el interior del gran patio, aunque no tantos como cabría esperar; sin duda habían surtido durante años a los habitantes del pueblo de material para construir sus casas.

Cogió una de las piedras en sus manos, una no muy grande. Estaba muy desgastada por el paso del tiempo, pero sin duda había sido tallada, quizá para formar parte de un arco o una columna. Imaginó a un artesano cantero, cientos de años atrás, golpeándola con su cincel.

—Debía ser impresionante, ¿eh?

Mar dio un respingo. No había oído acercarse a Rodrigo.

—Siempre me he preguntado de dónde sacaba de verdad el dinero la iglesia —continuó—. ¿Sabes cuánto debió costar construir esto aquí?

—Menos que un piso en Madrid, seguro —respondió Mar.

—Por un estilo, sí. La capilla todavía se conserva bastante bien, ¿quieres verla?

—¿Por qué no?

Rodrigo la guio entre los escombros, hacia la mole de piedra que se elevaba ante ellos. De cerca resultaba aún más imponente.

—No se nos caerá el techo encima.

—Imposible. Ya se cayó hace años.

Atravesaron una pequeña abertura y se encontraron en el interior de un recinto abovedado, de paredes altas y ventanas alargadas por las que entraba en haces la luz de la mañana. El aire en su interior parecía inmóvil, o al menos muy lento, como el tiempo entre aquellos muros.

A sus pies todavía se distinguían restos de vidrieras multicolores. Aunque no quedaba ningún elemento de madera, seguramente utilizado como leña el primer invierno tras quedar el monasterio deshabitado, Mar se imaginó hileras de bancos llenas de monjes rezando, y casi pudo escuchar sus cánticos monótonos y oler el aroma de los cirios ardiendo.

—Increíble.

Rodrigo avanzó por las losas del pasillo central, más despejado, hacia el ábside. Había un punto donde la luz parecía concentrarse, en el lugar donde debía estar el altar. Sin querer, la vista se elevaba siguiendo las esbeltas columnas hasta la bóveda, donde unos tragaluces astutamente orientados hacían la función de focos a aquella hora del día.

Cuando los ojos de Mar volvieron a descender descubrió con un sobresalto, entre las sombras de la nave lateral, una figura humana con el brazo en alto, como pidiendo ayuda.

—Qué susto. Creí que había alguien.

Era una escultura de una virgen, bellamente tallada aunque con los rasgos lacerados por el tiempo.

—Claro. Es la princesa —respondió Rodrigo, acercándose a ella.

—¿La princesa?

—Sí, era la única chica de los alrededores, así que participaba en todos mis juegos. Normalmente era la princesa a la que yo salvaba de los malos.

Mar la observó más de cerca. Su rostro triste miraba hacia el cielo, implorante.

—¿Tenía nombre?

—Uy, muchos... Clarodeluna, Oroymiel, Llamardiente... Aunque no solo era princesa, también le tocó hacer de pirata, y de malvada: Rostroensombra, Nieblafría... Lo bueno es que nunca se cansaba de jugar conmigo.

Rodrigo alargó la mano y, con una sonrisa dulce, acarició el rostro de la estatua. Mar se quedó observando a ambos, tratando de imaginarse cómo debió ser la infancia de Rodrigo en aquel rincón perdido. Para su sorpresa, se descubrió pensando en sí misma. Aunque siempre había estado rodeada de gente, se dio cuenta de que tampoco había tenido muchos amigos.

—¿No había ningún otro niño?

Rodrigo negó con la cabeza.

—Cuando llegué al insti, me costó un poco acostumbrarme; los compañeros se movían más que Clarodeluna. Era más difícil que te hicieran caso.

—¿Cómo es que acabaste con Melón? No os parecéis mucho.

Rodrigo se encogió de hombros.

—Supongo que también estaba solo —respondió—. ¿Volvemos? Hace frío, y Melón ya habrá terminado de empaquetar.

—Vámonos.

Melón les aguardaba en la cocina. Se había cambiado, llevaba una sudadera de The Kings con una artística mancha de tomate, un vaquero que se le había quedado estrecho y unas deportivas agujereadas. Encima de la mesa había amontonado varios equipos, pantallas, portátiles, y una gran bolsa que olía a ahumado y a pimentón. Ninguna maleta de ropa, ni neceser, ni nada de lo que contendría el equipaje de una persona normal.

—¿Estás loco? Eso no entra en el Corsa ni de coña.

—Tiene que entrar. Lo necesito todo.

Mar suspiró.

—Tú sabrás. Ponlo en tu asiento —dijo tendiéndole las llaves del coche.

Melón se puso a la tarea, mientras Rodrigo y ella daban una última vuelta por la casa. Cerraron las contraventanas, y Rodrigo encargó a Mar desconectar la luz y las bombonas de gas. Cuando volvió a buscarle, Rodrigo estaba en el salón, de pie frente al piano.

—¿Quieres tocarlo? Puedo despejar todos estos trastos... —dijo Mar, retirando un montón de libros de la tapa.

—¡No lo toques!

La respuesta había sido tan brusca que dejó a Mar sin palabras.

—Lo siento —se disculpó Rodrigo—. No lo he vuelto a tocar desde...

Vio la escena como si estuviera ocurriendo en aquel momento: su madre y él tocando *Ma Mère l'Oye* a cuatro manos y a escondidas, creyendo que su padre no estaba en casa. Se dejaron arrastrar por la interpretación, concentrados en la partitura y pulsando las teclas con alegría. No le oyeron llegar. Casi no les dio tiempo a apartar los dedos cuando él bajó la tapa de golpe y echó la llave. Más tarde escuchó los gritos en la habitación.

—Desde hace mucho.

Mar iba a preguntar, cuando irrumpió Melón como un torbellino.

—¡Ya está! ¿Nos largamos o qué?

—Sí, vámonos —contestó Rodrigo.

Echaron la llave a la casa y se acomodaron como pudieron en el Corsa. Mar tuvo que hacer tres intentos antes de que el coche arrancara.

—Menos mal —dijo cuando el runrún del motor pareció estabilizarse.

Pisó el acelerador, pero el coche no avanzó ni un milímetro. Las ruedas patinaban.

—Mierda. Bajaos del coche.

Los otros dos obedecieron y Mar intentó acelerar más despacio esta vez. Nada. Las ruedas seguían deslizando.

—¡Espera! Te empujamos —gritó Melón.

Rodrigo y él se pusieron manos a la tarea, mientras Mar volvía a acelerar poco a poco. Esta vez las ruedas asieron suelo más firme y el coche pudo salir del hoyo, aunque había puesto perdidos de barro a ambos.

—Vámonos —dijo Rodrigo mientras se sacudía un poco y entraba en el coche.

—¡De marcha a la ciudad! —gritó Melón.

El Corsa recorrió con dificultad los primeros metros, donde el suelo de tierra se había convertido en una especie de puré de lentejas. Solo cuando pisó el asfalto de la carretera avanzó con cierta seguridad, aunque más lento aún que en el viaje de ida.

El paisaje había cambiado como por arte de magia. Los cerros pardos se habían convertido en un manto ondulado y blanco, apenas roto por la negrura de algún matorral más alto que la nieve no había llegado a cubrir. Una manada de cabras montesas se agrupaba encaramada a los peñascos, observando cómo el pequeño coche se iba alejando, para declararse por fin dueñas y señoras del lugar.

—Ya verás lo que tardan en zamparse mis lechugas —se lamentó Melón.

Los primeros kilómetros discurrían entre pendientes suaves y soleadas. La carretera estaba empapada pero bastante transitable, Mar solo tenía que evitar algunas zonas de nieve traslúcida donde el sol no había llegado a derretirla. Iban a coronar una loma, cuando Rodrigo levantó la mano, como pidiendo silencio.

—No oigo correr el agua al otro lado —dijo.

—¿Cómo?

—Está congelada. En esa vaguada no ha dado el sol aún.

Mar frenó un poco. Era cierto que, según la orientación que tomaba, esa parte de la carretera quedaría dando al norte. Pero eso de no escuchar correr el agua...

—Vamos a asomarnos. No nos vamos a quedar aquí.

—Yo no lo haría.

Mar resopló y pisó el acelerador. El coche era suyo, tenía que volver y ya empezaba a estar harta de las fanfarronadas de Rodrigo; no aguantaba a los sabiondos. El Corsa trepó los últimos metros de la cuesta sin dificultad,

coronó la cima y dio vistas al siguiente tramo de carretera. Era cierto que hacía una curva cerrada y se internaba en un valle aún sombrío, pero la temperatura afuera ya era bastante cálida, y el asfalto seguía ofreciendo el aspecto negro y reluciente que indicaba ausencia de hielo.

Continuó adelante con gesto decidido. El camino iniciaba una cuesta abajo, y el Corsa comenzó a descenderla a buen ritmo. A la derecha se elevaba un muro de piedra totalmente cuajado de nieve. A la izquierda, la vista se abría sobre el valle mientras el suelo caía a pico en un barranco del que no se veía el fondo.

Los baches estaban rellenos de nieve, lo que reducía notablemente el traqueteo. Melón, que iba sujetando su equipo con las manos, lo agradecía enormemente. Una curva a la izquierda. Mar redujo la marcha y giró despacio el volante. El coche la trazó limpiamente y continuó el camino, que allí se hacía más revirado.

La siguiente curva era a la derecha, muy cerrada. La carretera se asomaba peligrosamente sobre el barranco, donde no había ni unas míseras piedras como quitamiedos. Mar giró el volante suavemente. Las ruedas giraron, pero el coche no.

—Mierda.

—Estamos patinando —dijo Melón.

Mar pisó el freno, pero era inútil. El coche seguía deslizándose cuesta abajo hacia la curva; hacia el abismo. Su trasera comenzó a adelantarse, giraban sin control.

—Mierda, mierda.

Mar había oído que en aquellas ocasiones era mejor no tocar el freno, sino usar solo la tracción del coche. Aceleró un poco, pero la trayectoria del vehículo no cambiaba: seguía girando a su antojo y cogiendo velocidad mientras se deslizaba por aquel tobogán de hielo hacia el barranco. Melón echó mano de la manija de la puerta y saltó del coche.

—¡Joder!

Mar miró a Rodrigo.

—¿Puedes saltar? —le gritó. El coche cada vez se deslizaba más rápido.

Rodrigo asintió y Mar no lo pensó más: abrió la puerta y saltó. Notó un dolor sordo en el tobillo al tocar el asfalto y cayó al suelo rodando. Se incorporó rápidamente.

Rodrigo no había saltado.

—¡Rodrigo!

Impotente, vio como el coche seguía deslizándose hacia el barranco; había girado tanto que ahora tenía el parabrisas frente a ella y veía a Rodrigo alejarse, sin hacer ademán alguno de moverse. Ella también se quedó paralizada.

El Corsa siguió trazando su armoniosa y cada vez más veloz trayectoria hasta que, cuando solo quedaban unos centímetros para llegar al borde de la carretera, milagrosamente, se detuvo. Había quedado mirando en dirección contraria a la de la marcha, como si, por iniciativa propia, se hubiera negado a seguir avanzando y quisiera dar la vuelta. Mar escuchó el sonido del freno de mano y corrió hacia el coche.

Abrió la puerta del conductor, la del copiloto estaba demasiado pegada al abismo.

—Rodrigo, ¿estás bien? ¡Dijiste que podías saltar!

Rodrigo sonrió.

—No que fuera a hacerlo.

—Joder.

Mar se alejó unos pasos, con los brazos en jarras, mientras su corazón intentaba recuperar el ritmo normal.

—Hijo de puta...

Dio la vuelta al coche para evaluar la situación. La franja de tierra que flanqueaba la carretera y unos pequeños matorrales eran lo que lo había detenido. Aun así, las ruedas del lado derecho habían quedado a dos dedos del borde del barranco. Un poco más y Rodrigo estaría muerto. Por su culpa.

—Hazme sitio, *güey* —escuchó a Melón, que ya abría la puerta trasera y se metía al coche—. Hace frío aquí fuera.

No había otra cosa mejor que hacer. Pensó en señalar su posición, por si a algún otro vehículo se le ocurría la genial idea de iniciar la bajada de la cuesta, pero ¿qué otro vehículo? No había nadie más por allí.

Evaluó la situación. La pendiente continuaba durante más de un kilómetro, si cabe aún más pronunciada, trazando curvas y más curvas junto al barranco.

Con el pulso todavía latiéndole en los oídos, subió al coche.

—Casi nos matamos.

—Sobre todo este —dijo Melón, señalando a Rodrigo con la cabeza—. ¿Seguimos o qué?

—Imposible —se apresuró a responder Mar—. El siguiente tramo está

peor todavía.

—Pues nada, ¿alguien tiene hambre? —preguntó Melón, empezando a hurgar en la bolsa de comida.

—Joder.

—En un rato estará dando el sol aquí, no te preocupes —dijo Rodrigo—. Todavía llegas a currar.

—A tomar por culo el curro.

—¿Un traguito?

Melón interpuso una bota de cuero entre ambos. Olía a algo más fuerte que el vino.

—Dame —dijo Rodrigo—. Nos vendrá bien. Así ahorramos calefacción.

Echó un trago y le alargó la bota a Mar, pero esta negó con la cabeza. Bastante tenía encima, como para ponerse a conducir borracha.

—Y ahora, un choricito de cabra —dijo Melón, dispuesto a cortar el primero de una ristra con su navaja—. El pan está un poco duro, pero...

Mar resopló. Resultaba surrealista, pero era lo mejor que podían hacer. Coger fuerzas. Así que allí, atascados en mitad de las montañas y la nieve, sin cobertura de móvil ni más compañía que la de las cabras montesas, tomaron su segundo desayuno. Quizá fue el susto, o el frío, pero Mar descubrió con sorpresa que estaba hambrienta. Se zamparon con deleite media ristra de chorizos, y Mar incluso probó un trago de aguardiente. Al poco rato, Melón estaba amenizando la velada con sus ronquidos.

—Este tío es increíble —dijo Mar, sacudiendo la cabeza.

—A veces viene bien ser un inconsciente, ¿no?

Mar asintió.

—Qué susto, joder.

Rodrigo fue el que asintió esta vez. Seguía mirándola; con su expresión de jugador de póker y las gafas de sol era imposible adivinar qué pasaba por su mente.

—¿Cómo “ves” las cosas? —preguntó Mar de pronto.

Rodrigo se lo pensó un momento antes de contestar.

—Depende. Algunas las veo muy nítidas, otras, más indefinidas. A veces necesito emitir algún sonido para recibir sus reverberaciones. Supongo que depende del material, si vibra más o menos. Es distinto con los seres vivos; con ellos incluso veo colores.

—¿En serio?

—Sí. Modifican el espacio alrededor, emiten ondas. Es como si irradiaran energía.

—¿Calor?

—Algo más. No sé explicarlo. Depende de sus emociones.

—¿Es eso que llaman el aura?

—Quizá. No soy un experto en esto. Y tampoco tengo a quien preguntar.

Se quedaron en silencio. Mar sentía curiosidad pero, por otro lado, temía la respuesta.

—¿Cómo me ves a mí?

Rodrigo ladeó un poco la cabeza, como evaluándola.

—Rara.

—¿Por?

—Tienes alrededor una capa gris muy nítida.

—¿Gris?

—Sí, como una coraza.

—Ajá.

Mar asintió. Había esperado algo más... bonito.

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó Rodrigo.

Mar se sonrojó.

—¿Y esa pregunta? ¿Te has enamorado tú? ¿Qué me dices de esa tal Laura?

Rodrigo se puso serio, y Mar se arrepintió al instante de su pregunta. Iba a decirle que lo olvidara, cuando Rodrigo comenzó a hablar.

—No lo sé. Pero desde luego, si eso es el amor, valiente mierda.

Mar asintió. Su mirada se perdió a través del parabrisas.

—Yo... tampoco lo sé. Sí que me he obsesionado por algún chico, sí que he sentido un revoltijo en las tripas cuando me llamaba... Pero al final... Estoy de acuerdo, el amor es una valiente mierda.

—¿Me dejas tu mano?

—¿Cómo?

—Solo la mano. Noto mejor las vibraciones.

Mar estiró el brazo despacio, hacia la mano que le tendía Rodrigo. A pesar del frío que reinaba, su piel era muy cálida. Si todo su cuerpo era así, daban ganas de acurrucarse en él.

—Debajo de esa coraza —dijo Rodrigo— veo colores. Varios. Muchos. Naranja, azul, en diferentes tonos, aquí hay verdes... Y algunos que yo nunca

había visto, así que no te puedo decir su nombre. Joder... es una auténtica aurora boreal.

Mar quiso decir algo, pero no supo qué.

—Creo que amar a alguien —continuó Rodrigo— debe ser quitarse la coraza ¿no? Mostrarse entero, entregarse entero.

Como para remarcar la frase, un rayo de sol asomó por encima del monte e iluminó a Mar, reflejándose en su pelo.

—¿Ves? Eres rara —concluyó Rodrigo soltando su mano.

Mar sonrió, pero se quedó pensativa. Aquella conversación le había recordado algo. La coraza. Cuando de niña, enfadada, se encerraba en su cuarto, su padre siempre la dejaba soltar su rabia un rato a solas y después abría la puerta despacio y se acercaba. Esquivaba los primeros zarpazos como podía, y se acercaba más y más hasta... derretir esa coraza. Así lo llamaba él.

Entonces la pequeña Mar lo soltaba todo: la amiga que le había fallado, el chico que se había burlado de ella, la profesora que la había castigado injustamente... Y, solo entonces, cuando ella se quedaba en silencio, vacía, él hablaba. Y, ahora se daba cuenta, el mensaje que su padre le había repetido tantas veces se parecía al de Rodrigo: “tienes mucho en tu interior, no necesitas inventar más, ni pensar que tienes que ser como otros, ni mejorar, tan solo... soltarlo. Dejarlo salir”.

Dejarlo salir.

Ese chico ciego podía ver el interior de su alma.

De pronto se dio cuenta de que llevaban un rato callados y se sintió incómoda. Un fuerte ronquido de Melón le dio la excusa para cambiar de tema.

—¿Cómo se llama en realidad? —dijo señalándole con la cabeza.

Rodrigo movió las cejas hacia él.

—En el insti le llamaban Peta Zeta. Supongo que porque era el camello oficial. En realidad se llama Carmelo. Carmelo Zambrana.

Sin descanso

—Traes mala cara —dijo León mientras echaba monedas a la máquina de café—. Yo creía que después de un fin de semana reparador, con el móvil apagado, volverías como una rosa.

—Bufff... Necesitaba descansar, desde luego, pero nunca es suficiente — Mar aprovechó el movimiento de ir a pulsar el botón para cambiar de tema—
¿Algún avance con el caso?

—¡Pues sí! Justo de esta mañana, calentito, calentito. No has abierto el correo aún, ¿no?

—No me ha dado tiempo.

—Ha habido avances, pero no por mi parte. Sino por el ninja.

—¿Qué...?

—Ha vuelto a la carga.

—¿En serio? Va a ser verdad que necesita dinero suelto. ¿Dónde ha sido esta vez?

—En Salamanca. Un museo privado. Algo parecido a lo de Santiago.
¿Tienes algo que hacer hoy?

Mar miró el reloj. Las 8:38.

—¿Cuánto se tarda?

—Un par de horas.

—Pues cuanto antes salgamos, mejor.

—Así me gusta —dijo León mientras recogía el café y echaba a andar hacia su sitio—. Voy cerrando.

Mar dejó que fuese León quien condujera, ya había tenido bastante los días de atrás, episodio en el hielo incluido. Parecía que había pasado una eternidad, aunque había sido la tarde anterior cuando había dejado a Rodrigo y Melón con todos sus cacharros en un parking de un centro comercial. Se había ofrecido a llevarles hasta su destino, pero Rodrigo rehusó amablemente.

Melón había pasado casi todo el viaje dormido y, en cuanto despertó, Mar le acosó a preguntas sobre sus artículos, su blog, sus grupos de Facebook... Pero él lo negó todo. Según él, se equivocaba de tipo. No era ese Zambrana. Y no consiguió sacarle de ahí.

—Estás muy callada.

—¡Ah! Sí, perdona. Estoy atontada, una se acostumbra rápido a no madrugar...

—¿Puedes leer el informe otra vez?

—Sí, claro —respondió Mar hurgando en la carpeta y extrayendo un par de folios grapados—. El robo ha sido cometido en un museo de la Diputación situado en el palacio de la Salina. Se trata de un cuadro de Andrea Mantegna, realizado en 1465 y que representa un Cristo yacente. Se considera la preparación para su obra maestra, su *Lamentación sobre Cristo Muerto*, y está valorado en doce millones de euros.

—No está mal.

—El ladrón actuó de noche, inutilizando las cámaras y sistemas de alarma mediante inhibición —León asintió, “como siempre”—. Entró desde el tejado de la casa vecina y a través de una claraboya. En total el robo duró ocho minutos.

—Sabía dónde iba.

—Sí. Y lo que quería.

León se quedó callado un momento, cavilando.

—Tres robos en dos meses... O los tenía preparados desde hacía tiempo, o cuenta con un equipo de observación desplegado por toda Europa. Si no, es imposible.

Dejaron que el GPS les guiara hasta un aparcamiento próximo al centro y caminaron por la ciudad, animada ya a aquellas horas, siguiendo las indicaciones de Google. Atravesaron la Plaza de Colón, dejando a un lado los juzgados, y pronto vieron una gran fila de curiosos frente a un edificio antiguo. Cuatro altos arcos enrejados cerraban la entrada, mostrando a las claras que desde su origen había sido concebido de cara al público. De hecho, debía su nombre a que era el antiguo estanco de la sal de Salamanca.

—Ahí es.

Mar y León se dirigieron con decisión al principio de la fila, donde dos policías locales montaban guardia. Un leve murmullo se alzó entre la multitud al verles mostrar sus placas y adentrarse en el edificio. Ascendieron unas escaleras y aparecieron en un bello patio decorado al estilo plateresco. Como muchos de los edificios públicos de la ciudad, había sido antiguamente un palacio.

Un cartel indicaba la ubicación de la exposición “Arte cristiano de los

siglos XV y XVI”. La fotografía central mostraba la imagen de un cristo yacente en violento escorzo. Mar y León se miraron: era el cuadro robado.

No necesitaron que nadie les guiara. Nada más atravesar la puerta acristalada que daba paso a la exposición, un enjambre de fotógrafos de la policía científica y del seguro y un demasiado bien iluminado hueco en la pared les indicaron sin dudas el lugar de los hechos.

—Inspectores Mar Espinosa y León Leiva —se presentaron.

—Bienvenidos —se apresuró a recibirles un hombre trajeado y con aire de funcionario—, soy Germán Trillos, director de la exposición. Ha sido una catástrofe. El cuadro era nuestra joya. Sus dueños mostraron una gran confianza en nosotros al cedérselo. Y mire... Pero vengan, vengan, les presentaré.

Con un ademán les indicó que se acercaran a una pareja que se encontraba inmersa en una animada conversación. Uno de ellos hacía gestos airados con las manos, resoplaba y negaba con la cabeza. La otra asentía mientras observaba atentamente las maniobras de medición y toma de huellas de la policía científica.

—La señora Ana Isabel Guzmán, perita de la compañía aseguradora, y don Diego Sánchez—Prieto, socio de la fundación *Ars Mediaevalis*, la dueña del cuadro.

—¡Una desgracia! Nuestra obra más emblemática —exclamó este último mientras les estrechaba las manos.

—Y la más cara —murmuró la perita.

—Estaba protegida con los más avanzados medios de seguridad —explicó el director de la exposición.

—Salvo por la claraboya —volvió a murmurar la perita.

—¡También estaba conectada a la alarma! Usaron algún medio para anularla.

León se interpuso entre ambos, haciendo un gesto apaciguador con las manos.

—Si se trata del criminal que creemos, dispone de los medios de inhibición más avanzados del mercado. Es un auténtico profesional. Pero ¿nos pueden mostrar el recorrido que realizó?

El director se apresuró a mostrarles el camino. Salieron de la sala hasta el patio exterior, abrieron una puerta contigua y ascendieron dos pisos de escaleras. Allí había un rellano que recibía luz natural a través de una

claraboya, de la que faltaba uno de los cristales. Este había sido cortado limpiamente.

—Dicen que lo cortó con un láser. Luego se descolgó hasta aquí y siguió el mismo camino que acabamos de recorrer nosotros, hacia la sala. Tuvo que abrir dos puertas cerradas con llave y conectadas a la alarma. Cogió el cuadro, volvió a subir aquí, trepó hasta la claraboya y se largó. Las cámaras solo estuvieron desconectadas tres minutos, sabía dónde estaban localizadas y las cortó el tiempo justo. Además, proyectó en ellas una imagen fija, imposible de detectar por los guardias de seguridad.

—¿Cuántos había?

—Dos. Uno en las pantallas y otro haciendo rondas. Ninguno de ellos se dio cuenta de nada, hasta que abrimos la exposición al día siguiente. Si viera sus caras...

—Queremos verlas, de hecho.

—¡Por supuesto! Cuanto antes se esclarezca todo este embrollo, mejor.

Pero ni la entrevista con los guardias de seguridad, ni con los miembros de la científica, ni con la investigadora de la compañía aseguradora esclarecieron nada, al menos a primera vista. Un robo limpio y eficaz. El ninja se había salido con la suya. Solo quedaba esperar agazapados a su siguiente movimiento, ya fuera como ladrón o como comerciante.

—Pronto daremos con él —se despidieron, intentando dar ánimos al pobre director, al que parecía habersele caído el mundo encima.

Caminaron hacia el aparcamiento manteniendo su pose seria y eficiente, pero en cuanto hubieron cerrado las puertas del coche, ambos resoplaron.

—Lo tenemos jodido —dijo León.

Mar asintió.

—Es un máquina —dijo, y al pronunciarlo le vino una idea a la cabeza— ¿Sabes qué? Me parece demasiado máquina. Todo es demasiado perfecto.

—Puede —dijo León encogiéndose de hombros.

“Confía en tu intuición, lo aprendido es de otros, la intuición es solo tuya”, llegaron con claridad a la cabeza de Mar las palabras de su padre.

—Bueno, un par de horitas y en casa —dijo León arrancando el coche—. ¿Tienes plan?

—Sí, el mejor. Tumbarme en el sofá viendo la tele hasta quedarme dormida.

—Suena bien, desde luego. Creo que te copiaré.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos.

—¿No quedas con tu novia? —se decidió al fin a preguntar Mar.

León resopló por la nariz.

—No tengo.

—Ah, me habían dicho...

—Ya, ha sido reciente.

—Vaya, lo siento.

El siguiente silencio fue más espeso todavía.

—Se lio con un socio del bufete. Nunca le molaron las películas de polis.

Mar no pudo evitar una punzada de dolor al recordar su caso. Parecía que todo el mundo encontraba un partido mejor.

—Si quieres...

—Ajá.

—Si quieres, podemos ver una de polis. En el cine, en lugar de en el sofá.

León no apartó los ojos de la carretera. Ni contestó. Solo sonrió.

Abejorros

Al día siguiente, Mar entró temprano a la oficina. Quería navegar un rato por internet antes de que llegara Anglona.

—Me gustaría echarle un ojo a lo que escribió Zambrana durante esos años —le dijo a León, que estaba allí antes que ella—, solo tengo algún artículo que alguien imprimió. Pero su blog está cerrado, eliminado de la red.

—Ajá —respondió León, mientras sus ojos comenzaban a esbozar una sonrisa traviesa—. Eso no es un obstáculo para un poli avezado. ¿O es que no te acuerdas del detective Mahoney?

Se hizo hueco frente al ordenador y tecleó “wayback machine” en Google. Al instante se abrió una página con un nuevo buscador.

—Es una página que se dedica a sacar fotografías de otras páginas, para casos como este. ¿Cómo se llamaba el blog?

—Quinto Milenio.

—Muy original —comentó León mientras lo tecleaba.

Apareció un gráfico de columnas por años. Terminaban bruscamente en 2020, un año antes.

—Solo tienes que pinchar la fecha que te interese —continuó— y te aparecerá una captura de la página que había en ese momento.

—Guau. Muchas gracias.

León se le quedó mirando a los ojos.

—¿Alguna novedad en el caso?

Mar rehuyó rápidamente su mirada.

—No, ninguna. Solo quiero ver qué contaba el tipo, y por qué cabreaba tanto a Anglona.

—Ya —dijo León, esbozando una sonrisa burlona.

Se levantó y, cogiendo su chaqueta, se encaminó a la salida.

—Buena lectura, pues. Vuelvo en un par de horas.

—¿Dónde vas?

—A hacer avanzar nuestro caso. He quedado con mi asesor de seguros.

—Espera, voy contigo.

—Ni de coña. Ese tío es más guapo que yo, no quiero que tengas su

contacto.

Ambos se quedaron mirándose mientras León se alejaba, hasta que al fin se dio la vuelta y salió de la oficina. Mar sabía que no le había engañado, pero aún no era el momento de contarle lo de Rodrigo y Melón.

—Demasiado fuerte —murmuró, y se dispuso a enfrascarse en la búsqueda.

EMOVAMPS

Los emovamps son como nosotros. O casi. Una de las teorías más extendidas es que son humanos que en algún momento mutaron genéticamente. Otras hablan directamente de alienígenas...

Lo que principalmente les distingue de los humanos corrientes es que su cerebro funciona a una frecuencia mucho más alta. Como si estuvieran revolucionados. Si las ondas cerebrales humanas emiten como mucho a 30 hercios cuando estamos despiertos, las de los emovamps van a 150. Por eso nunca los veréis haciéndose un electroencefalograma. Lo reventarían.

¿Cuáles son los efectos de esto? Primero, su capacidad de razonamiento complejo, matemático y creativo se multiplica por diez. Vamos, que son mucho más inteligentes que nosotros, nos dan mil vueltas. Para que os hagáis una idea, se dice que Leonardo da Vinci pudo ser uno de ellos. Y de los torpes.

Segundo, son incapaces de sentir emociones. Las emociones funcionan a una frecuencia más baja que sus cerebros, así que no pueden acceder a ellas. Tampoco terminan de entenderlas; aunque algunos se dediquen al arte (y son muy buenos), muchas veces no son capaces de provocar emociones en las personas más allá de la admiración por su técnica o su originalidad. Son prácticos, van directos al grano y tienen pocos escrúpulos. Resumiendo: suele ser gente exitosa.

Tercero, no duermen. El estado de sueño consiste en una disminución de la frecuencia de las ondas cerebrales (en los humanos normales, bajan hasta 2—3 hercios). Ellos no pueden reducirla, así que tampoco pueden dormir. Se cree que esto provoca un gran desgaste en su circuito neuronal. Por eso, aunque no pueden sentir emociones, sin embargo las necesitan. Necesitan las de los demás, la energía que generan. Es lo único que frena sus ondas cerebrales. Lo único que les permite descansar. Su fuente de la vida. Se dice

incluso que, si la emoción es suficientemente fuerte, puede revertir su proceso de envejecimiento.

Por eso se les llama emovamps: vampiros de emociones.

Encontrarás a los más tranquilos en una peli de llorera o en un concierto rock, zampándose la tristeza o la euforia de la peña a su alrededor. Pero los hay más radicales, o más ambiciosos. Desean vivir por siempre, y no se conforman con esas emocioncitas pasajeras. Quieren gente gritando de dolor, madres desgarrándose por dentro por sus hijos muertos, miedo y odio en estado puro. ¿Quién creéis que está detrás de cada guerra o de cada grupo terrorista o radical? En Siria, en el Estado Islámico, en el movimiento neonazi...

No pasan de unos cientos en todo el mundo, pero forman un club selecto. Y los humanos normales somos tan fáciles... Nos manejan como borreguitos detrás de una flauta mágica. La antigua Yugoslavia era un país desarrollado y pacífico, solo hubo que alimentar un poco algunos sentimientos nacionalistas y ¡bum! Y ¿hace falta que os hable de las Torres Gemelas? Miles o millones de muertes... poco les importa.

Viven entre nosotros. Se alimentan de nosotros. Nos matan. Si descubris alguno, disparad y después preguntad. Ellos harían lo mismo.

Mar se quedó un rato observando la fotografía que acompañaba al artículo. En ella, un chico de mirada inteligente, gordito y sonriente miraba a la cámara, desafiante, despreocupado, con una pistola de ventosas en la mano. Había que fijarse mucho para reconocer en él a Melón, el barbudo, descuidado y temeroso hombre en que se había convertido.

—*Emovamps...* —repitió Mar sacudiendo la cabeza. ¿En serio estaba leyendo aquello?

Miró la fecha del artículo: junio 2012. Melón debía tener 17 años. Así que el articulista que tanto irritaba a Anglona solo era un adolescente deslenguado. Quizá las 364.122 visitas que marcaba el contador de la página tuvieran algo que ver.

Siguió explorando su blog hasta que encontró lo que buscaba.

EL ASESINO VUDÚ

¡El asesino vudú ha atacado de nuevo! Esta vez ha sido Santiago

Venerillo, un conocido maestro de yoga, viajero infatigable por Oriente y pionero en España, con un montón de libros publicados sobre la filosofía yóguica y el control mental.

Apareció muerto en su casa de Madrid, días después de que un misterioso asaltante entrara en ella y no se llevara nada, según ha declarado la policía. De nuevo el modus operandi del asesino vudú.

Mis fuentes me han informado de que se está investigando el libro que apareció entre las manos del cadáver, por si se encontraba impregnado en algún veneno poco detectable, en plan El nombre de la rosa. Sin duda una forma original y muy literaria de matar, pero dudo mucho de que esta investigación dé resultado.

La policía nunca lo capturará. Está buscando un psicópata, un humano; pero se equivocan, el asesino vudú no es un humano normal. Es un emovamp. Va cien pasos por delante de nosotros. Y cada vez está más lejos, más fuera de nuestro alcance.

Sé que mata para beber sufrimiento, tortura a sus víctimas para exprimirles hasta la última gota de dolor. Por eso le he buscado en todos los entierros de sus víctimas, aunque de momento sin éxito.

Entonces ¿por qué mata a distancia, me preguntaréis? ¿Y por qué a un maestro de yoga? Porque era una amenaza. Se estaba haciendo famoso, su escuela tenía cada día más y más adeptos, de hecho acababa de salir en un programa de televisión. ¿Y qué enseñaba? He leído varios de los libros de Santiago Venerillo, y en ellos describe paso a paso cómo controlar nuestras ondas cerebrales. Cómo reducirlas hasta alcanzar estados de iluminación, por encima de estados anímicos y emociones animales.

¿Entendéis? ¡Santiago Venerillo se estaba cargando la fuente de alimento de los emovamps! Quizá el asesino vudú solo sea un sicario a las órdenes de un ente superior. Alguien que vela por la supervivencia de su especie. Igual que yo velo por la nuestra.

Queridos amigos, no os voy a negar que me siento orgulloso cuando cuento vuestros likes y leo vuestros comentarios. Pero, al mismo tiempo, tengo cada vez más miedo. Miedo de hacerme demasiado famoso y que el asesino vudú se fije en mí. Solo espero que, entre todos, logremos atraparlo antes de que eso suceda...

—Joder —murmuró Mar mientras cerraba el navegador—... está como

una cabra.

Y ella también por perder el tiempo así. Pero en aquel artículo se adivinaba algo que Mar había podido comprobar en directo: el miedo de Melón era muy real.

Ensayo general

Aunque el lujo no era algo que hiciera mella en él, aquello era excesivo. ¿Cómo podía existir un palacio de aquellas dimensiones en pleno centro de Barcelona? Debía ocupar una manzana entera. Desde fuera estaba camuflado como bloques normales de viviendas, pero en realidad, de ellos solo se conservaba la fachada. Todo el interior se había derribado y vuelto a construir, como un palacio árabe en torno a un patio con fuentes y rodeado de columnas. Y, en el centro, una gran escultura que recordaba a las de Vigeland, con multitud de cuerpos humanos amontonados, solo que los rostros de estos hombres, mujeres y niños estaban desfigurados, deformados por el horror.

—Le está esperando —le anunció su asistente, una mujer tan grande que tuvo que levantar la cabeza para mirarla a los ojos.

El hombre, a pesar de su cargo, se sintió insignificante mientras la seguía a través del inacabable pasillo, y aún más cuando se abrieron las puertas del Gran Salón de Audiencias y su vista se perdió en las alturas.

—Gran Maestro —pronunció cuando localizó a su interlocutor. Su figura sentada se confundía entre las pinturas y la filigrana de oro de un gigantesco retablo que cubría toda la pared del fondo de la sala. El recién llegado se apresuró a dirigirse hacia él.

Cuando se encontraba a unos pasos de distancia, el otro extendió su mano. Su cuerpo era anciano, sin duda, doblado por la artrosis y de piel arrugada y colgante como la de un pavo, pero, como en su propio caso, sus movimientos eran rápidos, y sus ojos brillaban de inteligencia.

—Hermano —respondió, al tiempo que nuestro hombre besaba su anillo.

—Venerable Maestro, me honra vuestra llamada.

—Ten por cuenta que no lo habría hecho si no te necesitara.

El hombre, que aún mantenía el cuello doblado en señal de reverencia, dudó un instante antes de preguntar, dando tiempo al anciano para aclararse. Pero este no lo hizo.

—¿Queréis, quizá, una nueva ceremonia?

—Eso también. Ya hace tiempo que no disfruto de una de tus interpretaciones. Pero esta vez quiero algo más.

El Gran Maestro volvió a quedarse en silencio, sumiendo a su interlocutor en la intranquilidad.

—¿Algo más...?

—Quiero... lo que todos queremos: la inmortalidad.

El hombre alzó la vista.

—¿Os referís a...?

El viejo asintió, torciendo la boca en un gesto parecido a una sonrisa.

—¿Cuántos años tenéis ya? —se atrevió a preguntar el más joven.

—Ciento doce.

—Entonces su Excelencia ha participado...

—En casi todas las del siglo XX. Me perdí la del 14. Mi padre no. Tenemos suerte, Europa es un lugar perfecto, con tantas fronteras, idiomas, religiones, razas... Un auténtico polvorín, que solo necesita una pequeña chispa de vez en cuando. Y ahí entras tú.

El hombre asintió. Hacía tiempo que había comprendido el mecanismo, aunque ignoraba los detalles más refinados, aquellos que solo se transmitían de Gran Maestro a Gran Maestro.

—Estoy empeorando —continuó el anciano—. Necesito una nueva dosis. Y ya estoy viejo para viajar, esta vez pediré menú a domicilio.

—¿Una guerra? ¿Aquí?

—¿Por qué no? El terreno ya está abonado, llevamos décadas trabajando en ello. Te aseguro que en Yugoslavia estábamos mucho más verdes. Y nuestros amigos extranjeros se están impacientando.

—Entiendo.

—Estamos a punto, pero necesitamos un último empujón para inflamar a las masas. Cada vez es más difícil; no confían tanto en nosotros como en el pasado.

El anciano extendió el brazo hasta donde pudo; su mano convertida en una garra de buitre se posó sobre el hombro de su interlocutor.

—Con tu habilidad, tú puedes hacerlo. Había pensado en un atentado típico, ya sabes, un par de bombas en una concentración, unos que culpan a otros... Pero se disfruta más con muertes más lentas. Y quiero ver de lo que eres capaz; será tu prueba.

—¿Mi prueba?

—Necesitamos un nuevo Maestro en la región. Mi mano derecha. No veo otro candidato mejor que tú.

El hombre volvió a doblar el cuello, esta vez en señal de agradecimiento.

—Intentaré no defraudaros, venerable maestro. Pero necesitaré medios...

—Eso nunca ha sido un problema ¿verdad? Ya estoy trabajando en ello.

El hombre asintió. La misión era importante. La más importante que le habían encomendado. Nunca había fallado, y no iba a ser esa la primera vez.

—Veo que estamos de acuerdo —concluyó el anciano—. Ahora ¿podrías deleitarme con un pequeño concierto?

El músico dirigió la mirada hacia un extremo de la sala, donde un imponente órgano de tubos completaba la barroca decoración. No era la primera vez que tocaba allí.

El anciano hizo una señal en el aire y al instante se abrió una puerta lateral. Por ella entró su asistente empujando una silla de ruedas, en la que iba sentada una joven desnuda. La chica se debatía desesperadamente por soltarse de las correas que ataban sus muñecas, cintura y tobillos. Con la boca llena casi del todo por una pelota de goma, solo emitía gemidos guturales. Su mirada, inundada de lágrimas, era de puro espanto.

El músico, impertérrito, caminó hacia el órgano. Con reverencia, se sentó ante él, estiró los dedos y los situó en posición.

—Quítale la mordaza —dijo el anciano—. Quiero oír sus gritos.

Cobaya

El doctor Fuentes Ledesma no se mantenía en forma por casualidad. Diez kilómetros diarios de carrera y una tabla intensiva de *stretching* tenían la culpa. Siempre el mismo recorrido, campo a través, bordeando los campos de golf hasta toparse con el club de tiro y, más adelante, con la carretera de El Pardo. Allí encontraba la soledad y el espacio que necesitaba.

Se concentraba en su respiración, acompasándola a sus zancadas, hasta llegar a una especie de trance que le permitía recorrer la distancia que quisiera sin apenas darse cuenta.

“Uno, dos, tres, cuatro... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Uno, dos, tres, cuatro...”. Conocía el camino al dedillo, cada raíz y cada hoyo, por lo que no necesitaba apenas luz, le bastaba con aquella tenue claridad previa al amanecer.

Por eso se sorprendió mucho cuando algo afilado, un cable muy fino y resistente, le sujetó por el tobillo y le hizo tropezar. Y más aún cuando sintió la presencia de alguien y un pinchazo en el cuello.

Eso fue justo antes de la oscuridad...

—Hola, doctor. ¿Ya despierta?

El psiquiatra abrió un poco los ojos y los volvió a cerrar. Pero a los pocos segundos los abrió del todo, en pánico, e intentó sacudirse de sus ataduras. Dos hombres con el rostro oculto por un pasamontañas le observaban impassibles.

—Te vas a hacer daño. Vuestra piel es como la nuestra, y las bridas cortan un poco —dijo uno de ellos, el más corpulento.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué es esto? —preguntó el psiquiatra, señalando con una mirada inquieta a la maraña de cables que surgían de su cabeza y terminaban en una mesa atiborrada de herramientas, equipos electrónicos y pantallas. En una de ellas se veían gráficos que subían y bajaban formando grandes picos.

—Es impresionante —dijo de nuevo el más robusto—: 130 hercios

noqueado, ahora ha subido a 170. Un humano no pasa de 40, como no sea en momentos de extrema lucidez, como la mía.

—¿No lo reconoce, doctor? —intervino el otro— A mí me hizo cientos de estos. ¿Cómo se siente siendo el cobaya?

La mirada de miedo del doctor Fuentes Ledesma se convirtió en terror al reconocer la voz.

—Rodrigo...

—Premio —dijo este quitándose el pasamontañas.

—Escucha... Yo no...

—¿Qué quieres decirme? ¿Que no fue culpa tuya? ¿Que solo cumplías órdenes?

—P... Por supuesto que cumplía órdenes.

—Pudiste negarte. Estuviste a punto de matarme, hijo de puta. ¿Y a cuántos más les hiciste lo mismo?

Rodrigo se acercó a la mesa, revolvió entre las herramientas y finalmente cogió algo. Un sonido de carraca indicó al psiquiatra que lo estaba desplegando. El hombre palideció cuando distinguió en la mano de Rodrigo un *cutter* de hoja ancha y seis dedos de largo.

—Vais a pagar tanto sufrimiento —dijo Rodrigo.

—No... No tengo la culpa.

—Ya... No tenéis la culpa, es cierto —siguió hablando Rodrigo, mientras se acercaba a él—. Está en vuestra naturaleza. Pero eso no quiere decir que tengamos que dejarnos aniquilar.

Acercó la hoja a su rostro. Estaba roñosa, pero el filo relucía deslumbrantemente afilado. La fue desplazando despacio, hasta llegar a su vientre. El doctor intentó encogerse en la silla, inútilmente. Entonces Rodrigo descendió aún más, hasta su pantalón...

Miró a la pantalla. El gráfico no se había alterado lo más mínimo.

—No sentís nada. Ni siquiera miedo. Es todo teatro...

—Flipante —susurró Melón.

—Por eso no entendéis nuestro sufrimiento —dijo Rodrigo, apartándose de él y volviendo a dejar el *cutter* sobre la mesa.

Dirigió un gesto afirmativo a Melón y este manipuló un momento el ordenador y le entregó algo, un objeto pequeño.

—Mejor para vosotros —continuó hablando—. Pero estáis jodidos, tengo vuestro patrón de onda —dijo levantando un pendrive en la mano—, y ya sé

cómo neutralizarlo. A partir de ahora, dejáis de ser los cazadores. Vais a ser las presas.

El doctor Fuentes Ledesma, momentáneamente a salvo, se permitió una mirada de desprecio.

—Estáis locos.

—Sin duda —rieron Melón y Rodrigo, mientras salían de la habitación.

—¿Qué hacemos con él? —susurró Melón en el pasillo— Te ha visto.

Rodrigo resopló.

—Ya estaba en busca y captura. Lo volvemos a dormir y lo soltamos en el mismo sitio.

—Vale, pero hay que esperar a la noche.

—De acuerdo.

—Necesitaremos comida.

—Joder, siempre pensando en lo mismo.

—Voy aquí al lado, hay una pizzería.

Rodrigo asintió. Tenían que aguantar el día.

—No tardes.

Melón se hurgó en los bolsillos. Una sonrisa iluminó su rostro cuando encontró lo que buscaba, un billete de veinte arrugado.

Salió de la casa y cerró la puerta. Rodrigo se quedó escuchando cómo pulsaba el botón del ascensor, la maquinaria funcionando y la tensión del cable de acero. Las puertas abriéndose y cerrándose de nuevo.

—No tardes —susurró.

En cuanto entró a la habitación donde tenían al doctor notó que algo iba mal: el equipo había dejado de emitir. Hizo un rápido recorrido por la estancia: las herramientas no estaban en el mismo orden en que las habían dejado y la silla... estaba vacía. ¿Por qué no había oído nada?

Un tenue silbido le advirtió de un movimiento a su derecha, y la vibración al bloquearlo, de que había sido producido por una hoja metálica. Al momento le llegó la imagen del *cutter* que había dejado sobre la mesa.

El psiquiatra ya no era la víctima.

Rodrigo retrocedió, intentando volver al pasillo, pero el doctor no se lo iba a permitir tan fácilmente. Ahora tenía él la ventaja y pensaba aprovecharla.

—Sois un peligro. Esto es defensa propia... —decía mientras bloqueaba la salida, moviendo la hoja en círculos, buscando el hueco para lanzar el tajo más letal.

Rodrigo aguzaba el oído, los ligeros chasquidos de la carcasa de mala calidad del *cutter* le indicaban su posición, y los latidos del corazón del psiquiatra, su siguiente acción.

“Se acelera... ¡Ataque!”.

Alzó la mano justo a tiempo para bloquear el tajo dirigido a su cuello. Un dolor lacerante le indicó que lo había recibido su antebrazo. Calor en la manga. Sangre.

“Busca zonas blandas. No se fía de la firmeza de la hoja, no se va a arriesgar a que choque con una costilla y se parta”.

El psiquiatra lanzó otro tajo. Y otro. Solo eran tentativos, estaba midiendo las reacciones de Rodrigo. Comprobó con asombro que eran mucho más rápidas de las que habría tenido una persona con una vista normal.

—¿Cómo lo haces?

Rodrigo no contestó. Necesitaba escucharlo todo: el roce de la ropa del psiquiatra, sus movimientos oculares y, sobre todo, el crujir del *cutter* en su mano.

—Ajá —dijo el doctor, y el sonido de su aliento cambió. Estaba ensanchando los labios. Sonreía—. Me estás escuchando. Bien. Veamos cómo lo haces si el sonido de mi voz tapa todos los demás. Esto no tenía por qué haber terminado así...

“Maldita sea, concéntrate, concéntrate, olvida su voz...”. Ahora sabía muy bien la posición del psiquiatra, pero no conseguía escuchar el *cutter*.

—Si te hubieras quedado en el sanatorio, todo habría sido más fácil...

Una ligera pausa y tensión en sus labios. “Ataque”. Rodrigo echó la cabeza atrás justo a tiempo.

—¡Ah! —exclamó al sentir el dolor en su mejilla. Y al momento, casi en el mismo movimiento, otro corte, esta vez en su vientre. Y otro. Y otro. Le iba a destripar como a un cerdo allí mismo.

Rodrigo retrocedió. No había escapatoria. Era cuestión de tiempo.

—Te tengo. No vas a escapar —¡zas!—. Y, cuando llegue tu amigo, le estaré esperando —¡zas!—. Ni se va a enterar de lo que le ha sucedido. Antes de que se dé cuenta, tendrá la garganta abierta.

¡Zas! ¡Zas!

El dolor le llegó desde distintos puntos de su cuerpo —los brazos, el costado, el muslo— mientras retrocedía y el psiquiatra seguía hablando y lanzando tajos.

De pronto su espalda tropezó con la mesa.

—Se acabó. Prepárate para saludar a tus padres.

El psiquiatra amagó un ataque al vientre pero, en mitad del movimiento, giró hacia la garganta de Rodrigo. Este no había tenido tiempo de bloquearlo. Una sonrisa triunfal afloró en los labios del doctor Fuentes Ledesma.

La sonrisa todavía le duró unos segundos, mientras comprendía qué había sucedido. El tiempo que tardó en identificar el mango naranja que asomaba por su cuello. Un destornillador.

El doctor dio un paso atrás, dubitativo. Intentó hablar, pero solo emitió un silbido. El aire se escapaba por algún punto de su tráquea. La boca le sabía a sangre. Mirando a Rodrigo, con una expresión todavía entre el odio y la incomprensión, agarró el mango y se lo arrancó. La sangre brotó a presión, hasta convertirse en un chorro grueso que se fue deslizándose por debajo del cuello de su camiseta de deporte.

Se llevó la mano a la herida, tratando en vano de tapar la arteria rota. Tastabilló y cayó de rodillas al suelo. Su corazón se aceleró al principio, intentando suplir la falta de riego, pero, al poco, se fue ralentizando hasta detenerse del todo.

Rodrigo se apoyó en la mesa. Sentía la ropa pegajosa adhiriéndose a su cuerpo, allí donde el dolor se hacía más agudo. Oía espesas gotas caer sobre el tablero. Se iba a desangrar.

Sintió un ligero mareo y se derrumbó; lo último que escuchó antes de perder la conciencia fue la puerta de la calle y una voz alegre que decía con acento italiano:

—¡Napolitana y barbacoa! ¿Algún *piccolo bambino* tiene hambre?

Busca y captura

—Tu músico es un asesino —le espetó León en cuanto Mar llegó a la comisaría.

—¿Cómo dices?

León le alargó una hoja impresa, un correo electrónico que, en negrita, anunciaba en el “De:” un nombre que enseguida le hizo poner en él los cinco sentidos: “Anglona, Fernando”.

Prioridad uno para todas las unidades: busca y captura de Rodrigo Iniesta. Sospechoso del asesinato de Sergio Fuentes Ledesma. La víctima era psiquiatra y trató personalmente al sospechoso durante su internamiento en el centro García Campayo, donde ya había intentado matarle. Es peligroso y puede ir acompañado de un cómplice...

—Joder.

—Tenemos reunión en cinco minutos.

Cuando llegaron Mar y León, la sala ya estaba casi llena. Mientras buscaban sitio, la mirada de Mar y la de Anglona se cruzaron, aunque ella la apartó rápidamente. ¿Sabía algo?

—Esta madrugada se ha encontrado el cadáver del doctor Sergio Fuentes Ledesma, en un piso de las afueras. Fuimos alertados por un vecino, por el fuerte olor que salía de la casa. El psiquiatra llevaba muerto entre seis y ocho días, según el forense.

Mar echó cuentas: “Cinco días después de dejarles en Madrid”.

—El homicida le clavó un destornillador en el cuello. El arma tenía las huellas de Rodrigo Iniesta. Y no estaba solo, tenía un cómplice. Alguien cuyas huellas aún no hemos identificado.

“Melón”.

—El sospechoso ya había intentado matarle una vez en el sanatorio psiquiátrico en el que estaba internado. El cadáver tenía señales en muñecas y tobillos, le tuvieron atado con bridas. Parece que le estuvieron sometiendo a algún tipo de tortura. Había restos de equipos electrónicos, aparecieron varias ventosas cableadas con cabellos del psiquiatra, como si le hubieran tenido conectado a una máquina.

Mar vio la imagen nítida de los cacharros que Melón llevaba en equilibrio en el asiento trasero de su Corsa.

—En algún momento consiguió liberarse y defenderse, porque se han detectado restos de sangre de dos tipos. Una de ellas pertenece a Rodrigo Iniesta.

“¡Rodrigo está herido!”. Mar se sorprendió a sí misma con este pensamiento. ¿Por qué se preocupaba por él? Rodrigo era un asesino, se había cargado al psiquiatra que, solo según él, le había querido matar en el sanatorio. Se había vengado. Y lo que más le mortificaba era que la había utilizado para ello. Ella era culpable de esa muerte.

—Tengan mucho cuidado si se topan con él. Aunque supuestamente es ciego, es muy rápido; atacó a la inspectora Espinosa y no le dio tiempo ni a sacar el arma.

Todas las miradas de la sala se dirigieron a ella, algunas socarronas.

—Yo la llevaré fuera, por si acaso —dijo Menéndez.

Mar ni siquiera se sonrojó, aunque no le gustaba ser el centro de atención. Esta vez tenía cosas más importantes en las que pensar: ¿qué debía hacer? ¿contarles que ella había ayudado a Rodrigo a escapar del psiquiátrico? ¿que había traído a él y a su cómplice a Madrid desde un paraje perdido de la sierra?

¿Serviría de algo? Se iba a inculpar y no iba a conseguir nada, no sabía dónde estaban, no tenía forma de contactar con ellos...

No. Debía confesarlo todo, aunque la expulsaran del cuerpo. Le retirarían la placa y la pistola, incluso la ingresarían en prisión. No podría ayudar a atraparlos. Pero, si se descubría más tarde, sería peor.

Dios. Su padre había recibido la orden del mérito policial, y ella iba a ser expulsada y condenada sin cumplir un año en el cuerpo.

¿Qué hacer? Su cabeza se estaba convirtiendo en un torbellino.

—¿Estás bien? —le preguntó León.

—¿Eh? Sí, sí.

Anglona había terminado de hablar, y todo el mundo se había levantado. Todos, menos ella.

En ese momento vibró su móvil. La estaban llamando. Era un número extraño, muy largo, ¿un teléfono público?

Hizo una seña a Leiva y se apartó un poco antes de contestar.

—¿Diga? Mar Espinosa al habla.

—Soy Rodrigo, tengo que mostrarte algo...

La conversación fue muy breve, lo justo para recibir instrucciones para llegar a un punto de encuentro, pero, mientras hablaba con él, las ideas se fueron clarificando como por encanto en la mente de Mar, hasta llegar a la solución. La única de la que su padre habría estado orgulloso.

Lo confesaría todo y pagaría las consecuencias, pero antes... le iba a atrapar.

Emboscada

El ruido del tráfico de la M30 recordaba que aquel rincón idílico era poco más que un parque grande embutido en la gran ciudad. Mar avanzaba por un camino de tierra trazado a duras penas sobre la hierba a base de pisotones de corredores y ruedas de bicicleta. Era un lugar relativamente frecuentado por los deportistas urbanos, aunque a aquellas horas no se veía a ninguno, y estaba demasiado alejado del transporte público para recibir la invasión de jubilados que sí llegaban a otras zonas de la Casa de Campo.

Había dejado el coche en una rotonda y caminado según las instrucciones de Rodrigo, hasta que vislumbró el lugar: una pirámide de cuerdas, un columpio infantil de casi diez metros de altura. Un juego peligroso. Muy propio de Rodrigo.

Mar se detuvo y, ocultándose en parte tras un árbol, sacó el móvil. Abrió WhatsApp y buscó un nombre: León Leiva. Desplegó el menú, respiró hondo y pulsó la opción “Añadir ubicación”. Se quedó un momento observando la pantalla hasta que apareció el tic gris en su mensaje. Apagó el móvil del todo y lo guardó en el bolsillo. Aprovechó el mismo movimiento para soltar el seguro de la funda de la pistola. Esta vez no la sorprenderían.

Volvió al camino y siguió andando. Ya estaba apenas a veinte metros de distancia, y el lugar parecía desierto. ¿Había llegado la primera o la estaban esperando escondidos tras los árboles? En aquel momento —“¿por qué, maldita sea?”— le asaltaron ideas que no había tenido hasta entonces: ella era la única que conocía el escondite de Rodrigo y Melón; era muy conveniente para ellos la opción de eliminarla.

Sacó la pistola.

Observó cada árbol. El contraste con la luz cegadora del sol del mediodía creaba claroscuros marcados y sombras muy profundas, que parecían moverse con ella. De pronto, una de ellas pareció cobrar vida y Rodrigo apareció ante ella, mostrando las palmas abiertas. Una de ellas tenía una venda manchada de marrón oscuro. Así que era cierto.

—No dispaes, no voy armado. Veo que ya te has enterado —dijo señalando la pistola.

—¿De que matasteis al doctor Fuentes Ledesma? Sí, nos lo han dicho esta mañana. Tenéis a la policía de todo el país buscándoos.

—¿Vienes sola? —dijo Rodrigo, oteando alrededor.

—Mis compañeros vienen para acá. Pero quería darte una última oportunidad de explicarte antes de que te pegaran un tiro. ¿Y Melón?

—En lugar seguro. No era necesario arriesgar a los dos.

A pesar del calor, llevaba mangas largas. Varios bultos debajo de ellas delataban nuevas vendas.

—Estás herido.

—Fue en defensa propia. No me creerás, pero no pensaba matarle. Da igual. Te tenía que entregar esto —dijo Rodrigo llevándose lentamente la mano al bolsillo del vaquero y sacando un pendrive—. Quizá así me creas. Ellos no son como nosotros.

—¿Quiénes? ¿Los *emovamps*? —contestó Mar, sarcástica.

Rodrigo asintió.

—Veo que has estado informándote. Ahora los llamamos abejorros. Desde que los puedo oír —dijo señalando el pendrive con la cabeza.

—Tíramelo.

Rodrigo obedeció y Mar lo cazó al vuelo con la mano libre y se lo guardó sin dejar de apuntarle.

—Ahora, te voy a esposar. Te vienes conmigo a comisaría.

—Mar, me van a matar.

—Un juez decidirá sobre ti. El pendrive será una prueba. Puede... Puede que te exculpen.

Rodrigo se echó a reír. Pero al instante alzó la cabeza como un ciervo en alerta.

—¡Al suelo! —tronó una segunda voz. Alguien más apareció de entre los árboles. Debía venir corriendo, resollaba por el esfuerzo.

—¡León, le tengo!

—¡Al suelo, hijo de puta! —insistió la voz de este— ¡O disparo!

Rodrigo volvió el rostro hacia Mar. En él había una mezcla de decepción, comprensión y tristeza. De pronto, echó a correr.

¡BAM! ¡BAM!

El estruendo de los disparos y el chasquido de los impactos en la madera hizo elevar el vuelo a toda una bandada de pájaros que hasta ese momento había permanecido oculta entre las copas.

Rodrigo siguió corriendo en zigzag entre los árboles.

—Maldita sea —murmuró Mar, echando a correr también detrás de él.

Tenía que cogerle antes que León. Encontró un camino que discurría en la dirección que había tomado Rodrigo, en dirección al monte de El Pardo. Eso le permitió ganar velocidad. Pero, de pronto, Rodrigo giró hacia la autopista. Había una alambrada que los separaba de ella, no tenía escapatoria. León y Mar la alcanzaron a la vez y corrieron tras él, en paralelo a la M30. Los coches rugían al pasar a pocos metros de distancia, sobrepasando en mucho el límite de noventa.

Le tenían cada vez más cerca, pronto le alcanzarían. Pero entonces, como por arte de magia, Rodrigo atravesó la alambrada y, ante los ojos atónitos de los policías, se arrojó a la carretera.

—¡No!

Ni siquiera un pitido, ni un frenazo. Todo fue tan repentino que los conductores no tuvieron tiempo más que de sujetar el volante y mantener la trayectoria, aguardando el impacto mortal. Pero este no llegó.

Mar y León se quedaron mirando cómo Rodrigo esquivaba por centímetros las moles de metal lanzadas a toda velocidad y cruzaba al otro lado. Allí, un nuevo desperfecto en la valla le permitió alejarse de la autopista, a salvo.

—Hijo de puta... ¿¿¿No estaba ciego??? —solo acertó a pronunciar León, antes de dar aviso a la centralita, por si había alguna patrulla cerca de su posición.

Ambos enfundaron las pistolas y, jadeando, caminaron deprisa hacia los coches. León no pudo disimular el tono de reproche al hablar.

—Sabía que habías seguido en contacto con él.

—Fue él quien me llamó. Tenía que arreglarlo.

León se detuvo y agarró a Mar por la manga.

—Te podía haber matado, idiota —dijo.

Y, sin poder contenerse más, la besó.

Instinto

—¿Cómo le encontrasteis? —preguntó Anglona. Su tono, aunque contenido, sonaba tan amenazante que Mar se sintió de pronto en una sala de interrogatorios. Y no como policía.

—Me... me llamó por teléfono.

Anglona no respondió de inmediato. Sin duda estaba contando hasta diez.

—¿Me quieres decir que el principal sospechoso de un asesinato, escapado de un psiquiátrico y buscado en todo el país, tiene tu teléfono y no nos lo habías contado?

—Lo siento... yo...

—¿¿¿Y por qué cojones no lo comunicaste al instante cuando te llamó???

Esta vez fue Mar la que tardó en contestar. León intervino en su ayuda.

—Me notificó a mí su posición...

—¿¿¿Quién le ha dado vela en este entierro, Leiva???

 ¡Debisteis avisar a todo el departamento, cojones! ¡A los putos GEO! Podríais estar muertos. Los dos —dijo mirando directamente a Mar. Esta se encogió en su asiento—. Aún no me ha respondido.

—Supongo... supongo que quería anotarme una medalla.

—Hostia puta... —murmuró el comisario, dando grandes zancadas por el despacho— ¡Pues por su puñetera ansia de notoriedad, señorita Espinosa, ahora hay un asesino suelto! La ha cagado pero bien.

—Lo siento.

—Lo siente.

Mar no sabía qué más decir. Un silencio tenso se instaló en la sala; ni ella ni León se atrevían a intervenir. Tuvo que ser el comisario el que retomara el discurso. Situó su rostro apenas a unos centímetros del de Mar antes de hablar.

—Su padre no alcanzó la orden del mérito policial en un año, inspectora. Le hizo falta...

—Le hizo falta morir —dijo Mar, alzando los ojos y mirando directamente a los del comisario.

—Le hizo falta mucho tiempo de trabajo duro —terminó este, sosteniéndole la mirada—. Y humildad. Somos un equipo, no tiene que marcar

usted todos los goles. Un fallo más y yo mismo me encargaré de que sea expulsada del cuerpo antes de que se dé cuenta. Ahora, vayan a sus puestos.

Mar bajó la mirada y salió por la puerta que le sostenía León. Ambos se mantuvieron en silencio hasta estar suficientemente lejos del despacho.

—Lo siento —dijo él.

—No, yo lo siento. Por ponerte en peligro. Solo pensé en mí.

—No lo creo.

Se quedaron mirando el uno al otro, sin hablar, hasta que alguien pasó rumbo a la fotocopiadora, interrumpiéndoles.

—¿Quieres un café? —preguntó León, antes de llegar a su mesa.

—No, necesito un tiempo a solas. Tengo que digerir todo esto.

León asintió y se sentó al ordenador. Mar hizo lo propio, pero solo habían transcurrido unos segundos cuando vio con el rabillo del ojo la barriga de Menéndez, junto a ella. Resopló. Ya había vuelto a estar cotilleando. Aunque esta vez no se le podía culpar, las voces del comisario debían haberse oído en el último rincón de la oficina.

—¿Qué coño quieres, Menéndez?

En lugar de contestar, este se quedó mirándola. Mar levantó la cabeza e hizo un gesto de impaciencia con las manos.

—Tu padre era la hostia —la expresión de Mar cambió al instante—. Tenía instinto, olía la mierda a kilómetros. Y también a la buena gente. Y era un puto cabezota. ¿Sabes por qué no ascendió? Porque se la pelaban las normas. Y, cuando veía la verdad, nada se le ponía por delante. Ni jefes, ni jueces, ni nada.

Mar se quedó en silencio. Quería decir algo, pero un nudo en la garganta se lo impedía.

—Era la hostia —repitió Menéndez, girándose y caminando pesadamente hasta su silla, que protestó con mil chirridos en cuanto plantó el culo en ella.

—Las pruebas son normales, señorita Espinosa. Probablemente sean migrañas.

Mar respiró aliviada. No había notado ningún síntoma pero, después del ataque del asesino vudú, necesitaba estar segura.

—Gracias, doctor. Necesito un favor más.

—Dígame —dijo el neurólogo mirando su reloj.

Mar extrajo un pendrive de su bolso.

—¿Podría echar un vistazo a este encefalograma? Es una prueba de un caso que estoy siguiendo.

El hombre se inclinó hacia delante en su silla; había logrado captar su atención. De pronto se debía sentir dentro de una de esas series policiacas de la tele.

—Sí, por supuesto.

Conectó el pendrive al viejo PC de su consulta y, tras unos segundos, se abrió el explorador.

—Esos archivos de imagen —indicó Mar.

El médico hizo doble clic en el primero de ellos. El archivo tardó un rato en abrirse, pero, por fin, apareció un gráfico en la pantalla.

—Ummmm...

—¿Sí?

—La forma del encefalograma es normal... pero... el aparato estaba mal calibrado, sin duda.

—¿Por?

—Los valores son demasiado altos. Como cien hercios por encima de lo normal. Alguien se olvidó de marcar el cero. A ver el siguiente... Lo mismo. Y este. Todos están igual.

—Ajá. Lo que suponía. Muchas gracias, doctor —dijo Mar, extendiendo la mano.

—De nada. Lo que necesite, inspectora —contestó el neurólogo, desconectando el pendrive y devolviéndoselo a Mar. Sus ojos tenían otro brillo, sin duda aquello era lo más emocionante que le iba a suceder en toda la jornada.

Mar subió al coche y volvió a la comisaría. Milagrosamente, había tardado menos de una hora. Sin embargo, cuando llegó le esperaba una sorpresa: sobre su mesa había dos PC apilados. ¡Los ordenadores de Rodrigo y su profesor! Alguien había dispuesto junto a ellos una pantalla, un teclado y un ratón roñosos. Miró a León, que sonreía desde su sitio. Este se levantó y se acercó a ella.

—Por fin han llegado. ¿Les echamos un vistazo?

Mar habría preferido hacerlo a solas, pero, tras la bronca de Anglona, no le quedaba más remedio que trabajar en equipo. Además, se lo debía a León.

—Vamos.

Se sentaron juntos en la mesa de Mar. Inevitablemente, sus codos se rozaban. Mar apartó un poco el suyo.

—Mi colega me ha dicho que ha limpiado todas las contraseñas —dijo León mientras Mar conectaba el primero de los PC a los periféricos—. Ahora todas son “password”, con minúscula.

—Bien.

Todo estaba dispuesto. León cruzó los dedos, y Mar pulsó el botón de encendido. El suave ronroneo de los ventiladores indicó que, al menos, la corriente le llegaba. Al poco se encendió la pantalla y apareció el consabido símbolo de Windows, solicitando la contraseña. Mar tecleó con cuidado y aguardaron.

La imagen de la pantalla cambió. En ella apareció la fotografía de una orquesta tocando, que al momento se fue ocultando bajo los iconos de docenas de carpetas. ¡El escritorio del profesor!

Mar abrió el explorador. Le costó un tiempo, pero al fin la ventana se fue llenando de carpetas y archivos.

—Vaya, es una versión antigua —dijo con desilusión—. Esperaba encontrar lo de “archivos recientes”.

—Bueno, paciencia. La virtud más importante del policía.

Entonces Mar tuvo una corazonada. Minimizó la ventana y se puso a buscar entre los iconos del escritorio.

—¿Dónde coño tiene el correo?

—Entra en el navegador de internet. Si es el correo de la universidad, lo tendrá en su página corporativa.

—Ajá.

Mar le hizo caso y, al abrir el navegador, ambos se miraron, triunfantes. Se mostró directamente la página de la universidad y en una esquina vieron, rutilante, un botón de acceso directo al correo. Mar lo pulsó sin pensarlo y emergió una ventana sugiriendo un usuario, probablemente el del profesor, y solicitando la contraseña. Mar tecleó la palabra “password”.

Un reloj de arena se puso a girar en el lugar en que un segundo antes se encontraba el cursor.

—Venga, venga...

Se abrió una nueva pestaña, y en ella apareció una lista con distintas columnas: “De”, “Asunto”, “Fecha”...

—¡Tu amigo es un crack!

—Si no, no sería mi amigo.

Había muchos correos en negrita, todos los que el profesor había seguido recibiendo después de su muerte, y que nunca ya nadie abriría. Mar descendió en la pantalla hasta encontrar los primeros correos sin negrita: los últimos que el profesor había abierto.

—¿Qué buscamos, exactamente? —preguntó León.

“Un archivo de sonido, una melodía tan horripilante que, nada más escucharla, se lo cargó”.

—No sé, algo que nos indique con qué andaba liado. Si estaba jugando a algo peligroso. Si tenía algún enemigo.

Mar paseó la vista por los correos, buscando el clip que indicaba que existía un adjunto. Los dos primeros lo tenían; uno provenía de una dirección de la universidad, el otro de un correo *Gmail*. El asunto solo decía “Fragmento”. ¿Sería ese? Lo abrió, cuidando de mantener el ratón muy alejado de León.

El correo no contenía ningún texto, ni siquiera un saludo. Tan solo el adjunto. Un archivo mp3.

Era ese.

Mar pensó rápidamente alguna excusa para cerrarlo pero, antes de que pudiera hacer nada, León tocó una combinación de teclas.

—A ver qué es —dijo.

—¡No! —exclamó Mar, al ver que el archivo se abría. Llevó lo más rápido que pudo el cursor hasta la cruz blanca y roja, pero era tarde. La música comenzó a sonar.

Una melodía de piano resonó por toda la oficina.

—¿No te gusta Chopin? —preguntó León, sorprendido ante la reacción de Mar— Pues a las mujeres de su época les encantaba, dicen que hasta le arrojaban ropa interior en sus conciertos. Fenómeno fan.

Mar exhaló con fuerza.

—Tenía el volumen a tope —dijo bajándolo—. Además, yo soy más de Mozart.

Se quedaron mirándose, sin saber muy bien qué decir, hasta que el móvil de León emitió un pitidito.

—¿Sabes? —dijo este, echando una mirada a su pantalla y levantándose— Creo que es mejor que sigas tú sola hurgando en el correo del profe,

aprovecharemos más el tiempo. Además, me han escrito los de los seguros. ¿Recuerdas? El ninja. También anda suelto.

—Claro. Vale, te diré si veo algo. Por cierto... —León se quedó de pie, mirándola— ¿Cómo sabías que esa pieza era de Chopin?

—¡Ja, ja, ja! Gajes de los coles pijos. También nos obligaban a hacer mucha gimnasia. Y hasta sé alguna frase en chino. Todo muy útil.

León siguió empujando su silla hasta su sitio, se sentó y se puso a trabajar. Mar se preguntó si había resultado demasiado borde con él, pero no le había quedado más remedio. De todas formas, mejor así.

Continuó recorriendo los correos abiertos por el profesor. Ninguno más de ese día contenía adjuntos de sonido, así que pasó a fechas más antiguas. Quizá llevaba retraso con la lectura.

Encontró varios de “rodrigoIniesta@UAM.org”. Casi todos contenían correcciones y comentarios sobre un mismo archivo Word; su tesis doctoral. Mar se reenvió el más moderno de ellos.

De pronto, una de las líneas llamó su atención. Provenía de un tal “neuromusic11@gmail.com”. El asunto era “Música para liberar el alma”, y ¡bingo! Llevaba adjunto un archivo mp3.

Parecía que hacía siglos que había ido allí por primera y última vez. “El Mercado”, rezaba el cartel grabado en acero, dos palmos por encima de la calva del cachas que controlaba el acceso. Este miró a Mar y, sonriéndole, se apartó.

Con Paula del brazo y unas cuantas cervezas en el cuerpo, el lugar le había parecido chic, exclusivo, excitante. Esa vez se le antojó cutre y decadente. Esperaba que las estrellas del pop que entonces lo frecuentaban no hubieran empezado a pensar lo mismo. Los locales de moda eran más cambiantes que el tiempo en primavera.

Se abrió paso hasta la barra y pidió un *gin-tonic*, sería más fácil integrarse en el ambiente con una copa en la mano. Mientras aguardaba, recorrió con la mirada los rostros que tenía alrededor y, un poco más allá, los que ocupaban los asientos reservados. No reconoció ninguno.

Cuando el barman, un chico guapo con unos bíceps marcados a cincel, le sirvió su bebida, Mar aprovechó para preguntarle. El chico asintió, levantó la

cabeza y señaló hacia la puerta.

Allí estaba. Inconfundible, con su delgadez extrema y su sombrero de ala ancha a lo *espagueti western*. Taco López, el líder de los Hamill. La otra vez Paula y ella le habían observado de lejos, esa noche necesitaba algo más.

Pagó el *gin-tonic* y se dirigió a codazos hacia él. Tuvo que levantar la voz y acercarse mucho para que pudiera escucharla.

—Hola, eres Taco López, ¿verdad? El de Hamill.

El hombre la recorrió de arriba abajo con la mirada, y después aproximó demasiado los labios a su oído para contestar.

—El mismo, monada. ¿Y tú?

—Una amiga de Peta Zeta.

Taco se apartó un poco, volvió a mirarla de arriba abajo y se echó a reír.

—¡Demasiado para él! ¿Qué quieres, mierda? Yo también te puedo dar.

—Me prometió una maqueta.

—¡Ja, ja, ja! Una maqueta... La última vez, el muy hijo de puta me tuvo dos horas con los ojos vendados para llevarme a su estudio. En tu caso, yo me lo pensaría. Igual no vuelves.

—¿Tienes su teléfono?

—No, nena, no gasta de eso.

Mar maldijo por lo bajo.

—Pero tengo su correo electrónico. Si te vale...

—¡Claro! ¿Me lo podrías pasar, por favor?

Taco deslizó la mano por la cintura de Mar. Esta se puso tensa, sobre todo porque su pistola se encontraba a pocos centímetros de los dedos del cantante, pero se obligó a relajarse.

—Cómo no —respondió él—. Pero me tendrás que dar algo a cambio ¿no? ¿No te interesaría grabar un dúo? Yo también tengo un estudio.

Mar sonrió, sugerente. Taco se acercó un poco más, y también se le extendió la sonrisa cuando vio que Mar separaba las solapas de su chaqueta, mostrando... ¿una placa?

—¿Qué te parece —dijo ella— olvidarme de lo que me has dicho antes, lo de la mierda?

Taco se separó de inmediato. La sonrisa se le había congelado en el rostro.

—Era broma, joder —dijo, echando mano a su móvil—. Dos días que he salido esta semana, dos *zascas*. Al final voy a tener que volver a dedicarme a tocar.

El ojo del huracán

—Tengo un dato nuevo sobre el ninja —le dijo León con los ojos brillando de emoción en cuanto la vio aquella mañana—. No te lo vas a creer.

Mar soltó el bolso sobre su mesa y, sin quitarse la chaqueta, se dirigió a la de León. Pero, antes de que pudiera llegar, Menéndez asomó desde el pasillo y anunció en voz alta:

—¡Reunión del comisario! Dejad lo que estéis haciendo.

Mar y León se miraron, extrañados. Era la segunda reunión de Anglona en tres días. El pulso de Mar se aceleró. ¿Habría alguna noticia nueva sobre Rodrigo y Melón?

El comisario tenía un aspecto horrible, como si hubiera permanecido despierto toda la noche y se hubiera duchado con el traje puesto.

—Buenos días, lo primero que les voy a pedir es que depositen en esta bandeja sus móviles.

Todos los policías se miraron perplejos. Sí que era sensible el asunto. Uno por uno, fueron dejando sus móviles apagados sobre la bandeja que llevaba Menéndez. Hasta que no terminó esta operación, el comisario no continuó hablando:

—No sé si están al corriente de los tumultos ocurridos esta mañana en Barcelona. Hace apenas una hora.

Algunos asintieron. Los informativos de la mañana habían hecho ya eco de la noticia, aunque con datos muy confusos.

—Ayer a última hora —continuó Anglona, leyendo en voz alta el comunicado— corrió la noticia de que un joven independentista había muerto en dependencias policiales. Un tal Joan Martí Pons, de veintiún años. Este hecho aún está por confirmar, así como sus circunstancias, pero la reacción, amplificada y distorsionada a través de las redes sociales, no se hizo esperar. A la media noche, una multitud cifrada entre cuatro y seis mil personas se agolpaba frente a la comisaría de la Plaza de España de Barcelona, el supuesto lugar de los hechos, y no hizo más que aumentar a medida que pasaban las horas. A pesar de los intentos de los Mossos d'Esquadra por mantener el orden, a las 6:42 de la mañana se rompía el cordón policial y la

multitud irrumpía en el interior de la comisaría. Algunos de los asaltantes iban armados con cócteles Molotov. Al instante se inició un incendio en las dependencias de la comisaría, que no pudo ser controlado hasta la llegada de los bomberos, doce minutos después. Ha habido una víctima mortal. Un compañero. Un agente del Cuerpo Nacional de Policía, que murió de asfixia al intentar rescatar a los retenidos en los calabozos.

Un silencio grave acogió estas palabras.

—Hijos de puta —murmuró Menéndez, mientras un rumor indignado crecía por la sala.

—Algunas fuentes también hablan de heridos por arma de fuego —continuó Anglona, acallando el murmullo—. No confíen en la información emitida por los noticiarios, ni mucho menos en la difundida por las redes sociales. Tenemos pruebas de que está siendo deliberadamente distorsionada. Alguien quiere que suba la temperatura. Y no les vamos a dar el gusto. ¿Entendido?

Una cuarentena de labios apretados y ceños fruncidos le respondieron sin palabras.

—¿¿Entendido?? —repitió Anglona en voz más alta.

Algunos policías asintieron, a regañadientes.

—Ante la previsible ola de disturbios que las muertes tanto del independentista como del policía van a provocar, personal de las distintas UIP y de la UCI ya está de camino. Pero además nos están requiriendo más efectivos de refuerzo. Necesito voluntarios para desplazarse a Cataluña de forma inmediata y por un periodo de tiempo indeterminado. Yo mismo iré a coordinar nuestra acción.

Algunas manos se izaron al instante.

—Necesito hombres y mujeres templados —dijo Anglona dirigiéndose a Menéndez—. Aquello es una bomba.

León miró a Mar y levantó la mano también.

—Ahora te cuento —dijo— ¡vamos!

—Pero...

—El ninja. Hice lo que dijiste, “la pista de la pasta”. He estado en contacto con los investigadores de los seguros, y resulta que los cuadros robados en Santiago y Salamanca pertenecían a dos fundaciones distintas.

—¿Y?

—Ambas se dedicaban a la conservación del arte, ambas contaban con un

patrimonio aportado por sus fundadores de más de quinientos millones de euros...

León se detuvo, dejando a Mar expectante.

—¿¿Y??

—Y ambas compartían un mismo socio fundador, un filántropo, mecenas de varios artistas de renombre mundial y... afincado en Barcelona. Un tal Emili Passola.

—Dos de tres...

—No —dijo León, sacando el móvil y mostrando a Mar una fotografía extraída de una noticia de sociedad. En ella se mostraba a dos hombres estrechando sus manos calurosamente. Uno de ellos era un anciano decrepito en una silla de ruedas, el otro era conocido por Mar.

—¡El millonario belga!

León le señaló el pie de foto, que Mar leyó en voz alta.

—“La familia De Smedt ingresa en el imperio Passola con este enlace matrimonial”. ¡Son familia!

—Tres de tres —dijo León triunfante—. Al señor Passola y amigos les han robado tres veces seguidas.

—Hay personas con mala suerte...

—¿Seguro que es esto? —dijo Rodrigo, tras escuchar el fragmento— No parece gran cosa.

—¿¿Cómo?? ¿Osas dudar de mí? Mira.

Melón manipuló el ordenador para dividir la pantalla en dos. En la mitad izquierda reprodujo una onda muy parecida a la del encefalograma del doctor. En la derecha arrancó de nuevo la “melodía”: una sucesión de sonidos bastante molestos que recordaban a los módems antiguos. Al instante la primera onda aumentó su frecuencia e intensidad de forma exponencial, hasta que se salió del rango.

—¡Pam! Ahí es donde les revienta el cerebro.

Rodrigo se quedó mirando la pantalla. Por fin asintió y, desconectando el pendrive e izándolo ante su rostro, se permitió una sonrisa.

—La tonadilla mata-abejorros. El insecticida.

—La espada.

Melón tarareó la música de El Señor de los Anillos mientras le quitaba el pendrive de la mano y, con rotulador indeleble, dibujaba en él una espada al estilo cómic. Lo alzó en su mano izquierda con aire triunfante, y con la derecha tomó de la mesa otro pendrive de color blanco con el dibujo de un escudo vikingo.

—Esta casi te cuesta un reventón de cabeza, y esta que te corten el cuello y que tu chica te pegue un tiro, pero los tenemos.

—No es mi chica.

—El escudo y la espada —continuó Melón, ignorándole y, bajando un poco las manos—. ¿Crees que funcionarán?

—El escudo no está completo —observó Rodrigo—, y la espada no la hemos probado.

—Si no te hubieras cargado al psiquiatra...

Rodrigo le lanzó una mirada asesina, a la vez que se acariciaba instintivamente las cicatrices que le habían quedado en los antebrazos.

—Tenemos que encontrar a nuestro hombre.

—A nuestro abejerro, dirás. ¿Dónde tendrá la colmena?

La pantalla del ordenador mostraba en un pequeño rectángulo las noticias, últimamente Melón las tenía puestas continuamente, por si decían algo que pudiera afectarles. Se habían hecho demasiado famosos. Pero, en ese momento, solo mostraba la concentración que se había formado la noche anterior frente a una comisaría de Barcelona. Un grupo hacía ademanes muy violentos ante el cordón policial.

De pronto Rodrigo enderezó la cabeza.

—Espera...

—¿Qué?

—Escucha eso.

Melón subió el volumen.

—“Después de horas de protesta, la manifestación ha ido subiendo de tono hasta que el cordón policial ha sido desbordado y varios manifestantes han logrado entrar en las dependencias policiales...”.

—¿Qué?

—Escucha. Al fondo... Es música.

Barcelona

—¿Ya hemos llegado? —murmuró León con la voz pastosa de quien despierta antes de tiempo.

—Casi. Ya estamos en el atasco de entrada —respondió Mar.

Habían pasado toda la noche en el autobús, con una única parada a la altura de Zaragoza. Mar no encontraba un solo músculo de su cuerpo que no estuviera dolorido. Hacía horas que había perdido la esperanza de encontrar una postura cómoda. Sin embargo, León roncaba a su lado como un bebé satisfecho.

Le había despertado el cambio de ritmo de la marcha. Tras mucho tiempo de transitar por autopista, el autobús acababa de tomar una vía secundaria, recta como una flecha y con varios carriles, pero plagada de semáforos y rotondas, y ya repleta a aquella hora de barceloneses que se dirigían a sus trabajos.

A medida que los edificios crecían en altura y se iban internando en la ciudad, la actividad en el interior del autobús también pareció aumentar. León no era el único que había estado durmiendo. El murmullo de las conversaciones fue subiendo de tono, y un cierto nerviosismo se palpaba en el ambiente.

Ya estaban próximos a su destino. Las plazas hoteleras estaban muy cotizadas en Barcelona; según les habían ido adelantando otros compañeros, algunos estaban alojados en casas de voluntarios, otros, en barcos del ejército atracados en el puerto. Los “chicos de Anglona” parecía que iban a tener más suerte: un hotel dos estrellas en Hospitalet, a tan solo media hora del centro.

El autobús giró en un semáforo y se internó en calles más estrechas. Mar observaba por la ventana las tiendas de barrio que comenzaban a abrir y a los viandantes llevando a los niños al colegio, y no le pareció detectar signo alguno de conflicto. O bien las noticias se magnificaban, o bien era una corriente subterránea, como la lava de un volcán que aguarda bullendo bajo la superficie hasta que algo...

¡BAM! De pronto, un fuerte golpe les sobresaltó. Todos los policías se pusieron en guardia, algunos con la mano en la culata de la pistola.

—¡Hijos de puta! —se escuchó la voz asustada del conductor, dirigiéndose a un par de jóvenes que salían huyendo.

Mar miró hacia delante. El parabrisas del autobús había dejado de ser transparente; parecía que alguien hubiese dibujado en medio un gran sol del que partían una miríada de rayos, que prácticamente lo cubrían todo.

—¡Abre! —pidieron algunos compañeros dirigiéndose a la puerta, pero Anglona hizo una señal y volvieron a sus asientos. Era inútil, los jóvenes ya estaban lejos.

—¿Puedes continuar? —preguntó al conductor.

Este, ladeando un poco la cabeza, asintió.

—Ya no queda nada. Malditos hijos de puta...

León volvió a sentarse.

—Y eso que veníamos de incógnito —dijo.

Dos manzanas más adelante, el autobús se detuvo. Para sorpresa de todos, una pequeña multitud aguardaba frente a la puerta del hotel. Llevaban pancartas, todas en castellano; la más grande decía “Volved a casa, asesinos”.

El conductor miró a Anglona; este le hizo un gesto afirmativo y, poniéndose en pie, aguardó a que se abriera la puerta para bajar el primero.

—¡Asesinos!

—¡Hijos de puta!

—¡Fascistas!

Anglona se detuvo tan solo un par de segundos frente al grupo de protestantes. Algunos sostenían sus móviles en alto, grabando la situación. Erguido, mirando a los ojos de cada uno, los recorrió con la vista. El volumen de las voces se acalló de inmediato. Después les dio la espalda, recogió su equipaje y caminó hasta la puerta del hotel sin girarse, como si los gritos que volvían a alzarse no fueran con él.

El resto de los policías le imitó, descendieron del autobús sin amedrentarse ni hacer signo alguno de amenaza, para desilusión de los que estaban grabando.

Parecía que los gritos se redoblaban cuando eran mujeres las policías que desfilaban ante ellos. O eso le pareció a Mar cuando le tocó el turno. Las voces atronaban en sus oídos, y vio auténtico odio en los ojos de aquellas personas a las que no había visto nunca.

Se mantuvo erguida, desafiante, pero su corazón le latía con fuerza bajo la camisa. Agradeció el que León se situara junto a ella enfrente de aquella

muchedumbre.

—... como estatuas de piedra —escuchó la voz de Anglona cuando entraron en el recibidor del hotel—: imperturbables, inamovibles. Siempre por encima de ellos. Solo están esperando a que respondamos a sus insultos para multiplicarlo por cien en las redes sociales. Ya han visto que es más duro en la realidad que en la teoría. Estoy orgulloso de ustedes.

Mar reconoció que aquella arenga de su comisario resultaba reconfortante tras el momento de tensión. Se sintió llena de nuevas fuerzas. Esa era la importancia de un buen general en la batalla. La mala leche que, en tiempos de paz era tan molesta, en tiempos de guerra era un refugio.

El hombre se dirigió con aplomo a la recepción del hotel, donde un asustado joven de uniforme no dejaba de mirar a los cristales. Todos formaron detrás, mientras les iban asignando habitaciones según un listado que manejaba Menéndez. León se acercó a él, a preguntarle. Volvió a los pocos segundos.

—Nos han puesto juntos.

—¿Los dos en la misma habitación?

—Las chicas sois impares. No te preocupes, la cambiaré —dijo él, girándose.

—Déjate de gilipolleces —repuso Mar, agarrándole del brazo.

No estaban para frivolidades: eran profesionales. Iba a resultar incómodo, pero se apañarían con lo que fuese. Otros compañeros estaban peor.

Tras una espera que se les hizo eterna, recogieron su tarjeta y subieron al ascensor. Iban solos y, en cuanto se cerró la puerta automática, se creó una atmósfera demasiado íntima. León alzó la mirada hacia ella, pero Mar la evitó, e interpuso su maleta entre los dos. Cuando llegaron a su planta, salió la primera y enfiló el pasillo con decisión.

—409 —dijo mientras introducía la tarjeta en la ranura y entraba.

La habitación se abarcaba de un vistazo. Dos camas, dos repisas con sus lámparas, un armario empotrado, un baño sencillo. Eso era todo. Mar y León dejaron las maletas en el suelo. Eran grandes; demasiado para contener solo ropa de civil.

—No se te ocurra usar los vasos —advirtió León después de revisar el baño—. Solo Dios sabe.

—El lado de la izquierda para ti, el de la derecha para mí —dijo Mar, señalando el armario y comenzando a desempaquetar—. Cuanto antes nos

instalemos, mejor.

Sacó las prendas más voluminosas: un abrigo de entretiempo, unas botas de media caña, un chaleco antibalas... Luego, el resto, que incluía dos pistolas con sus fundas, aceite para engrasarlas y tres cajas de munición.

—Necesito café —dijo Mar en cuanto hubo terminado, mirando con avidez la cama sin deshacer.

Bajaron a desayunar. Los pocos turistas que había a aquella hora miraban con aprensión al nutrido grupo de agentes, la mayoría uniformados y con semblantes graves, que había invadido el comedor.

Al poco apareció Anglona, que solo dio unas breves instrucciones: a las nueve y media en recepción, para que un nuevo autobús les llevara a la comisaría de la Plaza de España.

León se levantó e intercambió unas palabras con él.

—Tenemos permiso para acudir directos a la comisaría, e ir antes a visitar a nuestro millonario —dijo a Mar mientras se sentaba de nuevo—. De todas formas, hoy van a necesitar un buen rato para asignar destinos a cada uno.

—¿Y cómo sabes que nuestro millonario está hoy en casa?

—Tiene que leer más las noticias de sociedad, inspectora —respondió León encendiendo el móvil. Tras una rápida búsqueda, le mostró la pantalla.

—“Recepción del jeque Al-Jasahar en Barcelona. Un grupo de empresarios celebrará hoy un encuentro con el jeque Al-Jasahar de Omán, cuya fortuna se cuenta entre las diez mayores del planeta y que está interesado en construir el mayor complejo hotelero de Europa en la Ciudad Condal” —leyó Mar—. Bueno, parece que sí estará. Y supongo que sabes dónde vive.

La sonrisa burlona de León respondió por él.

—¿De qué serviría ser poli si no pudieras averiguar dónde vive la gente interesante? —dijo, llevándose la taza de café a los labios.

—¿El señor Passola les esperaba? —preguntó su asistente, una mujer de casi dos metros de altura, plantada en mitad del camino que llevaba hasta la puerta.

—No, no teníamos cita concertada.

—Entonces, me temo que...

—Sin embargo —la interrumpió León—, creo que su jefe estará muy

interesado en la información que le traemos. Es sobre las obras de arte que recientemente le han sido sustraídas.

—¿Tienen alguna pista?

—Exacto.

—Aguarden un momento —dijo, adentrándose en el edificio y cerrando la puerta tras ella.

Mar y León se miraron, seguros de que estaban siendo observados por muchos pares de ojos. Al menos les habían permitido atravesar la reja hasta aquel pequeño jardín que hacía las veces de recibidor exterior.

A los pocos minutos, la asistente abrió la puerta de par en par y se echó a un lado para permitirles la entrada.

—Sígueme, por favor. El señor Passola les dedicará unos minutos. Tiene una recepción importante dentro de una hora.

La mujer les guio hasta un pequeño salón de estilo rococó, tan pasado de moda que Mar estuvo segura de que las piezas que lucía eran originales.

Allí, al principio camuflada, les aguardaba una figura retorcida como la propia decoración de la sala, que hizo dar un respingo a Mar cuando vio que se movía.

Un anciano en una silla de ruedas, encorvado como un buitre pero con la mirada de un águila.

—Buenos días, inspector, inspectora.

—Buenos días, señor Passola —se adelantó León, sin osar estrecharle la mano—. Muchas gracias por recibirnos con tanta premura. Sabemos lo ocupado que se encuentra usted hoy, seremos muy breves.

Y, sin desviar la mirada de la del millonario, continuó.

—¿Es cierto que es usted socio fundador de las dos fundaciones, valga la redundancia, propietarias de las obras de arte sustraídas en las últimas semanas en Santiago de Compostela y en Salamanca?

La mirada del anciano se afiló aún más, como la de una serpiente a punto de saltar.

—Soy socio fundador de casi todas las fundaciones dedicadas al arte en España. El arte es mi vida.

—Su forma de vida —corrigió León.

El anciano paseó la mirada por ambos policías antes de contestar.

—Hay gente que elige ver el lado oscuro, malvado, feo de las cosas. Yo elegí la belleza.

—¿Y es cierto —continuó León, haciendo caso omiso del comentario— que su nieto y la nieta de Vince De Smedt están casados, y que él también ha ingresado como socio suyo en algunas de estas fundaciones? No sé si sabrá que el señor De Smedt también sufrió un robo hace poco, en su propia casa. Un Cézanne.

El anciano no contestó inmediatamente. Paseó la mirada por ambos para finalmente clavarla en la de León y emitir un brillo tan feroz que este tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder un paso.

—¿Han venido hasta aquí —pronunció muy despacio— para acusarme de robar mis propias obras de arte?

León se repuso rápidamente.

—No, por supuesto que no —dijo, apaciguador—. Solo que es mucha casualidad. ¿Quizá tiene usted algún enemigo personal?

—La grandeza de alguien se mide por el tamaño de sus enemigos. Así que yo tengo los mayores enemigos del mundo.

El silencio que siguió fue tan pesado como las gruesas cortinas de terciopelo que colgaban de las ventanas.

—Pocas personas conocen como usted el mercado del arte —continuó León, cambiando de tercio—, quizá podría darnos alguna pista de dónde se encuentran.

—Lejos de aquí. En Amsterdam, o en Sudáfrica. Pasarán por muchas manos, aumentando de valor cuanto más lejos estén de su origen delictivo, hasta que su huella se pierda en la polvareda de la historia y puedan volver a salir a la luz. Posiblemente en la mansión de un ricachón como yo, pero de otra raza y que hablará otro idioma. ¿Qué creen, que todo esto que nos rodea —dijo, trazando un amplio círculo con las manos— no fue robado alguna vez? Los que estamos en este negocio sabemos que es un juego.

Mar miró en torno suyo, esta vez con otros ojos.

—¿Qué tal son los seguros? ¿Pagan rápido? —preguntó León.

—Cobran rápido. Ahora tengo a mis abogados luchando con ellos para que paguen cuanto antes, estoy perdiendo dinero.

El señor Passola se quedó mirando a Mar.

—La señorita no ha hablado en todo el rato. ¿Usted qué opina de todo esto?

Mar se enderezó un poco y cambió el peso de un pie al otro.

—Yo... creo que es indecente que dos policías, varios abogados, agentes

de seguros... nos estemos preocupando por su dinero, cuando hay gente muriendo en la calle.

El señor Passola se quedó inmóvil un segundo, y a continuación se echó a reír.

—¡Una idealista! Tiene usted razón, hay gente que se juega la vida y de la que nadie se entera, pero el mundo está montado así: le preocupa lo que nos preocupe a los ricos. Yo pago mis impuestos, y dono todos los años el siete por ciento de mi capital a gente que lo necesita. No el cero coma siete, que ni siquiera son capaces de cumplir los estados, sino diez veces más. ¿Cuánto dona usted?

Mar sintió como los colores le subían al rostro.

—La conciencia es una sustancia muy moldeable; cada uno se la hace a la medida que le conviene. En fin —concluyó Passola—, si no tienen más información que la que ya conocía, les ruego que me disculpen, tengo un día muy ocupado. Vuelvan en otra ocasión y estaré encantado de atenderles de una forma más distendida. ¡Adelaida, por favor!

La asistente apareció entre ellos de la nada.

—Acompañe a los señores a la salida, ha sido una visita muy agradable, aunque poco fructífera.

La asistente hizo una pequeña reverencia y se echó a un lado para invitarles a avanzar hacia la puerta, delante de ella. Después, en el pasillo, se situó delante de la comitiva y atravesaron el camino de vuelta hacia la calle; pero, cuando ya estaban en el recibidor, Mar levantó un poco la voz.

—Necesitaría ir al servicio. Es una urgencia —dijo con cara de apremio— ¿Me podría indicar el más cercano, por favor?

La asistente la miró con suspicacia, pero tendió la mano indicando el camino.

—Sígame. Usted espéreme aquí, por favor.

Recorrieron un largo pasillo, desde el que se podían ver diferentes estancias asomando a ambos lados. Mar no perdió la oportunidad de observarlas, y enseguida algo llamó su atención: todas las ventanas que daban a la calle por la que habían entrado tenían cristales transparentes, mientras que las que daban al otro lado los tenían esmerilados, de forma que no se podía ver a través de ellos.

—Gracias —dijo Mar cuando la asistente le indicó la puerta del baño, con la aparente intención de permanecer junto a ella, custodiándola.

En cuanto hubo cerrado echó una rápida ojeada al lugar. Las esquinas redondeadas y los azulejos rotos que alicataban las paredes le recordaron al instante a Gaudí y al Parque Güell.

Pero no era eso lo que quería ver.

Se acercó a la ventana, del mismo estilo que las de las otras estancias, aunque más estrecha, y con el mismo cristal translúcido. Intentó abrirla, sin éxito. Consideró por un momento el forzarla, pero temió hacer saltar alguna alarma.

Entonces reparó en algo.

Un pequeño desperfecto en el cristal, en la esquina de uno de los paneles, había hecho saltar el esmerilado exterior.

Mar se encaramó en la taza del váter y, guiñando un ojo, miró por el orificio. La imagen aparecía distorsionada por la superficie irregular, pero lo que distinguió fue suficiente para hacerle dar un respingo: era un patio muy luminoso, que debía ocupar una manzana entera, con fuentes y rodeado de columnas, como el de un palacio árabe. En el centro había una escultura del tamaño de una carpa de circo. Resultaba impresionante, aunque no se podía decir que fuese bella: docenas de cuerpos humanos amontonados, mutilados, gritando, sufriendo... Un campo de exterminio.

—¿Sigues creyendo que contrató los servicios del ninja para robarse a sí mismo? —preguntó León cuando se encontraron a buena distancia de la mansión.

—Obviamente —dijo Mar, recordando el cuerpo enclenque y retorcido del anciano—, no es de los que hace las cosas en persona.

—Es avaricioso —dijo León—. Quiere el dinero y quiere sus obras de arte. Ha cobrado el dinero de los seguros, y te apuesto lo que sea a que los cuadros están en algún rincón secreto de su palacio.

Mar asintió en silencio. Era muy posible. Pero había algo que la inquietaba más. Una idea que flotaba a su alrededor sin poder terminar de atraparla.

—Me pregunto ¿por qué esa prisa? ¿Para qué necesita el dinero tan rápido?

—“La pista de la pasta”...

—Creo que ahí está lo verdaderamente feo del asunto.

En ese momento pasó un coche a su lado, emitiendo un mensaje en catalán con la megafonía tan alta que les obligó a guardar silencio. Iba enteramente pintado de amarillo a franjas rojas, con un triángulo azul y una estrella blanca en el capó. Llevaban las ventanillas abiertas, y por ellas asomaban cuatro jóvenes alzando el puño, que miraban al exterior desafiantes: “... *ciutadans, contra la injustícia, uniu—vos a la resistència urbana...*”. Mar mantuvo la mirada de uno de ellos, y no pudo evitar sacarle el dedo corazón. Esperó a oír el chirrido del frenazo y se puso en guardia, pero este no ocurrió. A cambio, el joven le hizo un gesto apuntando a sus propios ojos y después a ella: “no me olvidaré de tu cara”. Los dos policías se quedaron contemplando el vehículo mientras desaparecía al fondo de la calle y la megafonía se iba diluyendo en el resto de los ruidos de la ciudad. El gesto de Mar se torció.

—A ver si va a tener razón el abuelo —dijo de pronto León, deteniéndose e interponiéndose en el camino de Mar—, y solo ves las cosas feas de la vida.

Esta se detuvo. ¿Sería cierto? Recordaba sus risas de niña, y de adolescente; esas risas tan irreprimibles que de verdad amenazaban con matarla de asfixia. Y con cualquier excusa. ¿Cuánto tiempo hacía que no se reía así? Como casi siempre, acudió a ella la imagen de su padre: él siempre decía que su mayor placer era verla reír, y hacía el payaso a conciencia para lograrlo. Al recordarle, algo agrio se derramó en su estómago.

—Quizá —continuó León— necesitas algo bello en tu vida.

León alargó la mano y, muy suavemente, acarició la mejilla de Mar. Esta se contuvo para no retirarse. Como a su pesar, sintió el calor que emanaban los dedos de León y que, poco a poco, iba inundándola. También echaba de menos esa calidez.

Despacio, con cautela, como quien se acerca a un animal asustado, León fue aproximando su rostro al de Mar, hasta que sus labios se rozaron.

Entonces el calor se expandió como por arte de magia a cada una de sus terminaciones nerviosas, el vello se le erizó como si la envolviera una corriente electromagnética, tan placentera que solo pudo ceder a ella.

Abrió la boca y dejó que sus lenguas se tocaran, se persiguieran buscando lo más profundo del otro, mientras sus manos se deslizaban hacia el cuerpo de él. Quería más de ese calor. Lo quería todo. Lo necesitaba.

—Volvamos al hotel.

El viaje fue solo una excusa para seguir explorando ese cuerpo. Nada en el

mundo importaba más que aquellos labios y aquellas manos, y aquel aliento que le robaba el suyo. Bajaron del taxi lo suficientemente apartados del hotel para que nadie les viera juntos.

Pero era tarde.

Alguien había hecho algo más que verles.

Alguien que, gracias a los artefactos de su amigo y las conversaciones de los activistas, se había enterado de que ese día llegaban varios autocares de policías desde Madrid y la ubicación del hotel que iban a ocupar.

Alguien que, a pesar de estar perseguido por la policía, salió a la calle antes del amanecer y buscó un rincón entre los manifestantes para pasar inadvertido.

Alguien que no podía ver, pero que dos manzanas antes de su llegada escuchó el rumor del motor de un autocar, el chasquido de un cristal roto, voces y el sonido de una radio a través de la ventanilla bajada del conductor.

Alguien que no sabía si sería capaz de escucharla entre los gritos del grupo en el que se encontraba pero que, aun en medio del estruendo, detectó su andar ligero y su respiración con un vuelco en el corazón. Y que, al darse cuenta de que hiperventilaba de miedo, estuvo a punto de dar un paso adelante para protegerla.

Alguien que se detuvo cuando escuchó las ruedas de otra maleta y otros pasos, masculinos, que aceleraban para ponerse a su lado.

Alguien que, por primera vez en su vida, acababa de escuchar el sonido de un corazón de cristal cayendo al suelo y rompiéndose en mil pedazos. El suyo.

—Adelántate —dijo León—. Voy a fumarme un cigarro.

—Tú no fumas.

—Quizá debería. Da mucho juego.

Mar miró a los ojos de León; el deseo ardía en su interior, como sin duda ardía en los suyos.

—No tardes.

León contempló a Mar mientras las puertas automáticas se abrían y cerraban a su paso. Sonriendo, se giró. Apenas le dio tiempo a vislumbrar una sombra que se movía con rapidez a sus espaldas, ni a escuchar el espeluznante sonido de su propio cráneo al reventar.

Sola

El sonido de las máquinas, contra todo pronóstico, resultaba reconfortante. Significaba que aún estaba vivo.

La UCI del hospital era una sala amplia con una docena de camas distribuidas alrededor, cada una de ellas rodeada de una multitud de aparatos con grandes pantallas, que pitaban y soplaban al ritmo de las constantes vitales de cada paciente.

El rostro de León mostraba calma. Demasiada. Mar había esperado algún signo de lucha. Por sobrevivir. El entrecejo fruncido, la boca apretada... Pero sus párpados suavemente cerrados y sus labios laxos, por los que de vez en cuando caía un hilillo de saliva, solo denotaban paz. La paz que uno espera en una cáscara vacía. Ausencia. Si no fuera por el aparatoso vendaje que cubría su cabeza, desde la frente hasta la nuca, se diría que estaba durmiendo un plácido sueño sin sueños.

“Está en coma”. La misma frase. Su padre había permanecido tres días así, en la UCI, antes de morir. Mar no podía evitar ver aquella sala como un simple preparatorio para la muerte.

Miró alrededor; los otros acompañantes, con otra experiencia sin duda, acariciaban a los pacientes, acomodaban sus almohadas, siempre con cuidado de no tocar los tubos que les conectaban a la vida. Les hablaban.

Mar se armó de valor y tomó la mano de León. Un escalofrío recorrió su cuerpo; esa sensación, el tacto de su mano cálida, era lo último que recordaba de él. Pero entonces, hacía apenas unas horas, tenía fuerza, vigor. Vida. Ahora era blanda, sus músculos flácidos no respondían a su contacto. La apretó, esperando alguna reacción, algún cambio en el ritmo de los pitidos. Pero no ocurrió nada.

Miró el reloj. Su turno estaba a punto de agotarse. Solo disponían de una hora para visitas y, además de los familiares, muchos compañeros querían pasar al menos unos minutos con León para darle ánimos... y prometerle venganza.

El comisario se había tenido que emplear a fondo para calmar las aguas. El relato de Mar sobre su encuentro con los radicales y cómo les debieron

seguir hasta el hotel había enfurecido a sus compañeros. En cuanto se enteraron de lo que había ocurrido, los policías quisieron hacer su propia redada. No confiaban en los Mossos, incluso hubo algún intercambio de palabras más tenso de la cuenta con ellos. Justo lo que ellos, los alborotadores, querían. Ahora era el momento de mantener la cabeza fría.

Acercó su rostro al oído de León y, por si este era capaz de escuchar algo, le habló.

—León, soy Mar. Tu compañera. No te hagas el dormido, tenemos mucho trabajo —no pudo reprimir un sollozo—. Ojalá hubiera estado contigo un minuto más...

Un nudo en la garganta le impidió continuar. Volvió a apretarle la mano y se levantó.

Entonces, mientras se dirigía a la puerta, un sollozo más fuerte y el correrse de unas cortinas le hizo girarse. Varios enfermeros acudían alrededor de una de las camas, ya oculta. No podía ver lo que ocurría en el interior, pero le llegaba el sonido, el sonido de un llanto y ese pitido, el horrible pitido de la máquina, que se había vuelto continuo.

—Quiero que vuelvas a Madrid.

Las palabras de Anglona no dejaban lugar a dudas, pero Mar no iba a rendirse sin protestar.

—¿Cree que no valgo para nada sin mi compañero? Puedo seguir desarrollando mi trabajo. Soy una profesional.

—El caso del ladrón de arte puede esperar. Y en cuanto a los independentistas... No quiero que te metas. Necesito gente fría, y tú, ahora mismo, eres todo menos eso.

Mar fue a hablar de nuevo, pero se lo pensó. Quizá Anglona tuviera razón. Lo cierto es que si en ese momento se hubiera cruzado con aquel coche pintado con la estelada... Quizá desde fuera se veían las cosas más claras.

—Tómate un descanso, anda —añadió el comisario.

Mar asintió. De pronto todas las fuerzas la habían abandonado.

Subió a su habitación. Nada más entrar, le llegó el olor de León. Su colonia, persistente, todavía flotaba en el aire. Abrió el armario para hacer la maleta y vio la ropa masculina colgada junto a la suya. La acarició. La

empaquetaría de nuevo, por si algún familiar quería llevársela. No era probable que León volviese a aquel hotel.

—Otra vez.

Mar se sentó en la cama. Un nudo doloroso le oprimía la garganta. Intentó sujetarlo pero, cuanto más lo hacía, más dolía. Por fin, un sollozo escapó de ella, y ya no pudo contenerse. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Hundió la cara en la almohada para que nadie la oyera. Y lloró. Lloró como hacía tiempo que no lo hacía. Por León. Por Paula. Por su padre.

Por ella.

¿Por qué? ¿Por qué todo el que amaba terminaba muerto? ¿Por qué el destino había guardado tanto sufrimiento para ella?

No fue consciente de cuánto tiempo permaneció así. Solo sabía que, cuando se enderezó, su almohada estaba empapada y su corazón, sereno.

Alcanzó el móvil y buscó en los archivos guardados. Ahí estaba.

—“Música y dolor” —leyó—, por Rodrigo Iniesta.

Se descalzó y trepó de nuevo a la cama, esta vez sentada. Pero antes de comenzar a leer, abrió el correo.

Una nueva alianza

—Va a ser ahí —dijo Rodrigo, señalando la pantalla. En ella, una conocida locutora paseaba con un micrófono por la Plaza de Cataluña.

—“... después de los hechos ocurridos hace unos días, en que el joven Joan Martí Pons, conocido líder independentista, moría en dependencias de la policía nacional en Barcelona, este domingo se ha convocado aquí mismo, en la Plaza de Cataluña, una manifestación “en contra de la represión violenta del estado español y por la libertad del pueblo catalán”. Se prevé que sea una convocatoria multitudinaria...”.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Melón.

—Los independentistas han leído historia: no hay revolución sin balas. Necesitan que se monte gorda. Y el guiso ya está caliente.

—¿Pero gorda, gorda? No flipes, si no tienen ejército.

—Los ejércitos se compran. O, mejor aún, los ponen otros, a cambio de futuros favores. Varios países ya han dicho que están a favor de la independencia de Cataluña, aunque no se atreverán a intervenir sin una buena excusa.

—¿Un “hundimiento del Maine”? ¿Unas Torres Gemelas?

Rodrigo asintió.

—Una pequeña masacre por parte de las fuerzas del estado represor sería perfecta. Todos los medios extranjeros estarán presentes. Los creadores de *fakes* dispondrán de cientos de imágenes. Cualquier hecho se multiplicará por mil. Y a todo el mundo le caen mejor los rebeldes desarrapados que las fuerzas del estado, con sus uniformes negros, sus cascos y sus porras.

—A mí no. Darth Vader *for ever*.

Rodrigo se quedó pensativo unos instantes.

—Cada vez estoy más seguro de que el asesino vudú tiene que ver con todo esto —dijo al fin.

—¿Cómo?

—He repasado los vídeos. Su melodía... estaba ahí cada vez que ha habido movida.

—Yo no oigo nada.

—Solo yo lo puedo oír, melón. Pero está ahí. A una frecuencia más baja, y a menor volumen. Así no resulta mortal, pero provoca una sensación tan desagradable en el cerebro, que este se defiende con ira, con violencia. Te vuelve loco.

—¡Pero ahora la podemos neutralizar!

—No del todo, joder, no del todo...

Se quedaron en silencio. A través de la terraza abierta solo se escuchaban las olas y la brisa que hacía rozar las cortinas contra la pared. Era el último piso, y desde allí se contemplaba una bonita vista del Mediterráneo. Se podían acostumbrar a vivir en aquel pequeño apartamento de la Costa Brava. Pero, por lo visto, pronto iban a tener que abandonarlo.

En ese momento, el timbre de la puerta les interrumpió. Rodrigo y Melón giraron la cabeza hacia allí.

—¿Has pedido algo? —preguntó Rodrigo.

—No. Y tú ¿pagaste el alquiler? ¿has puesto la música demasiado alta? ¿has aparcado mal el coche?

Rodrigo negó con la cabeza. El timbre volvió a sonar. Melón se levantó, cauteloso, y acercó el ojo a la mirilla de la puerta.

—¡Hostias! —susurró.

—¡Abrid, sé que estáis en casa! —se escuchó una voz amortiguada— No vengo a deteneros.

Rodrigo la reconoció al instante: Mar. Su corazón dio un vuelco, pero él y Melón se quedaron quietos, sin saber qué hacer. Por fin, Rodrigo le hizo una señal a su amigo.

—Ha venido sola.

Melón, aunque a regañadientes, abrió la puerta. En el descansillo estaba la policía; le apuntaba con una pistola.

—¡Eh, eh, tranquila!

—Entra. Donde os pueda ver a los dos.

Mar dio unos pasos hacia el interior y cerró la puerta tras ella. Indicó a Melón y a Rodrigo que se sentaran en el pequeño sofá del salón.

—Ni un movimiento en falso, o disparo.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Rodrigo, con voz tranquila.

—Dile a Melón que no conteste correos electrónicos. Y que no tienda la ropa en la terraza.

Melón dirigió una mirada culpable a la sudadera de The Kings que

ondeaba al viento junto a su ropa interior. La maldita mancha de tomate no se había ido.

—Es que el tendedero es muy sombrío...

—Joder.

—Primero —interrumpió Mar—, quiero tu relato detallado de lo que le sucedió al psiquiatra, Melón.

Melón carraspeó.

—A ver... Le esperamos escondidos, le drogamos, le echamos al coche, le enchufamos al electrocardiógrafo, yo me fui a buscar pizza y cuando volví me encontré a este sangrando como un cerdo y al doctor con mi destornillador en el cuello, más bien muerto.

—Joder —murmuró Mar torciendo el gesto—. ¿Por qué le secuestrasteis?

—Para conseguir su electroencefalograma.

—¿Porque era un abejorro?

—Claro. Estamos preparando el insecticida. La melodía que se los cargue a ellos. Y necesitábamos sus ondas cerebrales. Ya casi la tenemos, pero hay que probarla, claro.

—Joder —repitió Mar negando con la cabeza y alzando la pistola—. Estáis como una puta cabra, no puedo dejaros sueltos. Vamos a la comisaría.

Melón se levantó del sofá, con resignación, pero Rodrigo se quedó quieto y en silencio.

—Vamos, Rodrigo, no me hagas repetirlo.

El joven continuó inmóvil.

—¿Por qué has venido? —habló al fin— Sola.

Mar se removió, incómoda.

—Porque no quiero más muertes.

—Crees que nosotros tenemos la respuesta.

Mar respiró hondo antes de hablar.

—¿Quién es el asesino vudú?

—No lo sabemos. Pero sabemos dónde va a estar —contestó Rodrigo, señalando la televisión con la cabeza—. Y vamos a por él.

—Vosotros no vais a por nadie. Iré yo.

—Tú no sabes manejar el arma sónica.

—Sé manejar esta —respondió Mar señalando la pistola con la vista.

—¿Te vas a liar a tiros en medio de una manifestación? Te reventará el cerebro antes de que te puedas acercar. A ti y a unos cuantos más.

Mar dudó un momento pero, al fin, se puso a rebuscar en su bolsillo.

—No si neutralizáis del todo su ataque. Os vendrá bien esto —dijo mostrando un pendrive—. Es la melodía asesina. Completa.

—Necesito pillar la piltra —dijo Melón, arrastrando las palabras—. Si tu amiga no nos hubiera encerrado, bajaría a por un par de chocolates con churros, me zamparía los dos y me desmayaría hasta mañana.

—Te he dicho que no es “mi amiga” —respondió Rodrigo.

Alargó la mano hacia el portátil y desconectó de él un pendrive blanco, el que tenía un escudo dibujado.

—Toda la puñetera noche —dijo—, pero esta vez lo tenemos. La partitura completa. Podemos neutralizar del todo la sinfonía de nuestro hombre orquesta.

—Convertirla en la sintonía de Barrio Sésamo. Y gracias a tu chica...

—¡No es mi chica!

—Lo que tú digas, *Iceman*.

En eso sonó el cerrojo de la habitación. Mar se había encerrado allí a echar un sueño, aunque su cara al salir no era de descanso precisamente.

—¿Lo tenéis?

Melón arrancó el pendrive de las manos de Rodrigo y se lo mostró, orgulloso.

—Si ponemos esto al mismo tiempo que su tonadilla, sonará más plana que la Torri, ¿te acuerdas, aquella chica de clase...?

—No es tan fácil —interrumpió Rodrigo—. No basta con conocer las notas, hay que sincronizarlas con lo que esté sonando en ese momento.

—Bah, eso déjame a mí. Son diez minutos, solo tengo que marcar unos cuantos picos característicos...

—Y necesitaremos un equipo potente.

—Sé dónde conseguirlo, una llamadita y lo tienes. ¿Puedo irme a dormir ya? —preguntó Melón a duras penas, justo antes de un enorme bostezo.

Mar asintió, retirándose un poco de la puerta del único dormitorio.

—Aaahhhh, bendita camita —fue murmurando Melón mientras desaparecía por ella. Lo siguiente que se escuchó desde allí fueron unos sonoros ronquidos.

—¿Cómo has podido dormir con él? —preguntó Mar.

—Difícil.

—¿No estás cansado?

—Cuando estoy excitado por algo, me cuesta dormirme. ¿Café?

Mar asintió. No quería familiaridades, pero se moría por un café bien cargado.

—Deja, yo lo preparo —dijo cuando vio que Rodrigo se dirigía a la cocina.

—No soy un inútil. ¿O es que crees que voy a envenenarte?

—No he dicho eso. No quería ofenderte.

—Ni yo. Eres la invitada, deja que lo prepare yo.

Rodrigo se puso a cantarrear. Abrió el armario, cogió el café, la cafetera, la llenó de agua y café hasta el nivel adecuado, encendió la placa vitrocerámica y la puso a calentar.

—Usas tu voz para “ver”, ¿verdad? Como los murciélagos.

—“Soy Batman” —respondió Rodrigo, sonriendo un poco—. Sí, me ayuda.

Rodrigo sacó unas galletas del mismo armario, que, al parecer y dada la escasez de muebles del piso, hacía las veces de despensa, llavero y archivo. Antes de que cerrara la puerta, Mar vio las llaves de un coche y un par de cartulinas apoyadas contra la pared. Eran billetes de tren. Solo alcanzó a leer “Salida: Sants estación, 30/06/2021, 13:20” antes de que Rodrigo se percatara y las guardara en su bolsillo mientras le daba la espalda.

Mar fue a preguntar, pero un destello de lucidez y los meses de entrenamiento en la academia le recordaron que el éxito de una investigación muchas veces reside en tener más información que los sospechosos.

Se quedaron aguardando, en un incómodo silencio.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó Rodrigo.

Mar, que estaba apoyada en un taburete alto, cambió la postura.

—En la UCI del hospital Clínico. Unos radicales le golpearon en la cabeza. Está en coma.

Rodrigo recibió la noticia en silencio.

La cafetera comenzó a borbotear y un intenso olor a café llenó la pequeña cocina.

—¿Cómo lo tomas?

—Con leche fría, por favor. Sin azúcar.

—¿Taza grande?

—Sí, mejor.

Mientras Rodrigo servía el café, Mar decidió cambiar de tema. Hablar de León resultaba doloroso.

—He estado leyendo tu tesis.

Rodrigo se quedó inmóvil por una fracción de segundo.

—Ajá. ¿Y...?

Mar encendió el móvil.

—“Se diría que desde muy antiguo ha habido seres (me resisto a escribir la palabra “humanos”) que, como la Inquisición o los supuestos médicos nazis, han explorado los límites del dolor. Supongo que sorprenderé a muchos al decir que también la música ha sido su instrumento” —apagó el móvil y levantó la vista—. Creí que, titulándose “Música y dolor”, trataría sobre cómo mitigar el dolor mediante musicoterapia, o algo así. Superar traumas físicos, o psicológicos, ya sabes.

—Pues ya ves —respondió Rodrigo, tendiéndole una taza.

—¡En realidad trata sobre cómo producir dolor con la música! Trata de... el asesino vudú. Tu profesor y tú estabais investigando sobre él.

Rodrigo asintió en silencio, mientras se llevaba su taza a los labios.

—No me extraña que fuera a por vosotros —añadió Mar—. ¿Quién es... “N. A. Logan”? Le dedicas un capítulo entero.

—Un compositor. Se le considera el precursor de la “música inductora”, un concepto que se ha desarrollado después en áreas como el *Audio Marketing*, el *Audio Branding*... Esa música que ponen en las tiendas y que te hace comprar. Aunque él en realidad trabajó para los servicios secretos.

—¿Cómo?

—Sí, buscaba sonidos que pudieran influir a las masas: disolver manifestaciones, por ejemplo, o inducir el miedo en el enemigo. Pero algunos dicen que su auténtica misión era... encontrar un arma.

—Vaya, el asesino vudú y tú compartís ídolos. ¿De qué época es?

—Moderno, murió en los noventa. Con treinta y pocos, además. La leyenda dice que fue víctima de su propio descubrimiento.

Mar partió un par de galletas y las arrojó al interior de la taza.

—También citas un par de veces a... Laura Tabar.

Rodrigo se puso más serio. Echó un trago a su café antes de contestar.

—Sí, ella era... es dos años mayor que yo. Me basé bastante en su tesis

para la mía. Seguía la misma línea de investigación. Laureano Gracia, nuestro profesor, también compartía mis ídolos...

—¿Te enamoraste de ella? —le interrumpió Mar.

Rodrigo sonrió solo con la mitad de la boca. Volvió a echar un trago de café y se quedó mirando al infinito.

—Eso creía. Aunque últimamente he comprendido que no lo suficiente —contestó al fin, girando la cabeza hacia Mar.

Los dos se quedaron frente a frente. Aunque Mar sabía que era ciego, sintió como si pudiese ver a través de su alma. Notó que se estaba poniendo colorada y bajó la mirada, concentrándose en su taza de café.

—¿Te importa —dijo Rodrigo de repente, dejando su taza medio llena sobre la encimera— que continuemos más tarde? Se me está echando el cansancio encima.

—No, claro. Si Melón te deja.

—No te preocupes, he aprendido a apartar los sonidos —dijo mientras se alejaba rumbo al dormitorio. Cerró la puerta tras él.

Mar se llevó la cuchara a la boca. Había tocado un tema sensible. De pronto se le ocurrió una idea. Volvió a empuñar el móvil y tecleó “Laura Tabar” en Google. Sus amigos dijeron que había desaparecido, pero...

Encontró varios perfiles en Facebook con ese nombre, pero todas eran mujeres sudamericanas o de otras edades. Lo mismo en Instagram, Twitter, Pinterest...

—Bufff...

Efectivamente, había desaparecido. Se había esfumado en el aire.

Entonces tuvo otra idea. Abrió la tesis de Rodrigo y buscó en la bibliografía hasta que encontró lo que buscaba: “Laura Tabar Labrado”.

Esta vez tecleó “Laura Labrado” en el buscador. Aguardó unos instantes y...

—¡Bingo!

Una pequeña web en inglés anunciaba “*Laura Labrado: Music and Conductual Therapy*”. En el apartado “Contact” aparecía un número de teléfono con prefijo 44. Reino Unido.

Mar no lo dudó. Salió a la terraza, donde el sonido de las olas diluiría su voz, y marcó el número. Aguardó unos instantes hasta que sonó el tono de llamada.

—*Hello, Laura Labrado speaking* —contestó una voz femenina.

—Hola, Laura. Soy la inspectora Mar Espinosa, del Cuerpo Nacional de Policía de España. Te llamo en relación a Rodrigo Iniesta.

Las palabras de Mar fueron recibidas con un silencio tenso. Pudo imaginar el dedo pulgar de la chica planeando sobre el botón rojo para colgar.

—Sí, ¿qué desea? —respondió al fin.

—No sé si está al corriente de los hechos que sucedieron en febrero de 2020 y posteriormente.

Nuevo silencio.

—Sé que el profesor Laureano Gracia murió en su despacho y que Rodrigo sufrió un ictus o algo así que le mantuvo en el hospital un tiempo. Pero después se repuso ¿verdad?

—Bueno, solo en parte. Terminó internado en un centro psiquiátrico.

Mar creyó escuchar un gemido al otro lado de la línea.

—¿E... está bien? —preguntó Laura con voz temblorosa.

—Digamos que tuvo... secuelas. El caso es que Rodrigo se fugó del sanatorio y se ha visto involucrado en un caso delictivo grave. Necesito que me cuente todo lo que sepa sobre él y sobre Laureano Gracia. Puede ser muy importante. Usted realizó su tesis doctoral con el profesor ¿verdad?

—Sí.

—¿De qué trataba?

—Del empleo terapéutico de la música en casos de lesiones cerebrales.

“Vaya”.

—¿Cómo conoció a Rodrigo?

—Yo era dos años mayor que él, estaba terminando mi doctorado cuando él llegó al departamento.

Laura detuvo su relato. Estaba midiendo sus palabras. Pero Mar no lo iba a permitir. Tenía que hacer que siguiera hablando.

—¿Qué sensación tuvo de él?

—Era brillante. Un genio. Lo que a los demás nos costaba días, él lo hacía en minutos: una nueva composición, un diseño de experimentos, una estadística... Daba igual.

—¿Sentía envidia de él?

—Le admiraba.

—¿Hasta qué punto? —había que dar el todo por el todo— ¿Hasta enamorarse de él?

Esta vez el silencio de Laura fue más prolongado.

—¿Laura?

—Sí, me atrajo. ¿Cómo no? Al verle sabías que sería el próximo Bach. Pero no parecía interesado en las chicas... ni en los chicos, me refiero a que no parecía que el amor entrara en sus planes. No parecía el tipo de tío capaz de enamorarse de nadie. Eso le hacía más atractivo aún.

—Pero finalmente lo consiguió.

—Sí... creo.

Mar calló, para dar tiempo a que Laura se explicase un poco más.

—Salimos juntos una temporada —continuó.

—¿Estaban saliendo cuando ocurrió el incidente?

—Sí.

El momento de la verdad.

—Entonces, ¿por qué le dejó? ¿Por qué se marchó tan repentinamente? Y tan lejos.

Un pequeño sollozo ahogó la voz de Laura para, unos segundos después, brotar como un torrente. Se veía a las claras que eran palabras retenidas durante mucho tiempo.

—Yo tenía una historia con Laureano. Aunque era mayor que yo, me atraía su... su sabiduría, su madurez. Fue anterior a lo de Rodrigo y tenía pensado dejarlo en cuanto empecé con él, pero... digamos que no me despedí a tiempo.

Un nuevo sollozo acalló su voz. Mar aguardó pacientemente a que se recuperase.

—Rodrigo nos descubrió —continuó—. Creo que se volvió loco. Hizo aquello y después... creí que vendría a por mí.

—¿Qué... qué es lo que hizo?

Un abismo pareció abrirse ante Mar.

—Fue él. Quiso matar al profesor y suicidarse al mismo tiempo.

—¿¿Cómo??

Algo hizo girarse a Mar, y allí estaba. Rodrigo la observaba desde la puerta acristalada.

—Tengo que dejarte —dijo, cortando la llamada.

Rodrigo dio un paso al frente, entrando en la terraza y bloqueando la salida.

—¿Con quién hablabas? —preguntó.

Con un movimiento rápido, Mar sacó la pistola.

—Con alguien a quien conoces. Laura. Según ella, tú sabes bien quién es

el asesino vudú, ¿verdad?

—¿Sí? Sorpréndeme.

—Tú. Siempre has sido tú. Soy una gilipollas, no puede haber tantos genios.

—Yo tenía quince años cuando él empezó a matar.

—¿Y qué? No serías el primer adolescente psicópata de la historia.

Rodrigo parecía tranquilo, a pesar de todo.

—¿Recuerdas que te salvé de él?

—¡Nunca le vi! Fuiste tú mismo el que tocó la melodía asesina y luego el antídoto, para aparecer como mi salvador. Para ganarte mi confianza.

Mar sacudía la cabeza: de pronto lo veía todo claro, como si la respuesta hubiera estado ahí, delante de sus ojos, todo el rato, y solo ahora se hubiera encendido la luz.

—Eres frío como una serpiente. Te cargaste a todo el que significaba una amenaza. Incluido tu maestro. Y, por tu culpa, murió Paula. Has estado engañando a todos, también a Melón, tu único amigo.

Rodrigo dio un paso a un lado. Mar giró a su alrededor, apuntándole, como si estuvieran danzando, trazando un círculo lo más amplio posible en el reducido espacio.

—Buena teoría la tuya. ¿Y por qué andaba buscando la melodía asesina, entonces? Si yo era su autor.

—Porque la habías olvidado. El shock cerebral te dejó inconsciente durante días. La mente no es tonta: reaccionó olvidando lo que casi la mata. Y yo te la he dado. Joder...

Rodrigo dio otro paso, acercándose a la barandilla de aluminio. Mar volvió a girar a su compás.

—Esta vez se acabó el juego —dijo sacando sus esposas—. Gírate contra la barandilla y pon las manos a la espalda. Estás detenido.

—Te estás equivocando —respondió Rodrigo, empezando a girarse—. Y el domingo...

—El domingo ya no va a ocurrir nada.

Mar enfundó un instante la pistola para esposarle pero, antes de que pudiera tomar la mano de Rodrigo, este... saltó.

Mar se asomó a la calle y aún pudo ver como Rodrigo golpeaba en la barandilla del piso de abajo, sin poder sujetarse, pero frenando y desviando lo suficiente la caída como para colarse en la terraza del piso siguiente.

—Cabrón —murmuró abalanzándose sobre la puerta y maldiciendo no haber señalado la llave buena y haber dado tres vueltas a la cerradura. Cuando consiguió abrir se arrojó escaleras abajo. Se cruzó con los vecinos que, asomados al descansillo, todavía no se habían repuesto del susto de ver caer a alguien en su terraza, atravesar su salón tropezando con todo y huir. Ver la pistola en las manos de Mar ya fue demasiado.

—¡Policía! ¿Por dónde ha huido?

—¡Cogió el ascensor! —dijo el marido, empujando a su mujer al interior y cerrando la puerta tras ellos.

“¡Mierda!”. Le llevaba mucha ventaja.

Mar bajó las escaleras de dos en dos, salió del portal y miró a ambos lados de la calle. Desierta. Tan solo se distinguía a algún paseante por la playa, saltándose la prohibición de meter perros en la arena.

Corrió hasta la esquina y se asomó. Nada. Volvió sobre sus pasos, mirando por todas partes, incluyendo debajo de los coches. Pero fue inútil.

—¡Joder! —exclamó con rabia, dando una patada a un contenedor de basura repleto.

Mientras recuperaba el aliento, enfundó la pistola y caminó de nuevo hacia el portal.

—Mierda —dijo, acelerando el paso.

Irrumpió en el portal, subió en el ascensor, que todavía estaba abajo, abrió la puerta de la casa y... Nada. Solo el sonido de las olas y el roce de las cortinas, mecidas por la brisa, contra la pared.

La mecha

“...En Cataluña se están violando los derechos humanos más fundamentales. Mi país, Rusia, apoya firmemente la postura de un pueblo cuya voluntad se está ignorando reiteradamente...”. “...Estamos frente a una nueva era en Europa, la del multinacionalismo...”. “...El partido Nueva Alianza Flamenca obtiene un 62% de los votos en la región de Flandes...”. “...Los partidarios de un nuevo referéndum en Escocia salen a la calle...”. “...Violencia en una manifestación independentista en Córcega...”. “...La ultraderecha italiana exige más contundencia...”. “...El portavoz de Vox, ante la prohibición de convocar una nueva manifestación el domingo, llama a la ciudadanía a una protesta paralela...”. “...Aunque de momento se descarta nuestra intervención, el Ejército está preparado...”.

Mar apagó la televisión. Y el móvil. Era imposible abstraerse de las noticias que, como un hacha talando un árbol, incidían una y otra vez en la idea de que el proyecto europeo, que había nacido como antídoto para las guerras entre vecinos, estaba a punto de derrumbarse.

Y en su cabeza no había lugar para más ideas: iba a vengar a Paula. Y al profesor. Y a esos jóvenes arrancados a sus padres. Iba a retirar a un psicópata más del mundo civilizado.

Solo quedaban dos días para la manifestación. Y él estaría allí.

“Va a haber miles de personas, idiota, ¿cómo coño le vas a encontrar?”, repetía una vocecilla impertinente dentro de su cabeza.

—Le encontraré.

Sabía que Rodrigo iba a llevar a cabo alguna acción; algo importante, aunque no sabía qué. Solo rezaba para que no utilizase la melodía asesina, que ella misma le había facilitado.

Estudió el mapa de la zona y cómo se habían dispuesto escenarios, cámaras y equipos de sonido en ocasiones anteriores. Tendría que estar allí temprano, para situarse. Y sin que sus compañeros policías la localizaran. Pero el área era amplia, y los movimientos entre el gentío serían complicados. Si se equivocaba, sería muy difícil rectificar.

“Ojalá estuviera León”, se sorprendió pensando. Era la única persona a la

que habría podido contarle todo y —quizá— no habría pensado que estaba loca.

El timbre de su móvil la sacó de su ensoñación. Miró la pantalla. “¡Vaya!”

—Buenos días, Menéndez.

—Buenos días, princesa.

Mar resopló.

—¿Qué se te ofrece?

—¿Qué tal está León?

—Sigue en coma —“pero yo no puedo ir a verle. Se supone que estoy en casa, en Madrid”—. Sin novedad.

Menéndez se mantuvo en silencio, seguramente sopesando y descartando varios comentarios fuera de lugar.

—Bueno, pues a esperar. Oye, una cosa —añadió—, ¿te sigue interesando lo del asesino vudú?

La espalda de Mar se separó bruscamente del respaldo del sillón, aunque se obligó a serenar el tono de voz antes de contestar.

—Sí, por curiosidad.

—Pues tengo aquí más papeles, una carpeta así de gorda. Ya sabes, la que estaba en casa de...

—Paula.

—Sí. Se ve que al que le habían encargado el caso está de baja, o le han mandado a Barcelona o algo, y me ha vuelto. ¿La archivo —“la guardo en una caja en lo más profundo del sótano, donde nadie jamás será capaz de encontrarla”— o la quieres para algo? Te la puedo dejar en tu mesa, para cuando vuelvas.

La respiración de Mar se aceleró.

—Te voy a pedir un favor, Menéndez.

—Buenoooo...

—¿Me la podrías escanear y enviármela por correo, por favor?

Mar cerró los ojos. Se esperaba un “¡Ja! La novata se cree que soy su becario”, o algo así. Pero, en cambio...

—No hay problema. Esta semana nos han enviado a un chiquillo de esos... ya sabes... un poco retrasado, que está escaneando todos los informes para eso del archivo digital. Es un máquina, llega antes de la hora y se marcha el último, y no levanta cabeza ni para comer. Estoy pensando en sustituir a un par de veteranos por este... Se lo paso y ya está.

“¡Bien!”.

—Sería genial. Ahora mismo no tengo mucho que hacer, así me entretengo.

—Pues nada, en un rato lo tienes. Te la apunto ¿eh? Estos favores no son gratis.

—Por supuesto. Mi cuenta de birras debe estar en números rojos, pero...

—Ya pagarás, ya. Bueno, te dejo, que aquí hay mucho tajo, ya sabes.

—Sí, buen día, Menéndez.

Mar colgó y se quedó mirando el teléfono. ¿Cuánto tardaría? Por fin iba a poder echar un vistazo a la carpeta original del caso, la que se empezó a confeccionar once años atrás. La que mató a Paula.

No podía esperar. Se preparó otra taza de café —necesitaba estar despierta— mientras no dejaba de mirar la pantalla de su móvil. Para su sorpresa, no había terminado de servírselo cuando le llegó un correo: “El asesino vudú”.

—Joder, qué eficiencia —murmuró llevándose la taza al sofá.

El correo solo contenía un saludo escueto y un PDF. Lo abrió con dedos impacientes.

Lo primero que llamó su atención fue el formato en que se había escrito el informe; resultaba anticuado. “A lo tonto, ha pasado tiempo”, se dijo. Lo segundo fue la caligrafía. Había algo familiar en ella. No sabía por qué, pero el pulso se le fue acelerando a medida que su mirada recorría el papel, hasta la firma.

Entonces se le detuvo el corazón.

Casi pudo ver al hombre que, en un desvencijado escritorio de la comisaría, trazaba con rasgos firmes y bolígrafo barato aquella firma.

“R. Espinosa”.

Era muy entrada la noche, aunque los estores opacos y la luz eternamente artificial de la UCI no habrían permitido distinguirlo desde dentro.

—No puede entrar, no es hora de visitas —informó el único enfermero que quedaba en la sala a aquellas horas. El resto permanecía de guardia en la sala de descanso, cenando a cuenta del regalo de un familiar agradecido.

—Solo serán unos minutos —insistió el joven—. Vengo desde Ciudad Real... y quizá no pueda estar con mi amigo nunca más.

—Bueno... —dudó el enfermero, mirando con descaro esos ojos inexpresivos, que sabía que no podían verle a él— Ya que ha venido de tan lejos... Puede ver... quiero decir, visitar al paciente cinco minutos, no más.

—Gracias. Gracias, de verdad.

El enfermero se acercó a él con la intención de guiarle por la sala pero, para su sorpresa, el chico, mirando al techo, se dirigió directamente a la cama de su amigo. Se sentó a su lado, sacó de su mochila un pequeño teclado y unos auriculares, y se los colocó al policía en los oídos.

—Su canción favorita —le dijo al enfermero, antes de que desapareciera rumbo a la sala de guardia.

Eran las tres de la mañana y Mar seguía enfrascada en la lectura de aquel informe. No podía dejar de hacerlo. Por un lado, solo quedaban unas horas para la manifestación, tenía que darse prisa si quería sacar alguna pista más y, por otro, había comprobado las últimas fechas registradas con la firma de su padre: marzo de 2012. Justo antes de su muerte.

Aquel había sido probablemente su último caso. Leer sus notas, los datos que apuntaba, su forma de expresarse... era como hablar con él.

Se frotó los ojos cansados. Repasó cada uno de los artículos de Melón, muchos más de los que ella había podido encontrar, que su padre había recopilado cuidadosamente y llenado de anotaciones a bolígrafo. Informes de autopsia, mapas y calendarios con fotos de sus víctimas... Ahora que sabía que el asesino vudú era Rodrigo, todo resultaba de lo más tétrico. ¿Habría llegado su padre a la misma conclusión? ¿Estaba cerca de atraparlo?

—¿Dónde querías llegar?

Sabía que estaba cerca. Cerca de algo... pero la cabeza se le embotaba; las ideas se amontonaban unas sobre otras, bloqueándose entre sí. Cada vez que parecía llegar a algún resultado, encontraba algo que lo desmentía.

Sería mejor dormir un rato. No era la primera vez que se había despertado con la solución a algún problema en la cabeza, solo había que dejar que las ideas se ordenaran solas, que las neuronas se reconectaran y ¡voilà! Rezó para que esta fuera una de esas ocasiones. Ya no tenía tiempo.

Entonces, justo cuando iba a cerrar la carpeta, lo vio.

Un artículo de Melón, que ya había leído dos veces, pero en el que había

pasado algo por alto: un nombre que su padre había rodeado con un círculo y que le resultaba familiar. “N. A. Logan”.

—El científico que aparecía en la tesis de Rodrigo... ¿por qué lo señalaste? —murmuró para sí.

Encendió su móvil y tecleó el nombre. Solo tuvo que aguardar unos instantes hasta que aparecieron varios artículos y, lo que llamó más su atención, algunos vídeos, aunque en ninguno de ellos aparecía ni una sola fotografía del hombre. Quizá tenía algo que ver con su pasado en los servicios secretos.

El primero de los vídeos era una entrevista a un experto en marketing, alguien que explicaba cómo se seleccionaba la música aparentemente aleatoria que sonaba en tiendas como H&M o Bershka. Solo nombró a Logan como uno de los precursores de la música inductora, en este caso a la compra compulsiva.

El segundo resultaba mucho más humilde, tan solo consistía en una sucesión de fotografías de paisajes solitarios acompañados de una melodía. Una melodía que le resultaba familiar. ¿Dónde la había escuchado? ¿En un anuncio? ¿En una tienda?

—Joder, lo tengo en la punta de la lengua —se quejó en voz alta, aunque un gran bostezo impidió que se le entendiera el final. A aquellas horas, la distancia entre la punta de su lengua y el mundo real era como Tarifa vista desde las colinas de Tánger: cercano e inalcanzable a un tiempo.

El último día

Eran las ocho y media de la mañana y ya había mucho movimiento en la plaza, aunque fuese domingo y la manifestación estuviese convocada para las once. Rodeaban el lugar numerosas furgonetas con grandes antenas, unidades móviles de conocidas emisoras de radio y televisión, y otras tantas de color azul y con las ventanillas enrejadas. Decenas de policías, imponentes con sus uniformes de intervención y sus armas automáticas, permanecían en posición, vigilando todo cuanto aconteciera en el recinto.

Mar se había soltado su habitual coleta y puesto una gorra de visera ancha que le tapaba el rostro a poco que agachara la cabeza. Una visita rápida a las tiendas del centro había completado su vestimenta con una chaqueta con capucha, que le permitiría taparse más aún dejándole acceso a su pistola, unos vaqueros anchos que disimulaban su silueta y unas deportivas, todo lo más discreto y alejado que pudo de su estilo habitual.

Con una pequeña mochila a la espalda, recorrió la plaza como una turista curiosa, mientras echaba un vistazo a la disposición de los distintos elementos en la misma. Se había colocado un escenario en uno de sus extremos, el opuesto a la fuente, y frente a él se elevaban dos plataformas, que albergaban unas cuantas cámaras de televisión. Junto a ellas, una amplia carpa protegía los equipos de los técnicos de sonido. Mar siguió con la mirada los cables que los unían a unos gigantescos altavoces situados a ambos lados del escenario.

Ese sería el lugar.

De alguna forma, Rodrigo tenía que acceder al sonido. Era su arma.

Ya sabía dónde quería situarse. Ahora debía hacer tiempo hasta que la plaza se llenase un poco más. Echó una mirada alrededor y, al divisar un Dunkin' Coffee, decidió tomarse su segunda dosis de cafeína del día. La primera, fría y preparada con los restos que encontró en la cafetera, apenas le había dado para vestirse y llegar allí como una zombi adormilada. Las esperanzas de Mar acerca de la función esclarecedora de la almohada no se habían cumplido; demasiado pocas horas de sueño. Sus neuronas seguían igual de desconectadas que la noche anterior.

Daba igual. Ahora tenía una misión muy clara: pillar al asesino vudú.

Rodrigo Iniesta.

Se sentó en un taburete alto frente a la cristalera que daba a la plaza, con su vaso de cartón, un donut en la mano y el móvil en la otra. Dio un repaso rápido a las noticias del día; en la sección de “última hora” de algunos periódicos ya se hablaba de los preparativos de la manifestación. Se preveía que fuese multitudinaria, los convocantes se habían encargado de encender los ánimos los días anteriores. La fotografía del activista muerto en comisaría llevaba toda la semana siendo *trending topic*, y sus líderes invitaban abiertamente a decir adiós a la revolución de las sonrisas.

Por si fuera poco, algunos diarios hablaban de una contramanifestación convocada a través de las redes sociales por partidos de ultraderecha, con titulares como: “La policía, cómplice de la provocación al permitir la contramanifestación de la ultraderecha”, o “El estado español vuelve a intentar sabotear la libre expresión del pueblo catalán”, mientras otros lo anunciaban como “la verdadera manifestación no patrocinada por el *govern*”.

—Todo muy conciliador —murmuró Mar, mientras observaba a través del escaparate de la cafetería cómo se iba llenando la plaza.

Cerró el navegador y decidió darle una última oportunidad a sus maltrechas neuronas. Echó una mirada a sus archivos, que tenía cuidadosamente clasificados en carpetas: “Asesino vudú — Atestado 1”, “Asesino vudú — Atestado 2”, “El Músico”...

El músico. Rodrigo.

Su pulgar planeó sobre la pantalla hasta posarse en esa carpeta. Parecía que habían pasado siglos desde que comenzara a trabajar en ella. Contenía a su vez varios archivos: “Incidente universidad”, “Declaraciones testigos”, “Historial clínico”, “Visita psiquiátrico 1”, “Visita psiquiátrico 2”..., así como numerosas fotografías. Solo ella sabía que faltaban partes importantes por reflejar en aquel atestado. Pronto estaría completo. Aunque le costara la carrera.

Le asaltó la imagen de Rodrigo la primera vez que le vio, en su habitación del psiquiátrico, haciendo equilibrios sobre una silla y abalanzándose sobre ella porque le sonó el móvil. Y más tarde, en la sala común, desvariando desde sus primeras palabras. ¿Cómo le podía haber llegado a inspirar confianza?

Dio un gran trago a su café. Sabía la respuesta, pero no estaba dispuesta a aceptarla. Ahora había un muerto más. Al menos.

Y Rodrigo podía darse por jodido.

Tiró el vaso de cartón y salió a la calle. Eran casi las diez y el ambiente había cambiado: el lugar se había poblado de esteladas y de gente formando grupos compactos y silenciosos. No existía el ambiente festivo de otras ocasiones. Bastó con que Mar pisara la plaza para sentir la tensión en sus carnes. No era la primera vez que asistía a una manifestación; el poder de la multitud, de la masa humana, ya era bastante intimidante. Pero esta vez era distinto. Algo en la actitud de la gente, en sus semblantes, decía que iba a haber pelea.

Y una pelea entre miles de personas se llama batalla.

Afortunadamente, no había señal de la anunciada contramanifestación de la ultraderecha, o no habría fuerzas del orden suficientes en el mundo para detenerla.

Observó a todo el que iba llegando. Su actitud al pasar junto a los policías uniformados distaba mucho de ser respetuosa, los miraban con desprecio, muchos murmuraban insultos y algunos escupían, demasiado cerca de sus pies.

—Fascistas de mierda, os vamos a destripar a todos —escuchó Mar a uno de ellos.

El policía que estaba más cerca ni siquiera movió los ojos, pero un ligero ensanchamiento de las aletas de su nariz le indicó que lo había captado.

Mar bordeó a sus compañeros a una distancia prudente. Sin un uniforme que la distinguiera del resto, era una manifestante más. Su placa oculta e incluso su pistola cargada le parecían una defensa muy pobre en aquel maremágnum.

Se fue desplazando entre la gente hasta apostarse junto a la carpa de los equipos de sonido. Allí un par de hombres con auriculares al cuello aguardaban a que empezara el espectáculo.

Miró alrededor, en busca de algo que delatara la presencia de Rodrigo, pero pronto se convenció de que una cabeza más iba a resultar indistinguible en aquel mosaico de pañuelos, banderas y gorras multicolores. Solo pudo confiar en que había acertado con su posición y que, en algún momento, su blanco se iba a acercar a ella.

Lo que sí alcanzó a ver hizo que, instintivamente, agachara la cabeza.

Anglona.

Estaba allí, a un lado del escenario, junto a un coche oficial y un furgón blindado. Levantó la vista despacio y observó con más cuidado. Sí, era él.

Reconoció a varios de los compañeros que le rodeaban, algunos de uniforme y otros de paisano. Le pareció imponente, aun a su edad. De pie, erguido, conservando el control en medio de la crisis.

A pesar de que entre la multitud era casi imposible que la reconociera, Mar prefirió bajar de nuevo la cabeza y dirigir la mirada a los técnicos de sonido. Estos permanecían de pie y activos, aunque aparentemente no había nada que hacer. Pero en ese momento, como para contradecirla, el que estaba más cerca de los controles se puso un auricular al oído y, asintiendo, subió uno de los mandos.

Mar aguardó a escuchar algo, quizá música ambiente o algún himno catalanista que contribuyera a enardecer más aún a la muchedumbre, pero no sonó nada. Debía ser tan solo un ajuste. Sin embargo, algo llamó su atención: los subwoofers comenzaron a vibrar. Observó con más cuidado, a aquella distancia era fácil confundirse. Pero no se equivocaba, la membrana de los enormes altavoces vibraba sin duda.

“¿Por qué?”.

Como en respuesta, a los pocos segundos un megáfono entonó una proclama en catalán que enseguida fue acompañada por miles de gargantas.

—*¡Policia assassina! ¡Policia assassina!*

Mar se encogió. Si aquellos que estaban alrededor, agitando el puño en el aire y gritando con toda su fuerza, descubrían que era uno de ellos, lo iba a pasar mal. Entre la multitud, escudriñó la reacción de Anglona. Le vio dirigir una mirada al oficial que estaba junto a él. Este ladeó la cabeza hacia su comunicador y al instante las puertas de los furgones se abrieron y comenzaron a descender de ellos más policías, esta vez equipados con cascos y escudos. El volumen de los pitidos se convirtió en un clamor.

Desde un balcón cercano, uno de los pocos que asomaban directamente a la plaza, un anciano observaba la situación, complacido. Giró la cabeza para dirigirse a la altísima mujer apostada tras su silla de ruedas.

—¿Lo notas? ¿Notas como empieza a llegar la savia?

Ella, con una inconfundible expresión de placer, asintió.

—¿Cómo llegáis tan tarde? —les increpó el *mosso*, aunque sin mucha

convicción. ¿Cómo no iba a dejar entrar a los de Radio Catalunya?—. Venga, meted la furgó aquí mismo, detrás del escenario.

El técnico, un joven más bien grueso y con pinta de no haberse duchado en mucho tiempo, le sonrió y, con gestos enérgicos, maniobró para incrustar la furgoneta marcha atrás en el estrecho espacio que quedaba, subido al parterre. Salió golpeando con la puerta al coche de al lado, a lo que el *mosso* resopló y se dio la vuelta.

El técnico, que lucía una sudadera de un grupo musical con una gran mancha de tomate, se dirigió a la parte trasera de la furgoneta y abrió los portones. Si hubiera seguido mirando, el *mosso* se habría percatado de que en las pegatinas de los enormes altavoces que había en su interior no ponía “Radio Catalunya”, sino “Diarrea Masiva”.

Melón arrojó un amasijo de cables a la calle y, tras desconectar los de RadioUnión, los enchufó volvió a subir a la furgoneta.

—¿Qué? ¿Oyes algo? —dijo antes de ponerse los cascos y subir a tope el volumen del Walkman que los chicos de Diarrea habían dejado para él en la furgó.

Rodrigo asintió.

—Hay que darse prisa.

De pronto a Mar le asaltó una idea inquietante: ¿y si Rodrigo no necesitaba la mesa de sonido? ¿Y si, con la ayuda de Melón, era capaz de interferir la señal y mandar su melodía directamente a los altavoces?

—Mierda.

“Nueva táctica”, pensó, midiendo la distancia que la separaba de ellos. Si era necesario, pegaría un tiro a los aparatos para desactivarlos.

—Cago en la puta —murmuró entre dientes, comenzando a propinar empujones. Iba a ser más complicado de lo que parecía. La gente estaba tan enardecida que apenas se percataba de ella, pero sus cuerpos tensos respondían con codazos y apretones.

Poco a poco consiguió avanzar entre el gentío hasta situarse cerca del escenario, con buen ángulo para disparar si fuese necesario. Lo malo es que también se encontraba a pocos metros de Anglona. Se extendió más aún el pelo sobre la cara y, levantando el puño, le dio la espalda y gritó como una más, rezando para que nadie la reconociera.

En ese momento, en la gran pantalla al fondo del escenario apareció una imagen. Era el rostro del joven muerto en comisaría. El griterío se redobló.

—¡Joan Martí! ¡Joan Martí! —y, de nuevo, aunque mucho más fuerte—
¡Policia assassina! ¡Policia assassina!

Los que estaban cerca de los policías levantaban el puño a pocos centímetros de sus rostros. Estos procuraban mantenerlos impassibles, pero el ángulo con que sostenían las porras se había elevado unos grados: había tensión en sus músculos. Un escupitajo se estrelló contra el cristal del casco de un policía y se deslizó por él hasta caer al suelo.

El altavoz seguía vibrando, cada vez con más ímpetu.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes? —decía el anciano, cada vez más complacido.

En ese momento alguien subió al escenario. Era un personaje conocido de la política catalana, aunque Mar ignoraba su nombre. Llevaba una sencilla camiseta con el mismo rostro que seguía llenando la pantalla del fondo: el de Joan Martí. Los gritos increpantes se transformaron en una gran ovación.

El hombre se acercó al micrófono. En ese momento se hizo el silencio en la plaza. Fue tan repentino el cambio que atronó como un cañonazo. Y, gracias a eso, Mar pudo escucharlo.

Un móvil.

Una melodía que conocía muy bien, pero que unas horas antes no había sido capaz de identificar. Su corazón pareció detenerse y el aire de la plaza espesarse como gelatina, incapaz de llegar a sus pulmones.

Se giró lentamente y miró al hombre que descolgaba el teléfono.

—¿Lo tienes?

—Un momento, un momento —respondió Melón, concentrado en el teclado de su portátil. Sacudió la cabeza—. Aún no lo detecta.

—Mierda de tecnología —se lamentó Rodrigo—. Dame la antena. Voy a salir.

Mar, como en un sueño, se giró del todo, en dirección contraria a la muchedumbre que atendía el discurso de su líder, para mirarle de frente.

Él descubrió sus ojos entre la multitud. Y al instante supo que le habían descubierto.

Anglona.

—... *però hi ha alguna cosa que no ens poden robar: la llibertat!*

Una sonora ovación recibió estas palabras, y se redobló con el inicio de una conocida melodía, acompañada de subtítulos bajo la fotografía de Joan Martí. Todos, como una sola garganta, se pusieron a cantar *Els Segadors* con voces partidas por la emoción.

En ese momento uno de los grupos más numerosos, que Mar había visto llegar de los primeros a la plaza aquella mañana, desplegó en el mismo centro del recinto una gigantesca bandera de España.

Los abucheos e insultos no se hicieron esperar. Se extendieron como una ola por toda la plaza, según la multitud iba percatándose. Comenzaron los primeros forcejeos, cuando intentaron arrancar la bandera de sus manos.

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!

Anglona desvió la mirada de Mar para dirigirla a los técnicos de sonido. Los altavoces comenzaron a vibrar aún más fuerte.

Llegaron los primeros golpes. Más torpes que en las películas, pero mucho más crudos. Rápidos y sucios intercambios buscando hacer el mayor daño a sus oponentes. Sangre en algunos rostros. Lágrimas.

—¡Fascistas! ¡Hijos de puta!

Los altavoces vibraron aún más fuerte.

Era el caos. Algunos, los más violentos, intentaban acercarse a los contramanifestantes, mientras otros pretendían huir del recinto. Pero las salidas estaban bloqueadas. Era una ratonera. Las primeras personas cayeron al suelo, tropezando. Y la multitud no se detenía por nadie.

—Es el momento —dijo la voz metálica al otro lado del teléfono.

Anglona miró hacia un balcón desde el que se dominaba la plaza y asintió. Se dirigió a Mar que, entre la confusión, había logrado acercarse lo suficiente.

—No deberías estar aquí —dijo el comisario.

—¿Espinosa? —sonó la voz en su auricular— *Debí acabar con ella al mismo tiempo que con su compañero.*

—Usted no debería estar aquí, señor Anglona. ¿O debo decir “N. A. Logan”? —respondió Mar apuntándole con su pistola desde el bolsillo de la chaqueta.

La boca de Anglona se torció en una sonrisa.

—Vaya, tú también me has descubierto.

—El primero fue mi padre, ¿verdad? Por eso le mataste. No fue un atracador, ni una banda callejera. Fuiste tú.

Anglona se encogió de hombros.

—Y te encargaste de enterrar el caso entre los más inútiles del departamento, para que nunca se resolviera —añadió Mar, sacudiendo la cabeza.

Anglona dio un paso hacia ella y Mar levantó la pistola, que se marcó más aún bajo su chaqueta.

—Te subestimé. Aunque ahora eso da igual —dijo Anglona deteniéndose, mientras pulsaba la pantalla de su móvil.

Un sonido horrísono y a un volumen brutal inundó la plaza. Pudo sentir la onda de choque en la cara cuando los altavoces se pusieron a emitir de golpe a toda potencia. Y también como su cráneo casi reventaba bajo la presión de sus sesos hirviendo.

Cayó al suelo, como toda la multitud alrededor, excepto Anglona. Intentaba en vano taparse los oídos, cuando se percató de que todavía llevaba la pistola en la mano.

Sería lo último que hiciera.

Con infinito dolor, gritando sin voz, separó la mano de su cabeza e intentó apuntar al comisario, pero todo se había vuelto borroso. Cuando logró enfocar la vista, el comisario ya no estaba.

De pronto, un golpe tan fuerte que creyó que le había partido el brazo le hizo soltar el arma. Vio a Anglona agacharse y recogerla del suelo, mientras levantaba la vista para contemplar su obra: miles de personas retorciéndose de dolor a su alrededor. Él cerró los ojos. Sonreía.

—Aaaaahhhh...

El anciano se abandonó al éxtasis absoluto. Notó como una descarga de

energía pura recorría desde su ralo cabello hasta las uñas de sus pies, llenándole de un nuevo vigor. A través de sus párpados casi cerrados observó las arrugas de sus brazos, que se tensaban poco a poco hasta desaparecer.

Llegó la paz. Su cerebro debía haber reventado al fin como un grano de maíz al calentarse. Y no fue doloroso; solo una liberación. Después de aquella sensación de aplastamiento, era como si una nube se la llevara flotando.

Notó una presencia junto a ella. Quizá era su padre. La abrazaba y la arrullaba para acompañarla al otro lado.

Entonces abrió los ojos y le vio.

Rodrigo. Como aquella vez en el garaje, se había arrodillado a su lado y sostenía su cabeza mientras la presión, poco a poco, iba cediendo.

Llevaba algo en la mano; una especie de mini antena parabólica. Y la horrible música de Anglona se había convertido en algo así como un bullicio informe, como una emisora mal sintonizada. Molesta, pero no mortal.

—¿Por qué tú no has caído? —fue la pregunta que acudió a sus labios. Aunque ya sabía la respuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó el anciano por el auricular, ansioso como un drogadicto al que le han interrumpido la dosis.

—Un pequeño contratiempo —contestó Anglona oteando alrededor, buscando el origen de la contramelodía y empuñando la pistola de Mar.

Su entrenado oído lo localizó al instante: la furgoneta con los portones abiertos. Se dirigió hacia allí como una exhalación, pisoteando los cuerpos malheridos que llenaban el suelo.

Quitó el seguro. Anticipó en su mente el movimiento del gatillo, el retroceso del arma. Serían tres disparos rápidos: dos en la cabeza y uno en el pecho. Ni siquiera sentía furia. Solo tenía que cumplir una misión.

Rodeó la furgoneta y abrió de golpe la puerta del piloto.

El asiento estaba vacío.

De pronto, con un fuerte ¡PLOP! se apagó algo, y el ruido de interferencias cesó. Una melodía “casi celestial”, tal y como fue descrita después por algunos testigos, inundó el aire, llenándolo de ondas balsámicas desde la trasera de la furgoneta.

Melón salió de debajo del escenario, con una enorme cizalla en ristre, que guardó sin cuidado en el bolsón que llevaba al hombro, junto a su portátil.

—Qué pena, unos altavoces tan buenos...

Anglona, sin separar la vista de Melón, volvió sobre sus pasos, con la pistola apuntando al suelo. Vio que Melón se acercaba a Mar y Rodrigo. Mejor, tres pájaros de un tiro.

Pero Rodrigo también le sintió a él. El aire crepitaba a su alrededor como en un cable de alta tensión, recargado con la energía de aquellos miles de humanos sufrientes.

—Melón, saca la espada.

Melón miró hacia donde le señalaba Rodrigo y divisó a Anglona, que se dirigía a ellos directo como una bala. A toda prisa, sacó el portátil y conectó el pendrive rojo.

—Venga, venga... —murmuraba mientras el sistema reconocía el dispositivo.

El comisario levantó el arma.

—¡Anglona, ríndete! —gritó Rodrigo—. No te queremos a ti, sino a tu jefe. Tú no eres más que un peón.

—No le cabrees...

Anglona se quedó mirándoles, con la pistola apuntando hacia ellos. Se echó a reír.

—¿Un peón? El mayor genio musical de la historia, ¿un peón?

—Él te ha utilizado —continuó Rodrigo—. Como a todos.

Anglona se tomó unos segundos más, como procesando los datos.

—Nadie es libre del todo —contestó al fin, levantando de nuevo el arma—. Mejor ser peón del rey ganador. No como tú, sucio mestizo. Te teníamos que haber matado en cuanto te descubrimos.

Melón, que no había dejado de observar la pantalla por el rabillo del ojo, al fin pudo pulsar el *Play*.

—¡Jódete y baila, cabrón!

Una melodía extraña brotó de la trasera de la furgoneta. “Como si alguien sacudiera con toda su fuerza una lámpara de esas llenas de cristalitos y cada uno emitiera una nota distinta, pero armónicas entre sí”.

Anglona se detuvo. Al principio solo enderezó el cuello, alerta. Al poco, su rostro dibujó una expresión de disgusto.

—¿Qué es eso? Es realmente desagradable.

Melón levantó la mirada de la pantalla, tras comprobar que el volumen estaba a tope y variar un poco la frecuencia, arriba y abajo. Anglona permanecía impasible.

—Oh, oh... Esto no pita, chicos.

—El electro del doctor no fue suficiente —dijo Rodrigo—. Teníamos que haberlo probado antes.

—Si no te lo hubieras cargado a base de destornillador...

Mar seguía en el suelo, con la cabeza en el regazo de Rodrigo y los labios entreabiertos, con la fuerza justa para respirar. Ahora ya daba igual. Anglona levantó la pistola y apuntó hacia ellos.

—Interesante experimento —dijo, con algo semejante a la admiración—. Me habría gustado tratar más con vosotros.

La escena que siguió pasó por la mente de Rodrigo como a cámara lenta. El golpe del percutor en el casquillo. La explosión de la pólvora. La bala rozando el cañón de la pistola al salir. Su zumbido al cortar el aire. El chasquido del hueso de Melón al recibirla. El portátil cayendo entre sus manos. Otra explosión.

¿Qué se piensa antes de morir?

Rodrigo sintió las ondas que flotaban a su alrededor. Las de su amigo, todavía vivo aunque debilitándose; las de Mar, tan leves que temió perderlas en aquel mismo momento. Las de Anglona, zumbando a toda potencia, haciendo chisporrotear el aire a su contacto.

Vio a su padre. Despidiéndose en aquel hospital. Entonces no lo entendió, tan recientes eran sus nuevos poderes: ¿qué era aquel zumbido que escuchaba alrededor de él? El mismo que el de Anglona, el zumbido de un abejorro gigante.

La escena se volvió vívida, como si la pudiera tocar. La había evocado cientos de veces, al principio cada noche. Y recordó algo más, lo que le hacía despertarse con el corazón desbocado. El zumbido. Cómo fue debilitándose poco a poco y cómo de pronto cambió, se elevó haciendo una pirueta en el aire justo antes de desvanecerse para siempre.

Ese era el sonido. La expiración. La melodía del alma que abandona el cuerpo para ir a fundirse con las estrellas.

Los dedos de Rodrigo se movieron en automático sobre las teclas, al principio despacio, luego a una velocidad cada vez mayor, hasta hacerse vertiginosa, repitiendo una y otra vez aquella combinación de notas, aquella

armonía de las estrellas. La verdadera espada.

Escuchó, en la lejanía, la voz de Mar, en un esforzado susurro.

—No lo hagas, morirás tú también...

Notó el calor de Mar en su regazo. Sonrió y sus dedos redoblaron el ritmo.

El zumbido de Anglona cambió. Miró sus manos temblorosas, sin comprender, antes de caer al suelo y, con un fuerte espasmo, unir su propia melodía a la de Rodrigo.

Su último dúo.

—¿¿Qué es eso?? —preguntó el anciano, arrancándose el auricular del oído, sintiéndose de pronto en peligro— Sácame de aquí, ¡rápido!

La mujer se encogía sobre sí misma, con la cara contraída por el dolor, pero consiguió sacar la silla del balcón, cerrar las puertas y alejarse al interior del edificio.

A la seguridad del silencio.

Epílogo

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mar.

—Como si un elefante me hubiera pisado la cabeza —respondió León sin conseguir abrir apenas los ojos—. Y luego la hubieran metido en una licuadora.

—Entonces, bien.

—Exacto.

Se quedaron en silencio unos segundos, hasta que León continuó.

—¿Me vas a contar lo que pasó?

Mar se recolocó en su asiento. No sabía cuál de las dos versiones debía contarle, la verdadera o la que había recogido en su informe.

—Fue una avalancha —dijo al fin—. La gente empezó a correr y se aplastaron unos a otros. No imaginas la fuerza que hace la masa cuando se pone a apretar.

—Sí, es lo que se ve en la tele. ¿Tú dónde estabas?

—Junto al escenario. Cerca de Anglona —Mar se quedó en silencio un segundo—. ¿Sabes que...?

—Me lo han dicho. Un infarto. Demasiada tensión, no debería haber ido él.

—Ya sabes. Quería estar en todos los ajos. Y este era gordo.

León se quedó mirándola.

—Y yo no estuve allí para cuidar de ti. La niña se ha hecho mayor.

Mar bajó la vista, que se posó en la mano de León, tendida sobre las sábanas. La cogió entre las suyas, la llevó con cuidado hasta su rostro, se dejó acariciar por ella y, finalmente, la besó.

En ese momento entró un enfermero, que se dirigió directamente al gotero que colgaba de un soporte metálico junto a León.

—Buenos días —saludó mientras lo comprobaba—, ¿cómo estamos hoy? ¿Has descansado?

—Al menos no para siempre —contestó León, con una sonrisa esforzada que le hizo cerrar los ojos de dolor—. Todavía nadie entiende qué es lo que me sacó del coma, ¿verdad?

El enfermero separó la vista del gotero.

—Verdad. Es la primera vez en mi vida que veo algo así.

—¿Usted estaba allí? —preguntó Mar.

—Ajá. Fui el que dejó entrar al chico ciego.

Mar se enderezó como un resorte en su asiento.

—¿Un chico ciego?

—Sí, trajo un pequeño teclado, le colocó unos cascos a tu chico y se puso a tocar. Cuando quisimos darnos cuenta, León había despertado y el otro se había ido.

Mar y León cruzaron una mirada. Apenas unos segundos. Después ella la separó, miró su reloj y se puso en pie despacio.

—Me marcho un rato, tienes que descansar.

Mar acercó su rostro al de León y, dando un pequeño rodeo, le besó en la mejilla.

—No tardes.

—No lo haré —respondió Mar, alejándose hacia la puerta—. ¿Quieres que te traiga algo?

—Un bocata de jamón con pan *tumaca* —pronunció León, y sus palabras se quedaron flotando en el aire de la habitación, mientras la puerta se cerraba—. La comida de aquí es un asco...

Rodrigo. Había sido él. Mar volvió a mirar el reloj y corrió por los pasillos del hospital.

Estos cada vez le hacían sentirse más incómoda, así que se alegró de alejarse. Ese olor aséptico que compartían pasillos, sábanas, comida y médicos, le producía náuseas. Seguía sufriendo dolores de cabeza, como tantos otros asistentes a la manifestación, pero eso no le haría volver a la consulta. Irían remitiendo con el tiempo, o al menos eso les habían dicho. Últimamente su historial clínico estaba engordando; quizá en eso consistía crecer.

“Historial clínico”. Se detuvo en el vestíbulo, antes de salir al sol cegador del exterior, y encendió su móvil. Buscó aquella carpeta que poco tiempo antes había ignorado: “Historial clínico Rodrigo Iniesta”. Lo abrió y comenzó a pasar a toda prisa las páginas del PDF escaneado, hasta llegar a la que buscaba: “Electroencefalograma”.

—Joder.

Allí estaba. Observó la línea quebrada que había dibujado el aparato, casi

saliéndose del rango por la parte superior. Muy similar a la del doctor Fuentes Ledesma, aunque no idéntica. Le pareció que los picos eran más amplios, subían y bajaban más, y estaban aún más pegados.

Había tenido la clave delante todo el rato y no le había hecho caso.

Salió a la calle y, pestañeando, divisó una hilera de coches negros y amarillos junto a la acera de enfrente. Taxis. Corrió hacia el primero y se arrojó al interior. El taxista se despidió a toda prisa de sus compañeros, con los que mantenía una animada conversación. Los nuevos fichajes del Barça tendrían que esperar.

—*On anem?*

—A la estación de Sants, por favor.

—*Corrent.*

Mar miraba por la ventanilla sin llegar a apoyar la espalda en el asiento, como si eso fuese a acelerar el automóvil o conseguirle un atajo a través del eterno tráfico de la ciudad.

Muchos de sus compañeros policías permanecerían aún un tiempo en Barcelona, pero no ella. Aprovecharía el resto de su baja para acompañar a León y después volvería a Madrid. Había tenido suficiente de momento. Todavía se le aceleraba el pulso y le entraban sudores fríos cuando se acercaba a la Plaza de Cataluña. “Ataques de pánico”, los había llamado el psicólogo sin mucha delicadeza. Bien, él era el experto.

Antes de que el taxi se detuviera, dejó un billete de veinte en el asiento del copiloto y salió sin aguardar el cambio. Atravesó las puertas de la estación y corrió hacia el luminoso que indicaba las próximas salidas.

—13:20... 13:20... —murmuró, mientras lo recorría con la mirada. Solo había un tren que salía a aquella hora. Destino Lyon, andén número dos.

Mostró la placa para no tener que saltar la barrera, aunque lo habría hecho si el empleado hubiera tardado un segundo más en abrirla. Volvió a mirar el reloj: las 13:06.

—Maldita sea.

Se precipitó por las escaleras mecánicas, mientras oteaba el andén y empujaba al mismo tiempo a la gente que, sin ningún reparo, se había situado en el lado izquierdo.

Entonces lo vio: un joven con gafas de espejo que parecía descansar tranquilamente en un banco, con una bolsa de viaje en los brazos.

Mar, con la respiración agitada, terminó de descender las escaleras y se

dirigió a él.

—Hola —saludó Rodrigo primero, cuando estuvo suficientemente cerca—. Desde luego, eres buena poli.

—Hola —respondió Mar sin saber de pronto muy bien qué decir. Jadeaba.

—*Próximo tren destino Lyon efectuará su entrada en la estación en nueve minutos* —dijo por los altavoces una voz con resonancias de hojalata.

—¿Cómo está Melón?

—Recuperándose. La bala se le incrustó en el omóplato. Y tiene un buen omóplato, no te preocupes.

—¿En qué hospital está?

Rodrigo alzó una ceja.

—En ninguno.

—¿Tus “amigos” de nuevo?

—Exacto.

Mar asintió, Rodrigo no tenía intención de seguir explicándose. Pero esta vez no le iba a dejar salirse con la suya.

—¿Me vas a contar la historia?

Rodrigo se quedó inmóvil.

—¿Por dónde empiezo?

—Tu nacimiento. O antes. Tus padres. ¿Quiénes eran? ¿Qué relación tenían con los abejorros?

Rodrigo asintió lentamente.

—Toda —dijo al fin—. Mi padre era uno de ellos.

Esta vez fue Mar la que asintió despacio, asimilando la información. Un millar de preguntas se agolparon en su mente, pero guardó silencio.

—Y mi madre, una humana normal, se casó con él. Y con eso firmaron una orden de busca y captura para toda la vida. Para ellos... y para mí, el sucio mestizo.

Rodrigo se quedó quieto, como con la mirada perdida en el andén que no veía.

—Por eso se fueron a vivir a ese pueblo perdido —continuó Mar—. ¿Quién les perseguía?

—Los abejorros. Sus jefes. La cúpula.

—¿Pero por qué?

—Imagina un pastor. Un pastor muy rico, que posee miles de ovejas, de las que obtiene todo el sustento: le dan leche, lana y carne, y comercia con ellas

para aumentar más aún su riqueza. Es amigo de otros pastores, que a su vez poseen enormes rebaños. Son dueños de los destinos de sus animales y disponen de ellos a su antojo para su propio beneficio. Los exprimen, los explotan, los sacrifican... Pero todos comparten un secreto: algo que puede hacer que las ovejas se vuelvan carnívoras y ataquen a sus dueños. Que se liberen. Por supuesto, existe un pacto entre todos los pastores para que este secreto nunca sea revelado —Rodrigo hizo una pausa teatral—. Pues bien, va nuestro pastor y se casa con una oveja.

—¿Así nos ven? ¿Como ovejas?

—Ovejas, cabras, cerdos... Qué más da. Seres inferiores de los que sacar provecho.

—Es... inhumano.

—Bueno, los humanos normales les quitan los corderos a sus madres cuando aún están mamando en sus pechos y los degüellan delante de ellas. No pasa nada, son inferiores, no se enteran.

—No es lo... mismo.

Rodrigo ladeó la boca con sorna.

—El caso es que eso te salvó —concluyó Mar.

—Sí, el ser un sucio mestizo tiene sus ventajas, quién lo iba a decir.

Mar se quedó mirándole, buscando inútilmente algún rasgo que le distinguiera como un ser especial.

—¿Y tu padre era el primero en la historia al que le sucedió esto? ¿No hay más casos?

—Sí, los ha habido. Los hay.

—Tus “amigos”...

—Me reafirmo; eres una buena poli.

—Entonces —continuó Mar, ignorando el comentario y echando una mirada al reloj de la estación—, ¿hay dos bandos? ¿los rebeldes y el imperio?

—Con la diferencia de que aquí los rebeldes los puedes contar con los dedos de las manos. El imperio no suele dejarles vivir mucho tiempo. No es tan estúpido como Darth Vader y compañía.

Mar se contuvo de hacer más preguntas. Quería conocer la historia de Rodrigo.

—Continúa, por favor.

—Mi padre —retomó Rodrigo— creó una nueva identidad para él y para su mujer humana, se escondieron y se desconectaron del mundo. Hasta que

nací yo. Al principio pensaron en educarme ellos mismos, y lo habrían hecho bien, aunque, si hubiera sido por mi padre, nunca me habrían enseñado música.

—¿Por qué?

—Conocía al asesino vudú. Sabía que, si me convertía en un portento de la música, antes o después me acabaría enfrentando a él. Gracias a Dios, mi madre tenía otra idea; decidió proporcionarme armas. Después, apenada por mi soledad, convenció a mi padre para que me enviaran al colegio; allí por fin conocí gente, entre ellos, Melón. El único que sabe la verdad.

—Por eso lo de su blog... Quería desenmascararlos, que la gente conociera lo que estaba pasando.

—Quería ayudarnos, y lo estaba haciendo bien. Consiguió decenas de miles de seguidores. Se convirtió en el verdugo de los *emovamps*. Nos ponía en peligro, pero quizá habría logrado despertar a las ovejas.

Mar pensó en las miríadas de chalados que llenaban internet todos los días con sus teorías conspiratorias, a cuál más absurda.

—Lo dudo —dijo—. La emprendió sobre todo con uno de ellos ¿no? El asesino vudú. Por eso Anglona le odiaba tanto.

—Sí, fue mi padre el que le detectó. Él era físico —respiró hondo antes de continuar—. Había participado en las investigaciones sobre el sonido con N. A. Logan. Solo en la forma en que este afectaba a las ondas cerebrales, nunca imaginó lo que realmente buscaba Logan. Hasta que este, misteriosamente, desapareció. Y, cuando apareció el asesino vudú, enseguida le reconoció. Los síntomas de las muertes, y su manera de actuar: selectiva, aunque sin un móvil aparente. Era un cazador. Un depredador en busca de alimento para él y la manada.

Mar no contestó enseguida.

—Mi padre fue el que descubrió su nueva identidad —dijo ella al fin—. Y también le costó la vida.

Ambos guardaron silencio. Sus padres, Paula, todos aquellos jóvenes, habían sido vengados. Aunque la guerra no había terminado, el asesino vudú no volvería a matar.

—¿Por qué se haría policía? —preguntó Mar.

—La cúpula le debió destinar ahí. ¿Qué mejor sitio para detectar rebeldes, nuevas víctimas y ocultar pruebas de sus crímenes?

Mar se quedó pensativa. Todavía le resultaba increíble, pero todo parecía

ahora tan lógico...

—Entonces no fue casualidad que tú te dedicaras a la música. Al sonido.

—Maestra de música y físico acústico. No tenía mucha elección.

—Ciencia y arte.

—Eso decía mi padre. Que yo tenía algo que él no tendría jamás.

—¿Sensibilidad?

Rodrigo giró la cabeza hacia ella, como para decir algo, pero se arrepintió y volvió a dirigirla hacia el andén.

—Así que tampoco fue casualidad que yo estuviera aquel día con el profesor Laureano —continuó—. Él tenía el conocimiento que yo necesitaba para terminar con el asesino vudú. Pero este acabó primero con él.

—*Próximo tren destino Lyon efectuará su entrada en la estación en un minuto*— dijo la ya familiar voz grabada.

Rodrigo se detuvo y llevó una mano a su bolsa de viaje.

—Sigue, por favor —apremió Mar.

—En el hospital me hicieron muchas pruebas, entre ellas un electroencefalograma. Los abejorros tienen ojos en todas partes. Me descubrieron. Y, conmigo, a mis padres. Fin de la historia. El resto ya lo conoces.

Un estruendo metálico y el chirrido de los frenos retumbó en el techo de lata de la estación, ahogando cualquier otro sonido. Rodrigo tomó su bolsa y fue a ponerse en pie, mientras el tren se detenía y los viajeros se iban acercando a las puertas; pero Mar le sujetó el brazo.

—¿Por qué despertaste a León?

Rodrigo giró la cabeza hacia ella, se diría que para observarla.

—Por ti —pronunció despacio—. Oí como aquel tío le abría la cabeza, y... me alegré. Pero después te escuché a ti. Llorar.

—No... no lloré.

—Por fuera no.

Se quedó quieto un instante y a continuación se puso en pie. Mar apartó la mano de su brazo. Las puertas del tren se abrieron y una muchedumbre descendió del interior. Aguardaron hasta que el último de ellos pisó el andén y Mar, aunque sabía que no lo necesitaba, tomó la mano de Rodrigo, como para guiarle.

Este se detuvo, dejando que el resto de viajeros fueran subiendo. Mar tiró de él, para que la mirara de nuevo.

—Tu padre se enamoró de tu madre. Y te quería. Él sentía emociones.

Rodrigo recordó las últimas palabras de su padre; estaba seguro de que se había mantenido con vida solo para decírselas. Protegiéndole hasta el final.

—Lo sé.

Entonces Mar, inclinándose un poco, le besó en la mejilla.

—Tú también puedes, ¿verdad?

Rodrigo se quedó quieto como una estatua. Finalmente, se encogió de hombros.

—Quizá.

Mar sintió las lágrimas asomarse al borde de sus ojos.

—Cuídate.

—Lo haré —respondió Rodrigo.

Pareció que iba a volverse, pero, en cambio, sujetó un poco más fuerte la mano de Mar.

—Cierra los ojos.

Mar obedeció. Al principio, privada de la vista, se sintió desorientada, hasta empezó a ser consciente del resto de estímulos que la rodeaban. Escuchó el barullo de la estación, las conversaciones de la gente a su lado, el llanto de un niño y los altavoces anunciando otros trenes. Pero sobre todo sintió el tacto de la mano de Rodrigo en la suya, su calor intenso que la recorría entera y la llenaba hasta desbordarla.

Entonces sucedió algo. Notó un crujido. Supo que era su coraza, que se resquebrajaba hasta deshacerse en polvo y se evaporaba en el aire alrededor, como las minúsculas gotitas de rocío en la hierba al sol. Y de pronto un cosquilleo en la mejilla, junto a su cicatriz, una brisa que avanzaba por ella mientras los labios de Rodrigo pasaban rozándola y le susurraban al oído.

—Nunca, nunca, había visto una aurora boreal tan bella.

Mar notó la mano de Rodrigo deslizándose por la suya, poco a poco, como resistiéndose a separarse. Cuando abrió los ojos, Rodrigo aún permaneció unos instantes frente a ella, antes de darse la vuelta y subir el peldaño del tren. Se quedó ahí, mirando al andén, mientras el resto de viajeros se apresuraba a buscar sus asientos.

—¿A dónde vas después de Lyon? —preguntó Mar.

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Nos volveremos a ver?

Rodrigo sonrió. Pareció que iba a contestar algo, pero las puertas se

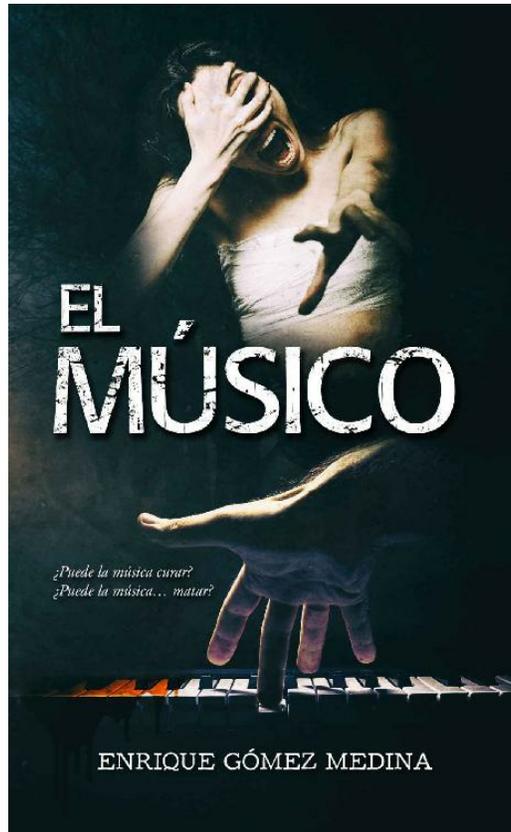
cerraron y su rostro desapareció tras el cristal rallado y sucio. Aun así, Mar no pudo apartar su mirada de aquel rectángulo en los segundos en que el tren permaneció parado, ni mientras arrancaba lentamente e iba tomando velocidad hasta perderse en la lejanía.

Se quedó mirando las vías, como hipnotizada. Solo entonces se dio cuenta de que había estado reteniendo el aire, y lo soltó muy despacio. Un destello apareció en sus ojos.

Se volverían a ver.

Fin

¿Te ha gustado? ¿Quieres regalar este libro a alguien especial?



Visítame en enriquegomezmedina.es
Encontrarás el resto de mis títulos y **relatos inéditos gratuitos.**

BIENVENIDOS

AL

VECINDARIO



ENRIQUE GÓMEZ MEDINA



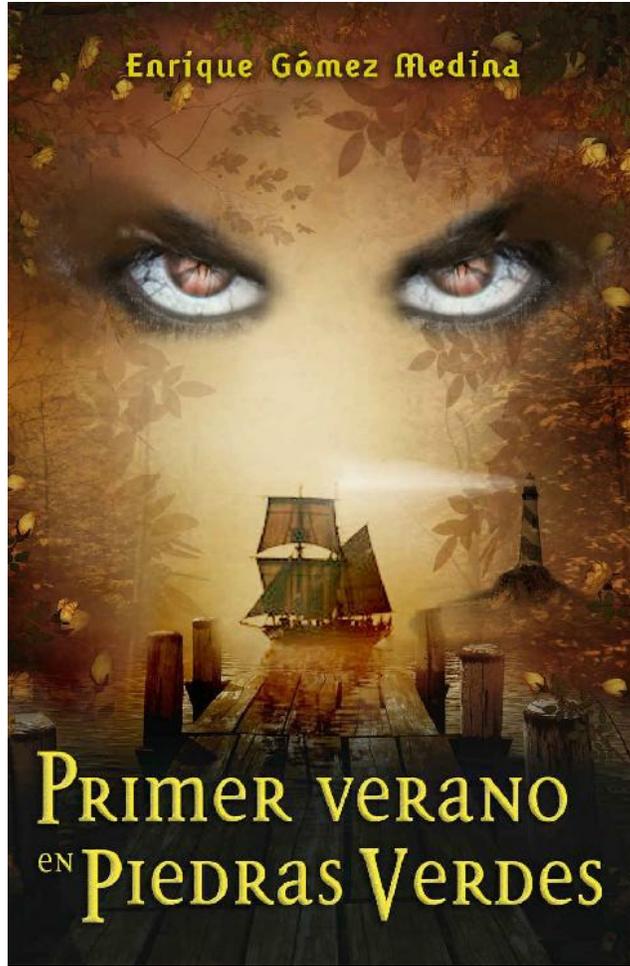
Mi

Sex coach



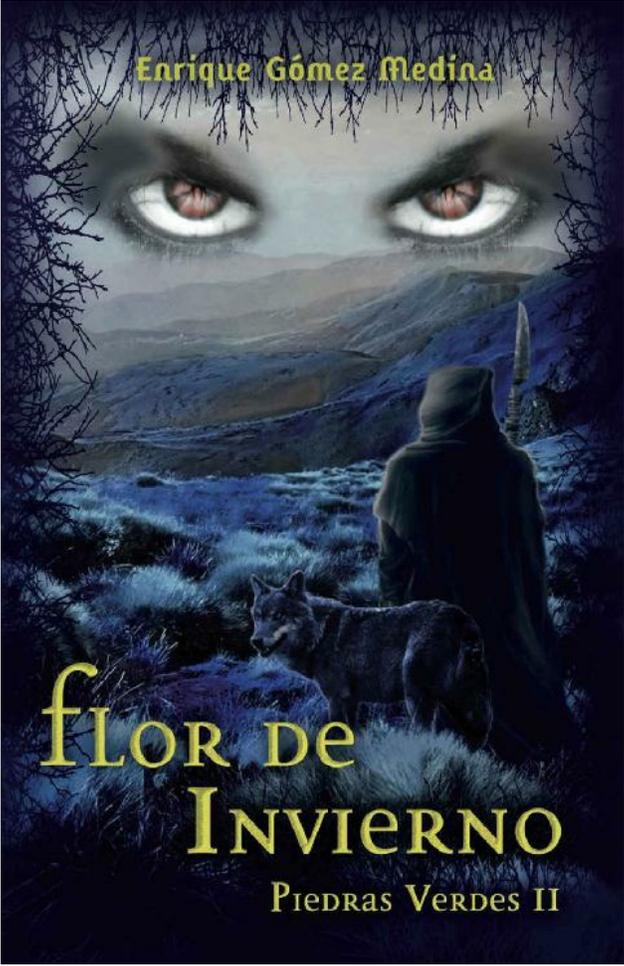
Enrique Gómez Medina

Enrique Gómez Medina



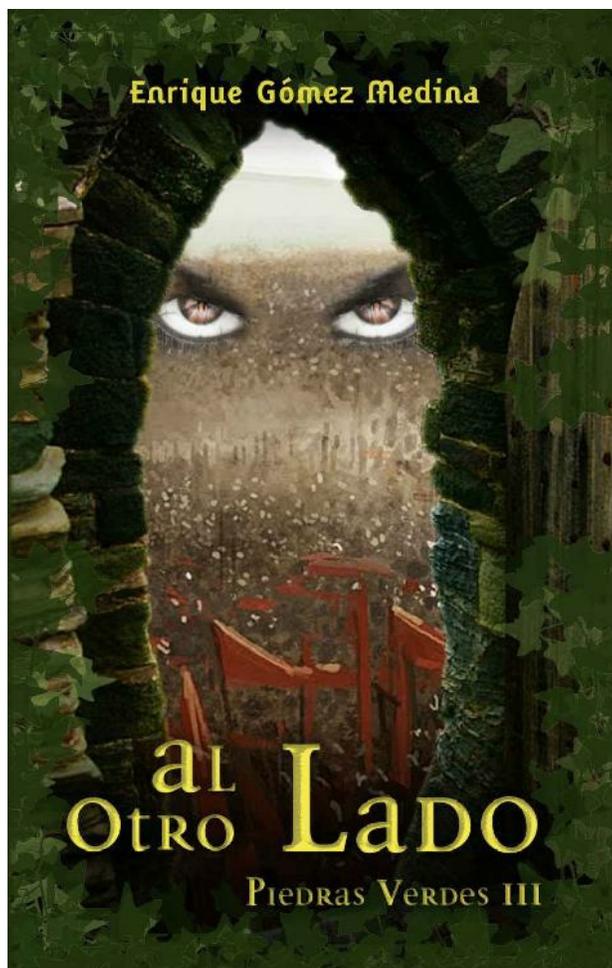
PRIMER VERANO
en PIEDRAS VERDES

Enrique Gómez Medina



flOR de
INVIERNO

PIEDRAS VERDES II



También puedes seguirme en:



Agradecimientos

El primero a ti, querido lector, por dedicarme un pedazo de tu vida; significa mucho para mí el que estés ahí, al otro lado. Si te ha gustado mi historia, me atreveré a pedirte algo más: ponle estrellas en el cielo de Amazon, que es como una noche oscura. No sabes lo que me ayuda.

Siempre había querido escribir una novela que expresara lo extraordinario, rayando lo sobrenatural, de la música. ¿Cómo pueden unos simples sonidos encadenados tener tanto poder? Como una enfermedad, pueden provocar lágrimas, sudor, asfixia y dolor de garganta ¡y de pies! Pueden devolver una amistad o, al contrario, provocar al enemigo, y hasta enviar a diez mil jóvenes a la muerte. Hacernos temblar de miedo. O de emoción. Enseñarnos más que un año de carrera, conquistar un corazón o curarlo si nos lo han herido. Traernos calor de verano, olor a sal, sabor a beso, un horizonte azul. A alguien que no está...

Pues aquí tenéis la susodicha novela: música aderezada con algo de misterio, aventuras, amor y ciencia ficción. Como la vida misma.

Han sido meses muy intensos para traerla al mundo. Al trabajo típico del desarrollo de la historia, el diseño de los personajes, la investigación (sobre métodos policiales, sectas masónicas, música, matemáticas...), la maquetación, las modificaciones, las vigésimo séptimas modificaciones..., esta vez había que añadir un factor de presión decisivo: *El Músico* se presentaba al premio de Amazon 2019. Había que publicarlo en unas fechas muy concretas. Eso ha acelerado el proceso, sobre todo el final, hasta hacerlo un tanto estresante.

Por eso tengo que agradecer más aún a los que me habéis ayudado a llevarlo a buen fin. Por facilitarme la labor y permitirme alcanzar otro sueño sin volverme loco del todo. Y siempre con una sonrisa.

A Alexia, por hacer tan sencillo algo tan arduo como poner en imagen el alma de un libro.

A Pili, Pablo, Ana, Álvaro y Adriana, por escuchar mi tonada y afinarla a sus oídos, para que suene limpia, vibre sonora y toque corazones. Si he alcanzado un poco los suyos, me doy por satisfecho. Gracias infinitas por haber hecho un hueco a esta tarea en nuestras vidas siempre apretadas.

A Pablo, además, por prestarme su sabiduría en todo lo que refiere a la música, su arte y su ciencia. Tengo que decir que, a pesar de sus advertencias, en alguna ocasión me la he saltado en aras del interés literario. No seáis muy duros.

A María y a Carlos, por cantar para mí el *Hill Street Blues* y descubrirme a un policía de verdad.

A Fernando, por mantener mi emisora en la onda y mantenerse él a mi lado.

A mi familia por dejarme poner una y otra vez aquel disco del Oeste y aguantarme tocando la guitarra. A mi padre por aquella radio tan mala, que en realidad era increíble.

A Ángela y Nicolás, por enseñarme todas las noches una nueva canción.

A Pili, por cantar y bailar conmigo todo a lo largo del salón, día tras día, pieza tras pieza, las alegres y las lentas, hasta que caigamos rendidos y enredados.

Espero que no nos hagamos daño...

El autor



Nací en Carabanchel (Madrid), a una edad sin duda demasiado temprana. Aún no existían Manolito Gafotas ni el satánico de El día de la bestia, así que solicité que, por favor, me dejaran quedarme unos años más ahí guardadito, lo que resultó imposible.

Me enfrenté al mundo tierno y tímido como un caracol, y pronto tuve que recurrir a la imaginación para ser ese Superman al que, en apariencia, tan bien le iban las cosas. Por la noche pasaba horas a bordo de la nave Galáctica, acompañando a Apolo y Starbuck en sus aventuras y ligando con la bella Selina. También trabajé con Starsky y Hutch, los Hombres de Harrelson y Lin Chung. Por lo que veis, los superhéroes de la época y yo éramos íntimos.

Descubrí el poder de las historias. Me transportaban a otra realidad. Me hacían sentir emociones que jamás soñaría en mi día a día. ¡Me hacían vivir más que la propia vida!

Hoy soy un poco más mayor, pero todavía me pierdo en los libros para escapar por un rato de este mundo unas veces hostil, otras trabajoso y en el que casi siempre tienes que ser lo que los otros esperan.

Leyendo puedes ser tú. Leyendo puedes ser más que tú.

Ojalá haya conseguido eso algún rato contigo, querido lector.

Créditos

© Enrique Gómez Medina, 2019

© Diseño de portada: Alexia Jorques, 2019

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Índice

[Prólogo \(un año antes\)](#)

[Desengaño](#)

[La cueva del ogro](#)

[El músico](#)

[El nuevo](#)

[En la universidad](#)

[Starsky y Hutch](#)

[El regreso del asesino vudú](#)

[Tocata y fuga](#)

[El ninja](#)

[Dos casos](#)

[En el punto de mira](#)

[El despertar](#)

[Un pequeño viaje](#)

[De vuelta a la ciudad](#)

[Sin descanso](#)

[Abejorros](#)

[Ensayo general](#)

[Cobaya](#)

[Busca y captura](#)

[Emboscada](#)

[Instinto](#)

[El ojo del huracán](#)

[Barcelona](#)

[Sola](#)

[Una nueva alianza](#)

[La mecha](#)

[El último día](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[El autor](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

¿Quieres charlar conmigo
y leer mis relatos inéditos gratuitos?

Visítame en enriquegomezmedina.es

